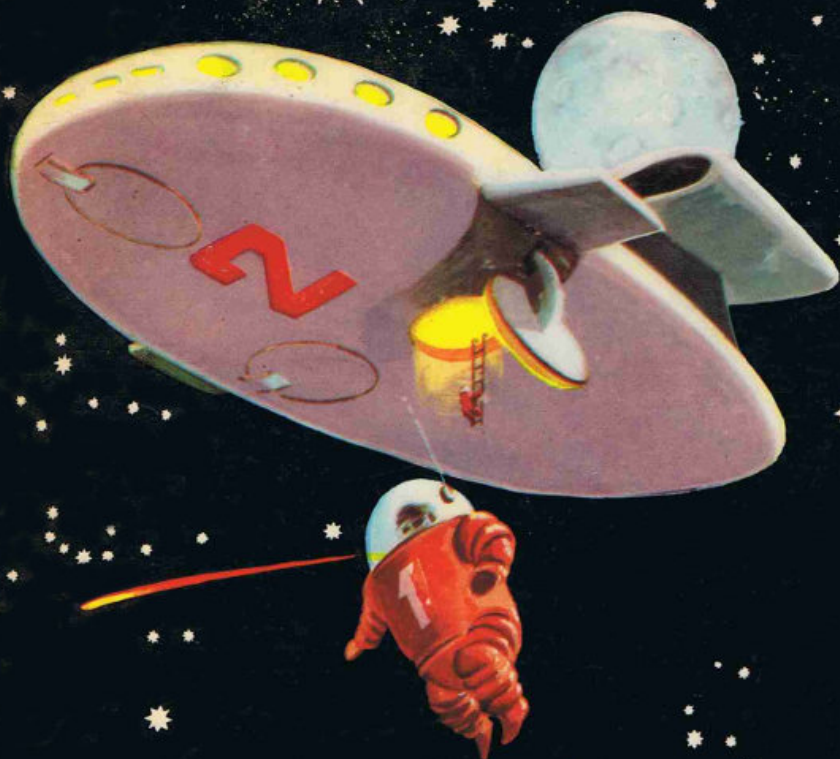


**LA SAGA DE LOS AZNAR**



**VINIERON DEL  
FUTURO**

**POR GEORGE H. WHITE**



Presintiendo que la familia alemana que los acogió durante su anterior incursión hubiera podido tener problemas, Fidel Aznar vuelve a la Alemania del pasado para encontrarse con que la joven de la que se enamorara se encuentra prisionera y su padre ha sido fusilado acusado de espionaje...



George H. White

# **Vinieron del futuro**

**La saga de los Aznar - 38**

**ePub r1.0**

**Titivillus 16.08.15**

Título original: *Vinieron del futuro*  
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





# VINIERON DEL FUTURO

George H. White

**LUCHADORES  
DEL  
ESPACIO**



**E**n febrero de 1945 los “cuatro grandes” reunidos por la derrota de Alemania. El “premier” británico Churchill, el mariscal Stalin y el presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, cortaron las tajadas del pastel europeo decidiendo el futuro de millones de seres humanos.

Para entonces el final de la guerra estaba sentenciado.

Tiempo atrás Hitler tuvo en su poder casi toda Europa y el norte de África, llegando a dominar más tierras que el Imperio Romano en su época. Pero a finales de marzo de 1945, después de casi cinco años y medio de guerra, sus vastos dominios habían quedado reducidos al territorio comprendido entre dos ríos, el Rin y el Oder.

Sometidos a continuos y terribles bombardeos aéreos, con sus ciudades y su industria arrasadas, con graves problemas en sus comunicaciones, sin gasolina para sus tanques y aviones, los alemanes oponían sin embargo una tenaz resistencia al avance de los aliados. Y aunque un gran número de alemanes consideraban la guerra perdida, una mayoría de ellos todavía esperaban el milagro que daría la vuelta a esta situación para conducir a la gran Alemania a la victoria final.

¿En qué fundaban los alemanes esta esperanza? La propaganda aludía frecuentemente a las “armas secretas” del Führer. En la

primavera de 1945 existía una auténtica psicosis acerca de estas “armas secretas”, y ello ocurría no solamente entre el crédulo y esperanzado pueblo alemán.

Los aliados habían tenido ocasión de experimentar en carne propia la eficacia de algunos de los inventos alemanes. Los nuevos submarinos equipados con “snorkel”, la mina magnética, las armas antitanque, las bombas volantes

V-1

y

V-2

, eran solamente algunos entre varios ejemplos. Informes infiltrados desde Alemania hablaban de un supersubmarino propulsado por hidrógeno y una

V-2

de alcance intercontinental en la que el cuerpo lanzador estaría constituido por varias fases propulsoras.

Incluso ahora, al final de la contienda, los alemanes acababan de poner en el aire un nuevo avión reactor, el primero de su clase que operaba en el mundo.

Aunque en buena lógica, la quebrantada industria germana no fuera capaz de producir masivamente una nueva y decisiva arma, siempre existía una posibilidad de que algún tipo de arma, de un poder destructor quizá inimaginable, surgiera de un momento a otro para sembrar la destrucción y el terror en las ciudades de los aliados.

Mientras ingleses y rusos parecían bastante confiados, la inquietud quitaba el sueño al Alto Mando norteamericano. En este momento los Estados Unidos estaban poniendo a punto la “gran arma”, un explosivo de tremendo poder basada en la enorme energía que se liberaba al escindir el átomo. La bomba atómica era ya una realidad para los americanos. ¿Pero qué ocurriría si los alemanes alcanzaban a construir su propia bomba atómica y la ponían en juego contra los grandes núcleos de población en Europa y los Estados Unidos?

Los informes en poder del Servicio de Inteligencia norteamericano eran bastante tranquilizadores a este respecto. Para construir su bomba atómica, los alemanes necesitarían de gigantescas instalaciones, como las propiciadas para alumbrar el

Proyecto Manhattan, y no se tenían noticias de que en parte alguna de Alemania existiera nada parecido a las instalaciones secretas de los Estados Unidos en Los Álamos.

Pero esta podía no ser una razón decisiva. No era posible asegurar que los científicos alemanes no hubieran llegado al mismo resultado por otro camino más directo. Incluso a última hora, si los alemanes conseguían su bomba atómica, asestarían un golpe terrible a la confiada seguridad de los aliados, que ya consideraban ganada esta guerra. Una bomba atómica, asociada a la nueva

V-2

intercontinental, pondría al alcance de los alemanes las ciudades inglesas, rusas y norteamericanas. ¡Y el Alto Mando americano sabía muy bien que una sola de aquellas bombas podía arrasara una ciudad tan grande como Nueva York!

Un arma de tal poder podía retrasar la derrota de Alemania, incluso poner a Hitler en condiciones de negociar una paz ventajosa con los aliados.

Mientras los norteamericanos guardaban celosamente el secreto de la bomba atómica, los discursos de Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, alentaban las esperanzas del pueblo alemán sobre un espectacular desenlace de la guerra mediante la puesta en acción de las nuevas “armas secretas”.

En los últimos días de marzo, un informe del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, conmocionó profundamente los altos estratos del mando americano en Europa. Este informe venía a corroborar otro de fecha de 13 de febrero de este mismo año, al cual no se había concedido crédito entonces.

En aquella fecha, el Coronel Winkler y el Capitán Still, volando sobre el Mar del Norte en dirección a Alemania, vieron a 12.000 metros de altura, avanzando en dirección contraria a la fuerza de bombarderos, una extraña aeronave en forma de huso, de unos 200 o 250 metros de longitud, tan grande como un portaaviones y parecida a un “zeppelin”, la cual, singularmente, no daba ningún eco en las pantallas de radar.

Tampoco el radar de gran alcance de la red de alerta de las islas británicas registró la presencia de ninguna aeronave extraña, razón por la cual el informe de Winkler y Still fue desestimado,

achacándolo a un error de apreciación de los dos únicos testigos.

Pero en la madrugada del domingo 25 de marzo, otra unidad de bombardeo, en vuelo sobre el Mar del Norte, avistó una aeronave, “color amarillo, tan grande como un portaaviones, flotando en el aire a modo de un zeppelin”.

El supuesto “zeppelin” volaba a unos 4.000 metros por encima de los bombarderos, a mayor velocidad que éstos, proyectando por la popa dos gruesas barras de luz amarilla brillante que se prolongaban a enorme distancia en el espacio.

El primero en descubrir el “zeppelin” fue el Teniente Coronel Mohler, comandante de la 19.<sup>a</sup> Ala de Caza, que se encontraba a 2.000 metros por encima de las “Fortalezas Volantes” y estaba lo bastante cerca para apreciar con detalle la forma y tamaño de la misteriosa aeronave a la luz de la luna. Mohler informó por radio al Coronel Penfield, comandante de la 23.<sup>a</sup> Fuerza de Bombardeo.

Mohler y Penfield cambiaron impresiones a través de la radio, obteniendo el primero de ellos permiso para seguir al “zeppelin” con la Escuadrilla de Caza Alfa. Mohler abrió por completo la llave del gas, y seguido de otros tres aparatos se lanzó en persecución de la aeronave. Ésta volaba con rapidez y aparente facilidad, pese a su gran tamaño, y aunque pronto dejó atrás a los aviones, los pilotos podían calcular su posición gracias a aquellos poderosos rayos de luz que proyectaba por la popa.

Convencido de que jamás alcanzaría a la extraña máquina, el Teniente Coronel Mohler estaba por abandonar la persecución cuando el “zeppelin” apagó sus proyectores. Mohler tuvo entonces una feliz inspiración. ¿Estarían relacionados los proyectores con el sistema de propulsión de la aeronave? Mohler tuvo la certeza de que si seguía adelante acabaría por alcanzar al “zeppelin”.

En efecto, poco después la escuadrilla daba alcance a la aeronave, que perdía velocidad al mismo tiempo que descendía. Tan rápido era el descenso que Mohler llegó a pensar que caía como consecuencia de alguna avería en su sistema de sustentación, impresión que se desvaneció poco después al comprobar que el “zeppelin” bajaba a plano y a velocidad constante.

Mohler y sus pilotos siguieron a la aeronave en un vertiginoso picado, hasta que, sorprendentemente, al llegar a unos quinientos metros sobre el mar, el “zeppelin” se detuvo bruscamente. Mohler

manifestó en su informe:

—“Nos sentimos intimidados tanto por la increíble maniobra como por el tamaño de la aeronave. Era tan esbelta y estaba tan equilibradamente proporcionada como un submarino, pero hasta que estuvimos prácticamente sobre ella no pudimos apreciar sus verdaderas dimensiones. Le calculé trescientos metros de popa a proa, y no quito ni un metro. Debía tener cuarenta o cuarenta y cinco metros de envergadura, y otro tanto de alto. Aquel monstruo aéreo no llevaba señal alguna de identificación pero tenía un número de serie en pintura negra sobre la prolongada casamata de más de cien metros de largo que se levantaba en el centro de la cubierta. Las letras y número de serie eran C-4027 T. Pensé que si aquello era una nueva arma de los alemanes, éstos habrán creado algo realmente grande”.

El “zeppelin” descendía ahora muy despacio, ocasión que aprovechó el Teniente Coronel Mohler para ordenar a su fotógrafo que tomara algunas fotos del monstruo. Los aviones estaban ahora dando vueltas alrededor de la aeronave. Mohler informaría más tarde:

—“El zeppelin descendía sobre el mar en una maniobra controlada, siendo evidente su propósito de posarse en el agua. Por unos instantes me hice la ilusión de haber capturado algo realmente importante. El zeppelin, en efecto, se dejó caer al agua. Esperaba verle flotar como un globo, pero no ocurrió nada de esto. Aquello empezó a sumergirse con increíble rapidez al mismo tiempo que encendía de nuevo sus proyectores de popa. ¡Y empezó a navegar como un barco!”

Demasiado tarde Mohler comprendió que la pretendida presa se había burlado de él, abandonando sencillamente el aire para sumergirse y desaparecer en el mar.

Furioso, Mohler picó sobre la nave disparando simultáneamente sus cañones y ametralladoras. Además le lanzó dos proyectiles cohete anticarro. Las balas rebotaron inofensivamente sobre la cubierta del “buque”. Los cohetes le alcanzaron a continuación sin causarle el menor daño.

La nave —pues para entonces habíase convertido en buque— se había sumergido hasta la altura de la cubierta cuando Mohler atacó. El teniente Buckhard, que atacó inmediatamente después de su

Coronel, “vio todo el buque debajo del agua. Aquellas fantásticas luces brillaban a través del agua como dos barras de oro sólido. Mis proyectiles levantaron surtidores sobre el buque mientras éste se sumergía más profundamente. Después de aquella pasada no le volví a ver más”.

—“Le vi durante unos minutos —informó el oficial de observación que manejaba la cámara fotográfica—. Para ser más exacto, lo que seguí viendo fueron aquellas brillantes barras de luz. Estaba navegando en inmersión a mayor velocidad de la que es capaz de desarrollar el más rápido de nuestros buques de superficie. Poco después le perdimos de vista. No volvimos a verle y el Teniente Coronel Mohler ordenó reagruparnos para volver a reunirnos con nuestros bombarderos”.

Este informe, corroborado por todos los pilotos de la Escuadrilla Alfa, puso de muy malhumor al General Steward cuando, de regreso a la base, fueron interrogados por los oficiales del Servicio de Inteligencia.

Para el General Steward todos los hombres de la Escuadrilla Alfa estaban sencillamente borrachos. Podía aceptarse, y eso con reservas, que los alemanes hubiesen construido un “zeppelin” capaz de volar a 13.000 metros de altura más rápido que un avión de caza. Pero que una aeronave de estas características fuera capaz de sumergirse y navegar como un submarino ¡eso no había quién se lo creyera!

Una aeronave que pudiera volar, y a continuación navegar en inmersión, no podía ser en modo alguno un aerostato. Tendría que ser una máquina más pesada que el aire. ¿Pero cómo podía sostenerse en el aire un aparato de 300 metros de longitud, tan grande como un portaaviones, y que además no tenía siquiera alas?

Para desesperación del General Steward las fotografías, tomadas con película sensible a los rayos infrarrojos, demostraron la veracidad de las observaciones hechas por los pilotos. Allí estaba la prueba. Toda la aeronave, y en especial la larga casamata de más de cien metros que se levantaba sobre la cubierta, era una fuente generadora de calor. Allí había una máquina. ¡Se trataba sin duda de una aeronave tan grande como un portaaviones! Si los alemanes tenían un arma capaz de volar a mayor velocidad que un caza, y de sumergirse a continuación para desaparecer en el mar, había razón

para sentirse preocupados.

Horas después, el General Steward y el Teniente Coronel Mohler volaban a Washington llevando consigo las fotografías de la misteriosa aeronave.

Mohler nunca fue llamado a declarar. Le ordenaron guardar silencio, incluso le prohibieron severamente hacer comentario alguno sobre el asunto. Le concedieron tres semanas de permiso y luego le destinaron al Pacífico. Hasta varios meses más tarde no supo que los restantes miembros de la Escuadrilla Alfa habían sido dispersados. Unos fueron a parar a Italia, otros a Birmania y a distintas zonas del Pacífico.

Mientras tanto el asunto de la aeronave misteriosa yacía archivado en una carpeta bajo el signo de “Top Secret” y unas siglas extrañas: UFO<sup>[1]</sup>.

\* \* \*

En Berlín, el SS “standartenführer” (coronel) Edward Roerich, examinaba un montón de expedientes cuando se vio por sorpresa ante un informe remitido por la Sección III SD de la ciudad de Dresde<sup>[2]</sup>.

Roerich acababa de cumplir treinta y dos años. Profesor de Historia y Política, había ingresado en el Cuerpo Diplomático. Desde 1937 a 1939 había residido en Guatemala y Panamá como agregado de Embajada, colaborando en la Sección VI (Servicio de Inteligencia Extranjero), hasta que al estallar la guerra regresó a Alemania.

Alto, delgado y pulcro, de ademanes reposados, Roerich era un intelectual de gustos refinados. Tenía los cabellos negros, marcando profundas entradas en las sienes, y usaba lentes con montura de oro. Formado en la ideología nacionalsocialista, era un minucioso y disciplinado cumplidor de las consignas del Führer y los demás jerarcas del partido.

Pero al contrario que otros nazis, el fanatismo no cegaba a este profesor de Política hasta el extremo de ignorar las cifras de producción de acero y cemento de la URSS, la potencialidad industrial del Reino Unido, los miles de toneladas de buques que mensualmente lanzaban los astilleros norteamericanos y las grandes

reservas de materias primas en poder de los aliados.

Hombre culto y realista, Roerich sabía que Alemania perdería la guerra, salvo que se produjera un milagro. La propaganda nazi alentaba las esperanzas del pueblo alemán con la promesa de la inmediata aparición de las “armas secretas” del Führer, pero muy secretas tendrían que ser aquellas armas para que ni siquiera los altos jefes del Servicio de Inteligencia tuvieran conocimiento de ellas. El submarino experimental propulsado por hidrógeno, la “V-2” de alcance intercontinental y los nuevos cazas de propulsión a reacción no podían decidir la guerra a estas alturas, porque la industria germana no estaba en condiciones de producirlos en cantidades masivas.

Si algún arma había de salvar a Alemania, tendría que ser algo totalmente nuevo y decisivo. Algo como aquel explosivo nuclear que los científicos alemanes estudiaban al principio de la guerra, sin haber alcanzado ningún resultado positivo...

El “standartenführer” Roerich empezó a leer el informe sin demasiado interés:

“A las 21,35 horas del día 13 de febrero de 1945, el servicio de escucha de la Sección III interceptó un mensaje radiado en lengua extranjera en onda de 45 metros. La duración del mensaje fue de minuto y medio, por lo que sólo pudo determinarse con aproximación la dirección de la emisora, en algún punto al sudoeste de Dresde, fuera de la ciudad. A las 22,07 llegaron sobre la ciudad los primeros aviones enemigos, que arrojaron las luces de señalización. La primera ola de bombarderos llegó a las 22,10 horas, por lo que era razonable relacionar el mensaje con la llegada de los aviones enemigos.

“En la mañana del día catorce, un destacamento de la Sección III, al mando del Teniente Joel Daniken, inspeccionó entre otras la granja de un tal Hans Rudel, en la cual se encontraba sola fraulein Katherina, hija del granjero Rudel, pero el destacamento tuvo que interrumpir el registro al producirse el segundo bombardeo de Dresde poco después del mediodía.

“En la noche de este mismo día el servicio de escucha de la Sección III captó de nuevo otra llamada por radio en onda de 45 metros, pudiendo esta vez situar al emisor por medio de triangulación goniométrica en la granja de Hans Rudel o algún

lugar inmediato a ésta. Se destacó un pelotón, de nuevo al mando del Teniente Daniken, formado por dos vehículos, el Sargento Wolff y seis soldados. El informe del Teniente Daniken dice textualmente:

“En la noche del 14 de marzo me trasladé con dos vehículos a la granja de Hans Rudel, situada once kilómetros al sudeste de Dresde, en pleno campo. Previamente a la ocupación de la casa ordené al Sargento Wolff rodear la misma cubriendo la puerta trasera con los soldados Houten y Seidler, quedando los conductores al cuidado de los vehículos. Acudió a nuestras llamadas Fraulein Rudel, quien abrió la puerta principal. En la pieza principal de la casa, donde faltaba la luz eléctrica, encontré un individuo que no estaba allí en el primer registro efectuado durante la mañana. Era un hombre muy alto, de aproximadamente dos metros de estatura, rubio y de ojos azules, el cabello corto y la cabeza de gran tamaño. Estaba descalzo y vestía pantalones negros y camisa blanca. El viejo Rudel dormía embriagado apoyado en la mesa, estando la habitación iluminada por un par de quinqués.

“El hombre me habló en un idioma desconocido. Le pregunté cuál era su idioma y me respondió que era español. Confesó haber emitido un mensaje a través de un emisor de radio y entonces caí en la cuenta de algo sorprendente. El extranjero me hablaba en su idioma y yo le entendía perfectamente, pese a que no entiendo español. Le pregunté quién era y dijo llamarse Fidel Aznar, Capitán del Cuerpo Médico de la Armada. Le pregunté de qué armada y a qué país pertenecía. Dijo que procedía de otro mundo, lo cual provocó mi ira. Le amenacé, y entonces ocurrió un hecho insólito. Rodeado de soldados, bajo la amenaza de nuestras armas, el extranjero empezó a desvanecerse. Su imagen se diluyó en el aire ¡y desapareció! Quedamos tan sorprendidos que nadie atinó a hacer nada en el primer minuto. Nos mirábamos unos a otros sin comprender qué había ocurrido, hasta que ordené registrar la casa. En ningún momento se me ocurrió que el hombre pudiera haberse filtrado a través de las paredes. ¡Era justamente esto lo que había ocurrido! Perdimos lamentablemente el tiempo andando de un lado a otro desorientados, hasta que el soldado Seidler, que se encontraba vigilando la puerta de atrás, vio a alguien que corría y entraba en el granero.

“Inmediatamente ordené rodear el granero y llamé también al

conductor del vehículo oruga para que iluminara directamente la puerta del establo con el faro móvil. Mientras llegaba el vehículo los soldados rodearon el granero. Todo se realizó con la máxima rapidez. Utilicé el megáfono para ordenarle al extranjero que saliera con las manos en alto.

“Bajo la luz convergente del faro y las linternas eléctricas aparecieron en la puerta del granero dos figuras. Parecían dos buzos. Nuestras luces arrancaron apagados reflejos de su extraña indumentaria. Parecían ir metidos en unas armaduras de vidrio y se cubrían la cabeza con abultadas escafandras esféricas. Adosada a la espalda llevaban una caja metálica a modo de mochila, y de éstas se prolongaba hacia arriba una antena metálica. Los soldados quedaron sorprendidos.

“Utilicé de nuevo el megáfono para conminarles a la rendición. Ellos siguieron moviéndose, avanzando unos pasos con cierta rigidez. Di orden de abrir fuego y todos los que estaban en la parte delantera del granero empezaron a disparar con sus armas automáticas. Tirábamos con balas de rastreo y pude ver perfectamente cómo rebotaban nuestros proyectiles en sus armaduras. ¡Los dos extranjeros eran invulnerables a nuestros disparos!

“En medio de una lluvia de balas los extranjeros realizaron algo increíble. ¡Despegaron del suelo y se elevaron verticalmente en el aire! Subían con rapidez hacia el cielo y de las cajas que llevaban adosada a la espalda salía un rayo luminoso, especie de barra sólida dorada, que daba la impresión de apoyarse en el suelo y empujarles hacia arriba.

“Seguimos disparando contra los fugitivos con todo lo que teníamos, hasta que quedaron fuera del alcance de nuestras armas. Durante un rato todavía alcancé a ver aquellas largas y penetrantes barras de luz, y luego se desvanecieron en la noche. Muy impresionado por lo que había presenciado regresé a la casa y procedí a arrestar a los Rudel”.

## CAPÍTULO II

**P**oco después de la sujeción del SS “standartenführer” Edward Querich al DDA, el menor custodio del SS “standartenführer” Eberhard Querich volvió hoja y se inclinó sobre el siguiente documento.

“El SS “brigadeführer” Rudolf Hegner, Comandante Jefe de la Sección III SD del área metropolitana de Dresde, dice en su informe:

“Leída la declaración del Teniente Daniken, ordené comparecer ante mí a los detenidos Hans Rudel de 61 años, y Katherina Rudel, de 20 años, incurso en el delito de alta traición, cuya declaración se resume del siguiente modo:

“Ninguno de los dos detenidos recuerda en qué momento llegaron los extranjeros. Hans Rudel, que había quedado dormido sobre la mesa en estado de embriaguez, dice que despertó a altas horas de la madrugada del día 14 de febrero y vio por primera vez a los forasteros sentados junto a él. Ambos desconocidos vestían de blanco. El corte de su ropa, sus gorras y sus zapatos blancos parecían corresponder al uniforme que usualmente utilizan casi todas las marinas de guerra del mundo. El más alto de los dos extranjeros medía por lo menos dos metros, era fornido y tenía el cabello rubio, siendo el rasgo más notable en él el tamaño de su cabeza, mayor de lo normal. El segundo forastero debía medir entre 1,80 y 1,85 metros de estatura, tenía el cabello negro y los ojos oscuros. Ambos eran jóvenes, ninguno mayor de 20 años, de facciones agradables y modales educados. El hombre alto y rubio fue quien se dirigió a Hans Rudel habiéndole en un idioma extraño. Pese a no conocer en absoluto la lengua del extranjero, Rudel le comprendió sin dificultad. El forastero dijo llamarse Fidel Aznar, presentando a su compañero como hermano suyo, de nombre Miguel Ángel Aznar. Este fenómeno fue comprobado también por Katherina Rudel cuando se levantó a la mañana siguiente.

“Conociendo el bando de las autoridades militares respecto a los

delitos en que incurrierían quien prestase ayuda u ocultase a agentes enemigos, los Rudel manifestaron su temor a los extranjeros. El extranjero, llamado Fidel Aznar, tranquilizó a los Rudel asegurando que, si bien él y su hermano eran extranjeros, no pertenecían a ninguna potencia enemiga de Alemania, ni se encontraban aquí animados de ningún propósito hostil respecto al III Reich. Según dijo, eran viajeros en la dimensión del Tiempo y acababan de llegar al año mil novecientos cuarenta y cinco procedentes del año 25.651. El idioma que hablaban era español.

“Por extraño que parezca, los Rudel dieron crédito a esta historia. Fidel Aznar explicó cómo habían llegado hasta este tiempo. Al parecer ellos tenían en su avanzado mundo una máquina llamada Karendón, que poseía la propiedad de desintegrar la materia, cosa que hacía átomo por átomo, con gran rapidez, escribiendo simultáneamente la fórmula de los componentes desintegrados en una cinta de oro por medio de un código de perforaciones. Según su versión, el propósito de los viajeros no era en principio alcanzar el pasado de la Tierra, sino experimentar si una aeronave era capaz de volar a mayor velocidad que la luz en el espacio sideral.

“A fin de evitar los riesgos que supondría exponer a la tripulación a aceleraciones jamás experimentadas, se procedió primeramente a desintegrar tres hombres en la máquina Karendón instalada a bordo de la aeronave. La máquina desintegraría sucesivamente a los tres tripulantes, uno tras otro, y los volvería a restituir a su estado natural, quedando una copia de sus componentes físicos en la Karendón. La aeronave experimental sería lanzada al espacio y, dirigida por medios totalmente automáticos, debería volar a una distancia de cien billones de kilómetros antes de detenerse. En este momento, accionada automáticamente, se pondría en marcha la máquina Karendón de a bordo.

“En la Tierra (una Tierra situada en el año 25.651) los tres hombres habrían entrado sucesivamente en otra máquina Karendón para ser desintegrados. Debería existir algún fenómeno de índole metafísica que impediría que dos hombres iguales pudieran vivir al mismo tiempo en lugares distintos. La materia no podría vivir sin el alma y el alma sería indivisible. Al ser destruida la materia, el alma ingresaría en una “Dimensión Temporal”, especie de Limbo donde solían ir a parar las almas de los muertos a la espera de la siguiente

transmigración. Como el alma no tendría consistencia física, sería indestructible, es decir, inmortal. La distancia y el tiempo no existirían para el alma, la cual acudiría a reintegrarse en los cuerpos cuando éstos fueran restituidos por la máquina Karendón que se encontraba a bordo de la aeronave, a cien billones de kilómetros de la Tierra. La única condición sería que las tres almas hubieran abandonado previamente sus cuerpos en la Tierra.

“Todo funcionó según estaba previsto y las almas de los hombres que habían sido desintegrados en la Tierra pasaron a animar la materia restituida a bordo de la aeronave experimental. Los tres tripulantes aparecieron en la aeronave, pero al mirar fuera de ésta vieron con asombro que se encontraban en el espacio cerca de la Tierra. Pero éste no era el planeta que ellos habían dejado en el año 25.651, sino la Tierra de 1945. Los hermanos Aznar decidieron desembarcar en nuestro planeta, animados por la perspectiva de hacer una incursión en el pasado, lo cual hicieron dejando el tercer tripulante al cuidado de la aeronave. Así fue cómo estos hombres del año 25.651 llegaron a la Alemania del siglo xx.

“Durante las horas de la madrugada, hasta el amanecer, el viejo Rudel escuchó maravillado un bello relato acerca de otra Humanidad que existía en otra dimensión del Tiempo. Esta Humanidad se encontraría lógicamente mucho más adelantada que la actual, habiendo alcanzado un grado de desarrollo tecnológico que situaba a aquella sociedad en una especie de paraíso terrenal. En aquel mundo los hombres habrían vencido definitivamente el hambre y las enfermedades, prolongando su vida hasta casi los cuatrocientos años en una perpetua juventud.

“Al despertar Katherina Rudel descubrió que había estado durmiendo vestida. La muchacha no pudo recordar en qué momento se acostó. Mientras espiaba a los extranjeros desde su habitación no pudo entender nada de lo que estos hablaban con su padre, pero cuando salió de la habitación y el extranjero rubio le habló, Katherina Rudel vio con sorpresa que podía comprender perfectamente lo que el hombre le decía, a pesar de que hablaba un idioma desconocido. El extranjero explicó este fenómeno asegurando que poseía facultades psíquicas extraordinarias, gracias a lo cual transmitía su pensamiento directamente a la mente de sus interlocutores. Este hombre (Fidel Aznar) tampoco hablaba alemán,

no obstante comprendía a los Rudel leyendo directamente en el pensamiento de éstos.

“Los extranjeros vencieron los temores de Katherina Rudel como antes habían vencido los del viejo Hans. Deseaban visitar la ciudad, pero necesitaban ropas menos llamativas que sus blancos uniformes. Los Rudel andaban escasos de dinero, pero este inconveniente fue salvado fácilmente. El llamado Fidel Aznar arrancó la botonadura de su guerrera. Eran botones de oro. Hans Rudel marchó a Dresde y vendió los botones a Sigfried Bodlehman, comerciante de la ciudad vieja de Dresde. Estos botones fueron recuperados posteriormente por la Sección III, que los incluyó como prueba en el atestado. Rudel adquirió ropas usadas con el dinero obtenido en la venta de los botones de oro y regresó a la granja.

“Aquella tarde Fraulein Rudel acompañó a los extranjeros y les sirvió de guía en su visita a la ciudad. Regresaron después de anochecido. Esa misma noche y durante la madrugada tuvo lugar el bombardeo terrorista que destruyó Dresde. A la mañana siguiente, cuando Hans Rudel se repuso de su acostumbrada borrachera, enganchó su caballo al carro y se dirigió a la ciudad para prestar su ayuda. Los dos extranjeros le acompañaron y colaboraron en los trabajos de auxilio a las víctimas. Regresaron a la granja a la caída de la tarde. Fidel Aznar anunció a Katherina Rudel su propósito de dar por terminada su visita. Se supone que los extranjeros utilizaron su emisor de radio para comunicarse con alguien que debía acudir a recogerles. Este mensaje sería el mismo que, interceptado por el servicio de escucha de la Sección III, dio lugar al envío de un destacamento al mando del Teniente Daniken, en cuyo informe se relatan los sucesos que tuvieron lugar esa noche en la granja de Hans Rudel”.

\* \* \*

La lectura del atestado dejó profundamente confundido al SS “standartenführer” Edward Roerich. ¡Viajeros en la dimensión del Tiempo llegados a la Alemania de 1945 desde una Era situada en el Futuro!

Aquello parecía más bien una pesada broma y Roerich se preguntó divertido cómo habrían resuelto aquel enigma los sesudos

funcionarios por cuyas manos pasó el atestado.

El dossier era bastante abultado. Por lo menos los hombres de la Sección III demostraron su paciente eficiencia, ya que no probablemente su sentido de la seriedad. Había otros documentos; declaraciones del Sargento Wolff y de los soldados que formaban el pelotón del Teniente Daniken, del comerciante Bodlehmán y de los peritos que dictaminaron la calidad de los botones de oro, del tendero que vendió la ropa usada...

Lleno de curiosidad, Roerich buscó la vista del juicio llevado a cabo por el tribunal 3.º Especial que sancionaba los delitos de alta traición.

El fiscal había calificado de “absurdas invenciones” los testimonios de los Rudel, del Teniente Daniken, del Sargento y los soldados del destacamento, admitiendo la “recta intención” de aquéllos, justificada con ciertas aptitudes paranormales de uno de los agentes extranjeros en particular. Éste, sin duda, ejerció algún tipo de poder hipnótico para crear una falsa imagen de la realidad, tipificado como “hipnosis colectiva”. Los encartados, Hans Rudel y Katherina Rudel, estaban incurso en la ley que castigaba el delito de ocultamiento y ayuda al enemigo. Los dos acusados habían sido condenados a muerte.

Roerich quedó sorprendido de esta absurda decisión. Si el fiscal disculpaba el error de apreciación del Teniente Daniken, del Sargento Wolff y los soldados del destacamento, justificándolo con un fenómeno de “hipnosis colectiva”, entonces los Rudel deberían ser considerados igualmente víctimas del poder hipnótico de al menos uno de los extranjeros, que les indujo a obrar contrariamente a sus principios corriendo un riesgo que en condiciones normales no habrían aceptado. ¡El veredicto de culpabilidad era totalmente injusto!

Roerich hojeó en el montón de papeles en busca de la confirmación de la sentencia. En efecto, allí estaba; un certificado de defunción prendido a una ficha policial en la que figuraban la fotografía, las huellas dactilares y los demás datos personales de Hans Rudel, y una nota final: “Ejecutado el 26 de marzo de 1945”.

Inmediatamente detrás otra ficha policial correspondiente a Katherina Rudel. Una nota: Condenada a muerte. Aplazada su ejecución y trasladada a Ravensbruck.

Grapada a la ficha una hoja de papel. Era un informe médico. “La examinada, Katherina Rudel Lagen, se encuentra en estado de gestación”. Era una práctica humanitaria, aceptada universalmente, el suspender la sentencia de muerte de las mujeres gestantes hasta después de dar a luz el hijo. Esta circunstancia había determinado el aplazamiento de la sentencia.

—“Una chica con suerte —pensó Roerich—. Para bien o para mal, cuando venga a dar a luz probablemente habrá terminado la guerra”.

Levantó los ojos y los clavó en la hoja del libro calendario que descansaba en un extremo de la mesa. La hoja correspondía al 31 de marzo. Roerich consultó su reloj de pulsera. Eran las dos y cuarto de la madrugada, de modo que realmente la fecha correspondía al día primero de abril.

Maquinalmente alargó la mano para cambiar la hoja, pero algo ocurrió en este momento. De pronto se hizo un silencio profundo, absoluto, como si toda la vida hubiese quedado suspendida dentro y fuera del despacho.

Una sustancia intangible pareció penetrar a través de los muros y la capa de cemento reforzada con acero que protegía el sótano contra los bombardeos aéreos. La mente de Edward Roerich quedó totalmente en blanco durante un tiempo que al “standartenführer” le pareció muy corto. Casi enseguida escuchó de nuevo el sordo zumbido del ventilador del sistema de aireación del bunker y el timbre del teléfono que estaba sonando.

Frotándose el oído, Roerich alargó la mano y tomó el aparato. Se aclaró la voz con un carraspeo.

—Diga.

—Aquí el oficial de guardia. Un hombre pregunta por usted, mi Coronel —anunciaron desde el otro extremo de la línea telefónica.

—¿Alguien que quiere verme? ¡A estas horas! ¿Quién es?

—Es un tipo muy raro, señor. Alto, lo menos de dos metros de estatura y con la cabeza más grande que jamás he visto. Habla en un idioma extranjero y dice llamarse Fidel Aznar.

Una especie de sacudida eléctrica crispó la mano del joven “standartenführer” sobre el teléfono.

—Repítalo.

—Dice que se llama Fidel Aznar, señor. ¿Le dejo entrar?

Aunque era un hombre de mente ágil, difícil de sorprender, Edward Roerich quedó desconcertado. Jamás había oído hablar de un hombre con aquellas características que se llamara Fidel Aznar. Por primera vez acaba de leer aquel nombre en un absurdo atestado... ¡y unos minutos después le anunciaban su visita por teléfono!

Algo raro estaba ocurriendo aquella madrugada. Formalmente dudó de la seriedad del oficial de guardia. Miró la esfera de su reloj. Eran las cuatro. ¡Las cuatro! Roerich recordó que hacía solamente unos minutos había consultado el reloj y eran las dos y cuarto. Esto había ocurrido poco antes de aquella abstracción que sólo había durado...

Roerich se sintió verdaderamente preocupado por su estado mental. Su “pequeño” lapsus había durado una hora y cuarenta y cinco minutos. ¿Es que había estado dormido todo aquel tiempo sin darse cuenta?

La voz del oficial de guardia insistía a través del teléfono:

—¿Está ahí, Coronel Roerich? ¡Oiga!

—¿Quién es el oficial de guardia? —preguntó Roerich.

—Soy yo, señor. El Teniente Senhausen.

El “standartenführer” conocía a Senhausen, al que tenía por un oficial serio.

—Respecto al visitante... asegúrese de que no lleva arma alguna. Luego hágale acompañar por dos hombres armados. Preste atención a esto, cuando el extranjero entre en mi despacho, los guardias deberán permanecer ante mi puerta. Puede que les llame en cualquier momento. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Roerich dejó el teléfono sobre la horquilla y quedóse mirando el abultado dossier. Se sintió profunda y extrañamente inquieto. Con movimientos puramente mecánicos se alisó el cabello y se abotonó la guerrera. Apenas acababa de componer su figura cuando llamaron en la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y un cabo de las SS, con una metralleta “Sten” colgada del cuello, cruzada sobre el pecho, asomó al despacho.

—Que pase —ordenó Roerich. Y se puso en pie.

El hombre que entró por la puerta era un gigante de dos metros

de estatura que vestía un abrigo negro desabrochado. El abrigo le quedaba visiblemente pequeño, estrecho de hombros y corto de mangas. Traía la cabeza descubierta y una gorra en la mano. La cabeza del forastero era más voluminosa de lo normal. Tenía la frente exageradamente grande y ligeramente abombada. Pero uno apenas reparaba en este detalle. El rostro del gigante, de una belleza singular, parecía irradiar inteligencia y bondad, a tal punto, que al mirarle se sentía la presencia de una fuerza psíquica de un poder sobrenatural.

Los ojos del extranjero se clavaron en Roerich y éste experimentó la sensación de que su alma y su mente eran desnudados ante el poder de penetración de aquella mirada.

## CAPÍTULO III

**E**l gigante tomó asiento con indiferencia de las butacas con un gesto. El gigante tomó asiento con indiferencia de las butacas con pensativamente y luego se dejó caer en su sillón giratorio. Tras él, en el muro, colgaba un gran retrato de Hitler en un marco dorado.

Roerich sacó del bolsillo una larga boquilla de ámbar, tomó una cigarrera de ébano y cogió un cigarrillo que insertó meticulosamente en la boquilla. Sobre la mesa descansaba un encendedor de gasolina. Encendió su cigarrillo, aspiró el humo y apoyó los codos en la mesa mirando fijamente al forastero.

—¿Fidel Aznar? —preguntó.

—Sí.

Roerich hablaba perfectamente español.

—¿Prefiere que hablemos castellano? —preguntó.

—Como usted prefiera.

—Usted no habla alemán —dijo Roerich en este idioma.

—No, pero puede hablarlo usted si le resulta más fácil. También le entenderé —dijo el extranjero con una sonrisa.

El forastero hablaba un español ligeramente modificado. Pero como el “standartenführer” también hablaba español no podía verificar aquel fenómeno que tanto sorprendió a los Rudel y al Teniente Daniken respecto al lenguaje. Tal vez el forastero sí entendía el alemán, aunque afirmara lo contrario.

Fidel Aznar sonrió mirándolo con sus candorosos ojos azules. Roerich se sintió molesto.

—¿De qué se sonríe usted? —preguntó.

—De sus pensamientos.

—¿Es cierto eso de que puede leer usted el pensamiento?

Fidel Aznar hizo un gesto como de disculpa. Roerich puso una mano sobre el voluminoso dossier que tenía ante sí.

—¿Sabe qué es esto?

—Sí.

—¿Usted lo sabe todo? —inquirió Roerich irritado.

—No, pero sé que estuvo leyendo el informe de la Policía referente al caso Rudel. La lectura del dossier provocó en usted una reacción psíquica tan intensa, que yo pude percibirla a distancia y llegar hasta aquí siguiendo la fuente de sus impulsos mentales.

—Usted se está burlando de mí.

—No. Yo acababa de llegar a Berlín y me preguntaba cómo podría averiguar el paradero de Katherina Rudel, cuando capté su pensamiento de usted. La mente humana es como un emisor de radio. Emite en una potencia muy débil, pero es posible sintonizarla a distancia si se poseen las facultades necesarias.

Roerich le contempló en silencio. Fidel Aznar, que realmente podía leer el pensamiento del “standartenführer”, vio a modo de una olla en ebullición. Dentro de esta olla se agitaban mil pensamientos confusos, pero uno especialmente sobresalía con claridad.

—¿Se pregunta si realmente soy un hombre de otro mundo, verdad? —dijo con una leve sonrisa.

—¿Lo es? —inquirió Roerich con ansiedad.

—Sí, lo soy. ¿Por qué le preocupa tanto eso?

—¿Cree que no debo preocuparme?

—Supongo que al menos tiene usted derecho a sentir curiosidad.

—En efecto, siento una enorme curiosidad. En primer lugar me pregunto, ¿por qué regresó?

—Todos cometemos equivocaciones. Para empezar, nunca debimos mezclarnos con gentes de este mundo. Es triste que terceras personas tengan que pagar por nuestros errores. Nunca creí que sucediera esto, pero al parecer Hans Rudel ha muerto y la misma Katherina se halla en peligro.

—Hans Rudel fue fusilado —afirmó Roerich, y experimentó cierto malévolos placer en manifestarlo—. En cuanto a la chica, fue condenada a muerte, pero su ejecución ha sido aplazada. Katherina Rudel espera un hijo.

Edward Roerich vio demudarse el rostro del extranjero. Éste fue un signo altamente revelador para el “standartenführer”, quien dijo, casi con acento regocijado:

—Tal vez un hijo suyo.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Fidel Aznar. Y en sus azules ojos brilló un relámpago amenazador. Casi a renglón seguido añadió—: ¿Ravensbruck? ¿Dónde está eso? ¡Ah, una cárcel en un campo de concentración de mujeres, a treinta kilómetros de este lugar!

Roerich quedó verdaderamente impresionado. ¡El forastero había leído las respuestas directamente en su mente!

—Dígame, ¿por qué ha vuelto, Aznar? —preguntó Roerich furioso—. Ya debería estar de regreso en su mundo del futuro. Tal vez ha cometido un grave error volviendo por esa chica. Ya ve, no es solamente usted quien lee el pensamiento.

Roerich vio transformarse la expresión del hermoso rostro del extranjero. Éste se inclinó hacia adelante y descargó su puño sobre la mesa.

—¡Deje en libertad a la muchacha, Coronel! ¡Se lo advierto será mejor para usted! —rugió amenazadoramente.

El SS “standartenführer” se reclinó en su butaca, aspiró el humo de su cigarrillo y lo dejó escapar en pequeñas volutas. Por primera vez desde que el extranjero entró en su despacho se sintió seguro de sí mismo. Ahora conocía el punto débil de su enemigo, y Roerich sabía cómo explotar sus triunfos.

—¿De modo que es eso? —dijo sonriendo—. ¿Está usted enamorado de la chica?

—No sé si estoy enamorado de ella. Sólo sé que le he causado un perjuicio y es mi deber sacarla de las dificultades en que la metí —contestó Fidel Aznar.

—Pero ella va a tener un hijo suyo, señor Aznar —dijo Roerich regocijado—. Tiene algo más que un deber respecto a esa joven, también está obligado ante el hijo que está por nacer. Es lógico que usted aspire a verles libres, pero mi deber es preguntarle, ¿qué puede ofrecer usted a cambio de su libertad?

—Ella es inocente, ¿no basta con eso?

—Mucho me temo que no sea suficiente, señor Aznar. En primer lugar, habría que demostrar su inocencia, lo cual no es nada fácil. En segundo lugar...

—Sé lo que está pensando usted, Coronel.

—¿Está seguro de saberlo? —preguntó Roerich irónico.

—Sí. Y le digo que es una vileza pretender sacar provecho de

una situación como ésta. Si Katherina Rudel es inocente, y usted sabe que lo es, no es justo que tenga que pagar por la libertad a que tiene derecho como ser humano. Más bien al contrario, habría que indemnizarla por todas las brutalidades sufridas y por la muerte de su padre... si es que existe forma de compensar a nadie por el asesinato de un ser amado.

—Señor Aznar, usted no se da cuenta de la realidad de las cosas. Tal vez su mundo sea distinto. Quién sabe si en ese futuro del cual usted dice haber llegado, se llegarán a abolir la esclavitud y la injusticia. Ésta es la Alemania de mil novecientos cuarenta y cinco. Mi país lucha prácticamente solo contra la incompreensión de un mundo que nos detesta y busca por todos los medios nuestro aniquilamiento. Esta guerra, que empezó por un ideal, ha perdido todo su sentido primigenio. Acorralada por todas partes, Alemania lucha ahora por su supervivencia; es el ser o el dejar de ser. Las naciones, los hombres, las fieras y hasta las ratas se vuelven feroces cuando ven amenazada su vida. Ese es nuestro caso. Tenemos perdida la guerra y solamente un milagro podría salvarnos del desastre. El mundo materialista de hoy ya no cree en los milagros. Pero Alemania todavía cree en ellos. Tiene que creer en algo para salvarse, incluso en los milagros. Y ese milagro ha ocurrido.

—No, Coronel. Ningún milagro puede salvar a la Alemania de mil novecientos cuarenta y cinco. La Historia es concluyente al respecto, Alemania fue vencida en este año, su territorio quedó dividido en dos por las alambradas, y a cada lado de esas alambradas se desarrolló una ideología distinta, ambas tan opuestas que ya jamás fue posible la reconciliación.

—Tal vez la Historia pueda escribirse de más de una manera —apuntó Roerich.

Pero el hombre del futuro negó con la cabeza.

—No, Coronel. Sé lo que está pensando usted, pero le aseguro que eso es imposible. Para usted hoy es el presente y mañana el futuro. Pero para nosotros, los hombres del año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno, mañana y pasado mañana, el año próximo y los restantes veintitrés mil setecientos cinco años son el pasado. Si el pasado es Historia y la Historia ya está escrita, nosotros no podemos interferir en el curso de unos hechos que ya han ocurrido. Sabemos que la Alemania nazi fue derrotada y que

Hitler se suicidó el treinta de abril de este año. Pero supongamos que nosotros decidimos intervenir a favor de Alemania. Tenemos los medios para desarmar a los ejércitos que tienen cercada a Alemania, podemos reducir a cenizas Moscú, Leningrado, Londres, Nueva York, Chicago y San Francisco. Podemos hundir todos los buques de todas las flotas del mundo y sembrar el terror y la desolación en los países aliados hasta obligar a éstos a pedir la paz a Alemania. El Tercer Reich se salvaría, el Führer no llegaría a suicidarse, y el nazismo impondría sus condiciones a un mundo paralizado por el temor. Un hecho de tal magnitud cambiaría totalmente el curso de la Historia, afectando las vidas y la suerte de millones de personas, y probablemente al futuro de toda la Humanidad. ¡Pero eso no es posible, pues la Historia ya está escrita y en ella se consigna la derrota y la partición de Alemania! ¿Se da usted cuenta?

—Sé lo que quiere usted decir, señor Aznar. Pero ni a mí ni a Alemania nos importa que a su regreso al mundo de su tiempo encuentre contradicción entre lo que dice la Historia y lo que realmente ocurrió en Europa en mil novecientos cuarenta y cinco.

—¡Pero es que esa contradicción no pudo ocurrir jamás!

—Convénzame de eso —repuso Roerich desafiante—. Existe un hecho cierto; usted está aquí. Y a menos que nos haya engañado y no pertenezca realmente al futuro, en alguna parte debe haber una aeronave esperándole para regresar a su mundo. Supongamos que la nave existe, y ella sola tiene por sí misma bastante poder para aniquilar todas las flotas navales, todas las fuerzas aéreas y todos los blindados de nuestros enemigos. Supongamos que usted quisiera poner esa aeronave al servicio de Alemania. ¡No habría nada que pudiera impedir que ganáramos esta guerra!

—Algo lo impediría, puesto que eso nunca ocurrió —repuso Fidel Aznar gravemente.

—Señor Aznar, hablemos con sinceridad —dijo el Coronel inclinándose sobre la mesa—. Tal vez sea usted un farsante y no haya existido nunca un hombre llegado a esta dimensión desde el futuro. Los jueces que vieron el caso de Hans y Katherina Rudel no dieron fe a su historia, ni yo acabo de creerla. Pero en mi caso una duda es una esperanza, y una esperanza es mejor que nada. ¡Ojalá fuera usted un ser de otro mundo y tuviera un arma de tanto poder! Quiero creer que posee usted realmente esa aeronave... ¡necesito

creerlo para creer que todavía es posible salvara mi patria de la derrota! ¿Me comprende usted?

—Le comprendo perfectamente, Coronel Roerich. Pero antes de seguir adelante debo convencerle de una cosa. Nuestras armas jamás ayudarán a Alemania a ganar la guerra.

El “standartenführer” Roerich contuvo a duras penas su cólera. Aplastó nerviosamente el cigarrillo en el cenicero, se retrepó en su butaca y suspiró.

—Dígame, Aznar, ¿por qué volvió? ¿En serio creyó que dejaríamos en libertad a Katherina Rudel, simplemente aceptando como buena su afirmación de que no es agente secreto de ningún país enemigo? ¿Espera que se revise todo el caso sobre una base tan inconsistente?

—A decir verdad yo esperaba resolver este asunto de una manera discreta. Puedo pagar un rescate por la chica.

El Coronel hizo una mueca.

—¿Un rescate, eh? —gruñó—. ¿Y en qué consiste el rescate?

—En oro. Oro de primera calidad, alrededor de unos treinta kilos en láminas. Todo será suyo si deja en libertad a Katherina Rudel.

Roerich estaba realmente asombrado.

—¿De dónde obtuvieron ese oro? —preguntó.

—¡Oh, el oro no tiene ningún valor en nuestro mundo! —aseguró Fidel Aznar, quien aclaró—: quiero decir que no le damos más valor que a otro metal cualquiera. Lo obtenemos industrialmente, igual que el resto de los metales. Lo utilizamos en grandes cantidades por sus cualidades inoxidables. Pero aquí, en este tiempo, se concedía un gran valor al oro. La guerra está para terminar, y en los años de grandes privaciones que esperan a Alemania, aquel que tenga oro...

Roerich sonrió para sí preguntándose qué sería de él después de la derrota. Tal vez le juzgaran como criminal de guerra y le ejecutaran, como ya estaba ocurriendo con muchos de los altos jefes de las SS en los tribunales especiales de Roma. Fidel Aznar leyó el pensamiento del Coronel y añadió:

—El precio del rescate podría incluir, además del oro, los medios para escapar de Alemania. Nosotros le llevaríamos en nuestra aeronave a Sudamérica, donde podría comenzar una nueva vida y

disfrutar de sus riquezas.

Edward Roerich golpeó violentamente la carpeta del dossier con la mano abierta.

—¡No siga, Aznar, no se lo permito! Soy un miembro de las SS y un nacional socialista con todas sus consecuencias. Lo que sea de mí en lo personal después de la guerra, carece de importancia. Estoy ligado al Führer por un juramento de fidelidad y le seguiré hasta el fin, incluso si este fin significa la muerte. La guerra es lo único importante ahora, y de ahí mi interés por su fantástica historia y su increíble aeronave. Si esa arma existe, tenemos que conseguirla, ¡cueste lo que cueste!

—Nunca la tendrá, Coronel Roerich —respondió el extranjero secamente.

—¿No la entregará, ni siquiera a cambio de la vida de la mujer que ama? ¿Ni a cambio de su propia vida de usted?

—No.

—¿Cuál es la razón? ¿Acaso no cree que los nazis merezcamos ganar esta guerra? —inquirió retador.

—Tampoco entregaría nuestra arma a los norteamericanos, ni siquiera en el caso de que fueran ellos quienes estuvieran perdiendo la guerra. Hay algo más que una simple razón ideológica. No están preparados para recibir hoy mismo un arma de tal poder. Con toda seguridad, la nación que la poseyera, no podría resistir a la tentación de erigirse en guardián del mismo. Pero tal condición no es posible en un mundo dividido en un mosaico de nacionalidades, de razas, de ideologías políticas y creencias religiosas. Dar ventaja a una nación, a una raza o una ideología, significaría sentenciar al resto del planeta a la opresión y el exterminio. Aun sin nuestra aeronave, ni nuestras armas, esta Humanidad ya posee sobrados medios de destrucción.

El SS “standartenführer” contempló largamente a su interlocutor con el ceño fruncido. El hombre del futuro le sostuvo con firmeza la mirada. Roerich pulsó un botón eléctrico bajo el tablero de la mesa.

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted, Aznar?

—Sí, lo sé.

—Usted puede leer en mi pensamiento, claro. Siempre se me olvida —dijo Roerich con ironía.

La puerta se abrió bruscamente, asomando el cabo de las SS

empuñando la metralleta.

—Lleven a este hombre al calabozo —ordenó Roerich.

Fidel Aznar se puso en pie mientras entraban los soldados.

—Le advierto que nada va a conseguir por la tortura y la violencia —dijo el gigante.

—Dígame si existe algún otro medio de que yo obtenga de usted lo que quiero.

—No.

—Lo siento —dijo el Coronel haciendo una seña a los dos SS.

El extranjero salió escoltado por el cabo y el soldado. Al cerrarse la puerta el Coronel Roerich quedó de nuevo solo con sus pensamientos. No era un hombre que se dejara dominar fácilmente por la ira ni la impaciencia, pero aquel enigmático sujeto le crispaba los nervios. ¿Sería tan ingenuo como aparentaba? Sin duda era muy joven. Al menos en astucia Roerich creía llevarle ventaja.

Se preguntó por qué habría insistido aquel joven en afirmar que era un viajero en el tiempo llegado aquí desde otra dimensión en el futuro. Cualquier otra historia, por fantástica que fuera, parecería más verosímil. ¿Era Fidel Aznar un espía enemigo? Pero si sólo era un espía, ¿por qué volvió? Sólo un loco regresaría exponiéndose a ser fusilado... a menos que tuvieran la seguridad de poder escapar.

¡Escapar! Esto ya había ocurrido una vez. Y fue precisamente Fidel Aznar, el mismo que ahora iba camino del calabozo, quien se desmaterializó misteriosamente ante los ojos de un grupo de soldados, cuyo testimonio no cabía poner en duda. La versión del tribunal que condenó a los Rudel, “hipnosis colectiva”, no satisfacía en absoluto a Edward Roerich. Todo el que se viera una vez delante de Fidel Aznar comprendería que éste no era un hombre normal. Y no era un loco. Su anormalidad tenía un origen completamente distinto.

Empujando su butaca giratoria Roerich se puso bruscamente en pie. Abrió un cajón de la mesa, sacó un cinturón con una pistola y se lo ciñó. Desenfundó el arma, una “German Luger”, y tiró del cerrojo introduciendo un cartucho en la recámara. A continuación devolvió la pistola a la funda, abrochó ésta y abandonó el despacho.

El bunker era bastante grande y tenía dos pisos superpuestos, ocupando los primitivos sótanos del Departamento de Defensa. En la planta superior estaba el cuerpo de guardia, las oficinas y los

despachos de los altos jefes del Servicio de Inteligencia. En la planta más profunda estaban los calabozos, los operadores de radio y teletipos, los archivos, la cocina y los grupos “Diesel” y ventiladores de acondicionamiento de aire para el sólido refugio.

El Coronel Roerich avanzó por un corredor, dejando a derecha e izquierda las puertas que conducían a otras varias oficinas y despachos, llegó hasta la sala de banderas del cuerpo de guardia y llamó al SS “obersturmführer” (primer teniente) Senhausen, quien estaba tumbado en un diván y se puso precipitadamente en pie, estirándose la guerrera y dando muestras de cierto azoramiento.

Seguido del Teniente, Roerich volvió atrás hasta la escalera de ladrillo que conducía a la segunda y más profunda planta del bunker.

Hasta que empezaron los bombardeos de Berlín no era frecuente la presencia de prisioneros en el bunker, pero últimamente era raro el día que no era derribado algún avión sobre la ciudad. Los aviadores de cierto grado eran conducidos al sótano del Departamento de Defensa para ser interrogados por el Servicio de Inteligencia, y a este fin se había habilitado media docena de calabozos.

El calabozo donde había sido conducido Fidel Aznar era apenas mayor que una garita, quedando el espacio justo para una cama de tablas. Esta cama carecía de colchón y ni siquiera había mantas, pues los pilotos apresados, generalmente, eran trasladados inmediatamente a un campo de concentración en las afueras de Berlín. La humedad rezumaba a través del cemento de las paredes y el piso, y la única ventilación procedía del ventanuco que se abría en la sólida puerta de acero.

Apenas acababan de dejarle allí cuando se encendió de nuevo la luz eléctrica y chirriaron los cerrojos. La puerta se abrió y el Coronel Roerich entró seguido de un esbelto Teniente que llevaba correa y pistola.

—Desnúdese —le ordenó el Coronel en castellano.

Mientras el prisionero empezaba a quitarse la ropa, Roerich se dirigió a Senhausen en alemán:

—Este sujeto es especialista en fugas. En cierta ocasión, estando rodeados de un grupo de soldados armados, se esfumó ante la vista de todos para reaparecer fuera de la casa. Nadie sabe cómo pudo

hacerlo, pero ocurrió.

Sanhausen miraba incrédulo al “standartenführer”, quien agregó:

—No estoy borracho. Así fue como escapó y eso puede ocurrir otra vez. Dijeron que era un fenómeno conocido por “hipnosis colectiva”. Quiero que se fije bien en este tipo por si lo ve en otra parte fuera de este calabozo. Refuerce la guardia en las puertas y advierta a los centinelas del exterior del edificio. Si ven aparecer un tipo desnudo, que disparen sin vacilar contra él.

—Sí, mi Coronel —dijo el sorprendido Teniente.

Roerich se volvió hacia Aznar, que ya se había quitado el abrigo, la chaqueta y el chaleco.

—¿Oyó lo que le dije al Teniente? —preguntó en español.

—Sí.

—Quítese el resto de la ropa, y también los zapatos y los calcetines.

Fidel Aznar se quitó todo, quedando con un taparrabos azul de fino tejido.

—¿Ustedes en su mundo usan bragas? —observó Roerich divertido—. Bien, conserve las bragas, todavía resultará más llamativo si intenta escapar.

El SS “standartenführer” admiró en silencio la atlética complexión del extranjero. Su cuerpo desnudo tenía la misma hermosa proporción que las antiguas estatuas griegas. Viendo la formidable musculatura se adivinaba en aquel joven gigante la fuerza de un Hércules.

—¿Siente frío? —le preguntó Roerich.

—No.

—Bien, ya lo sentirá —gruñó Roerich. Y ordenó en alemán a los soldados—. No le den ninguna manta, ni un pañuelo.

Sacó a puntapiés las ropas del prisionero, que el soldado recogió haciendo un lío con todo y con los zapatos. A continuación los dos oficiales abandonaron el calabozo cerrando la puerta y echando los cerrojos.

En el corredor el “standartenführer” llamó al vigilante de los calabozos y le ordenó secamente:

—Manténgale despierto todo el tiempo. Si se duerme le espabila con la manguera. Y no apague la luz, pero no permita que utilice el

cristal de la bombilla para abrirse las venas.

Fidel Aznar escuchó los pasos de las claveteadas botas de los soldados al alejarse.

## CAPÍTULO IV

**E**n las primeras horas de la mañana, a las 5,30, volaron varias bombas y se cargaron de la mañana varias toneladas de bombas. En esta ocasión los bombarderos tomaron por blanco las industrias de la periferia de la ciudad y los enlaces ferroviarios.

En el sólido bunker del Departamento de Defensa, alejado del bombardeo, el SS “standartenführer” Roerich ni siquiera se enteró del raid aéreo, a pesar de encontrarse despierto. Roerich tenía en su despacho, detrás de una cortina, una cama de campaña en la cual solía descansar cuando sus deberes le obligaban a permanecer hasta veinticuatro horas consecutivas en su puesto.

Echado en el camastro, el Coronel le daba incesantes vueltas en su cabeza al caso de los “viajeros en el tiempo”. Obviamente debería dar cuenta de los hechos a sus superiores. Pero, ¿cómo acogerían éstos aquella disparatada historia? ¿No le costaba a él mismo creer que nadie pudiera viajar del futuro al presente, cuando el futuro estaba en el mañana, negando la posibilidad de que pudieran existir unos hombres que todavía tardarían milenios en nacer?

Irritado consigo mismo, con la frente calenturienta, Roerich se levantó a las siete de la mañana, se puso las botas y la guerrera, se encasquetó la gorra y bajó al sótano. El Cabo Hewel había sacado una silla al corredor y dormitaba en ella apoyado el respaldo contra el muro.

—¡Cabo Hewel!

El hombre despertó sobresaltado poniéndose en pie y cuadrándose militarmente.

—Perdone, señor, sólo fue una cabezadita.

—¡Dormía usted como un tronco! —gritó el Coronel—. ¡Ay de usted si el prisionero ha escapado!

Hewel se preguntó cómo demonios iba a escapar un individuo encerrado en un calabozo tras una puerta de acero y un sólido cerrojo bajo llave.

Roerich se acercó a la puerta y echó una mirada al interior del calabozo a través del ventanuco. El prisionero estaba echado de espaldas sobre las duras maderas del camastro, completamente inmóvil con los ojos abiertos mirando al techo.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó el Coronel.

Hewel miró por entre los barrotes del ventano.

—¡Lleva en esa posición todo el tiempo desde que le encerramos!

—¡Estúpido! —gritó el Coronel—. ¿No ve que está durmiendo?

—¿Con los ojos abiertos, señor?

—¡Traiga acá la manguera!

Hewel fue en busca de la manguera arrollada y colgada en el muro y el propio Roerich abrió el grifo. Desde el ventanillo de la puerta, un violento chorro de agua fría cayó sobre el prisionero. Éste pegó un respingo y se incorporó quedando sentado sobre las tablas, cubriéndose el rostro con las manos para protegerse del chorro que salía de la manguera. Roerich fue a cerrar el grifo.

—Manténgale despierto —ordenó a Hewel—. No le den de comer ni de beber.

Fidel Aznar escuchó las palabras del Coronel. Por supuesto había leído la Historia y no ignoraba los increíbles sistemas de tortura empleados por la Humanidad terrícola desde la más remota antigüedad hasta bastante más allá del siglo xx. Fidel Aznar consideraba estos métodos más bien propios de la incultura y de mentes neuróticas. Pero Roerich no pertenecía a esta clase de tipo. Él había estudiado el aura del Coronel, aquel halo luminoso que emanaba de todos los seres vivos, pero que solamente los ojos de un sensitivo eran capaces de ver sin ayuda de filtros y cámaras fotográficas especiales. Roerich era un hombre psíquicamente equilibrado, inteligente y culto. ¿Cómo podía comportarse de este modo?

El calabozo estaba frío y la ducha había dejado a Fidel Aznar totalmente empapado. Pero Fidel no se enojó ni se sintió intimidado. Era un hombre que ejercía un absoluto control sobre sí mismo, lo que le hacía parecer frío e insensible, que era todo lo

contrario a su auténtica personalidad.

De cualquier forma, resultaba evidente que Fidel Aznar no era un hombre vulgar. Mestizo de terrícola y bartpurana, su procreación había sido dirigida científicamente, escogiéndose de cada uno de sus progenitores los genes que determinarían su carácter y su constitución física. El resultado de este engendro de laboratorio fue Fidel, un producto elaborado en el que al vigor físico y a la vivacidad del carácter terrícola, se sumaban la inteligencia y la profunda humanidad del alma bartpur.

Consciente o inconscientemente la formación de Fidel resultó más afectada por la influencia de la cultura bartpur que por la terrícola, resultando de todo ello una curiosa mezcla de gustos y tendencias. Luego, a los catorce años, Fidel abandonó el hogar paterno para ingresar en un monasterio y ordenarse monje “bundo”, con lo cual resultó alterado el equilibrio manifestándose más bartpurano que terrícola.

Los terrícolas acostumbraban a dejarse engañar por las apariencias de las cosas. Así, viendo que los “bundos” llevaban la cabeza afeitada y vestían largas túnicas púrpura y moradas, y observando sus costumbres ascéticas y su vida comunitaria en grandes edificios que se levantaban en los parajes más agrestes y solitarios, llamaron “monjes” a los “bundos”, y “monasterios” a las edificaciones donde aquéllos llevaban a cabo su preparación.

Pese a que más tarde se supo la correcta traducción que correspondía a la palabra “bundo”, el título ya estaba acuñado y se continuó llamando monjes a quienes realmente debería llamarse “licenciados”.

Los supuestos monasterios eran lo que las universidades en la organización cultural terrícola. En estas universidades, en un ambiente austero regido por la más severa disciplina, el “bundo” se preparaba física, moral y espiritualmente para alcanzar el más difícil y complejo doctorado jamás conocido.

Se requerían aptitudes muy especiales para alcanzar la graduación, y no todos los aspirantes llegaban a doctorarse.

El “bundo” que conseguía la túnica morada era siempre un hombre de cualidades excepcionales, siendo la primera condición la aptitud atlética. La orientación filosófica de la educación del “bundo” era lo que más contribuyó a confundir a los terrícolas,

asociándoles con una orden religiosa. Los bartpuranos no tenían una verdadera religión, a pesar de que toda su existencia estaba dirigida hacia el logro de una perfección moral que debía acercarlos al conocimiento íntimo de la identidad de Dios creador de todo el Universo.

Pese a no ser un religioso, el “bundo” gozaba de una condición social muy parecida a la de las altas dignidades eclesiásticas de la sociedad terrícola. Un “bundo” era, entre otras muchas cosas, un doctor en medicina y cirugía; un sabio filósofo, psicólogo, sociólogo, matemático, físico, ingeniero, bioquímico, antropólogo, astrónomo...

La alta ciencia, la tecnología y la investigación estaban en manos de estos hombres extraordinarios, que constituían una élite muy profesionalizada dentro del marco de una sociedad con un alto nivel cultural.

Uno de los rasgos característicos de la raza bartpur que más chocaba a los terrícolas, eran sus facultades paranormales. La telepatía o transmisión del pensamiento era la más común de todas. El bartpurano ejercía esta facultad desde la cuna. El niño podía interpretar el pensamiento de sus padres, razón por la cual los niños bartpuranos aprendían con una rapidez y precocidad increíbles.

Además de la telepatía los bartpuranos poseían innatas otras condiciones parapsicológicas, como la psicokinesia y la metagnomía. El metafanismo (curación por el pensamiento) y la clarividencia, requerían una especialización y eran cultivadas en el seno de las universidades (monasterios) formando parte de las materias de estudio del “bundo”, así como la desmaterialización, el sueño cataléptico, los aportes, la hipnosis y otros fenómenos emanados de la psique.

Pero no sólo se adiestraban la mente y el espíritu. El monje “bundo” se preparaba concienzudamente en lo físico, capacitándose para soportar los más duros trabajos, la fatiga, el hambre, la sed y el dolor. Tal era la imagen del hombre que el SS “standartenführer” Roerich había encerrado en un calabozo como un animal.

Sentado sobre sus piernas cruzadas encima del camastro, la espalda apoyada en el muro y las manos en las rodillas, Fidel Aznar quedó con los ojos abiertos, sumido en una especie de trance en el cual ejercía un control sobre su sistema vegetativo. Bajo estas

condiciones el cuerpo de Fidel empezó a desarrollar calor.

Cuando el Cabo Hewel atisbó por el ventano poco después, vio con asombro la inmóvil figura del prisionero emanando una tenue nube de vapor. La quietud del prisionero hizo pensar a Hewel que éste estaba de nuevo durmiendo. Tomó la manguera, la introdujo por el ventano y arrojó sobre el prisionero un frío chorro de agua. Fidel Aznar ni se movió. Continuó en su misma actitud pasiva, despidiendo de todo su cuerpo nubes de vapor.

\* \* \*

El superior inmediato de Edward Roerich era el SS “brigadeführer” Schmidbauer, el cual solía llegar puntualmente a las nueve de la mañana. Después de pasar por tremendas dudas, el Coronel Roerich se decidió por exponer el caso al “brigadeführer” (general de brigada).

Tan difícil era plantear el asunto, que Roerich empezó a hablar de una forma incoherente y entrecortada, que hizo exclamar a Schmidbauer:

—¿Qué demonios está diciendo usted, Roerich? ¡No le entiendo nada de lo que quiere decirme!

Roerich le puso delante el dossier rogándole que leyera con atención. El “brigadeführer” inició la lectura de mala gana, levantando los ojos después de un rato y mirando sorprendido al Coronel.

—Esto es una sarta de disparates —afirmó con rotundidad.

Continuó leyendo y acabó apartando el dossier con aire malhumorado.

—¡Seres llegados de otro mundo! —espetó—. ¿Quién cree en eso? ¿Lo cree usted?

—Sinceramente, tengo mis dudas —respondió Roerich—. Todo parece demasiado fantástico para ser real. Pero imaginemos que tal hecho pudiera ocurrir, que ha ocurrido realmente.

—Roerich, dígame de una maldita vez lo que está pensando. No me gustan los acertijos, y usted lo sabe. ¿Existe alguna razón particular por la que usted crea que debemos dar crédito a esa historia?

—Ha ocurrido algo, en efecto. Uno de esos hombres está aquí, el

que dice llamarse Fidel Aznar.

—¿El que se esfumó en el aire ante las narices del Teniente y sus soldados? —inquirió sorprendido el “brigadeführer”.

—El mismo en persona.

—¿Cómo le detuvieron?

—Vino por su propio pie, se presentó tranquilamente en mi despacho y me habló de Katherina Rudel.

—¡Pero esa chica fue condenada a muerte!

—La ejecución fue aplazada, esa muchacha está embarazada. Probablemente el hijo que está gestando es hijo de ese hombre, de Fidel Aznar. ¿Qué le parece?

—¿De modo que se presentó aquí? —murmuró Schmidbauer pensativamente—. ¿Por qué?

—La chica se encuentra ahora en el campo de prisioneros de Ravensbruck. Aznar me ofreció treinta kilos de oro puro por la libertad de Katherina Rudel. Le eché el guante y le encerré en un calabozo.

—Ese tipo es un ingenuo o un loco, ¿no es verdad?

—No lo sé. Es un tipo desconcertante, de eso no cabe duda. Quiso convencerme de que se había cometido una grave injusticia al condenar a los Rudel, y a tal efecto insistió en que él y su hermano no eran espías de país alguno hostil a Alemania, si no viajeros llegados hasta aquí procedentes de otra dimensión en el Tiempo. Ellos viajaron aquí desde la Tierra, pero no esta misma Tierra, sino de un planeta que, siendo el mismo, vive el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno, en el Futuro.

—¡Váyase al diablo, Roerich! Ese tipo está como una chiva, y si usted le ha creído está tan loco como él —exclamó el “brigadeführer” cerrando la carpeta y empujándola en dirección a Roerich sobre la mesa—. ¡Hombres del Futuro! ¿Cómo puede viajar nadie desde un tiempo que está por llegar?

—Supongamos que es posible.

—¡No es posible!

—Supongamos que lo es —insistió Roerich tesoneramente—. Y supongamos que en alguna parte, tal vez a gran altura sobre Berlín, está esperando una aeronave tan extraordinaria que es capaz de volar a mayor velocidad que la luz cien billones de kilómetros en el espacio sideral. Esa aeronave tendría que ser forzosamente algo tan

revolucionario, que muchos de sus componentes ni siquiera serían comprensibles para nosotros. Su sistema de sustentación y propulsión, sus instrumentos de navegación y su armamento superarían con mucho todo lo imaginable por nuestros técnicos de hoy. Aznar no rehusó hablarme de su aeronave. Afirmó que su poder era tal, que nunca la entregaría a Alemania por temor al mal uso que pudiéramos hacer de ella. No sé cómo lo haría, pero aseguró que su aeronave podría aniquilar todas las flotas navales, todas las fuerzas aéreas y los carros de combate de los ejércitos de todo el mundo.

—Y arrasaría todas las grandes ciudades de los norteamericanos y obligaría a éstos a pedirnos la paz.

—Sí.

El “brigadeführer” se quedó mirando a Roerich con la boca abierta.

—Para unos hombres del futuro sería fácil, puesto que ellos habrían resuelto haría tiempo los problemas de la desintegración del átomo, que nuestros científicos no han podido resolver —agregó Roerich.

Schmidbauer se echó atrás en su butaca soltando un resoplido. Consideró en silencio las palabras del “standartenführer” y dijo:

—Sería algo demasiado grande, Roerich... como un regalo de la Providencia, un milagro que podría salvar a Alemania, el milagro que todos estamos esperando.

—¿Lo ve usted lo mismo que yo, mi General? —preguntó Roerich entusiasmado—. Sería como si el propio Dios hubiese decidido tomar parte en la contienda, reconociendo la justicia de la causa de Alemania y enviándonos desde otro mundo el arma decisiva para aplastar a nuestros enemigos.

—Cálmese, Coronel, no se excite —recomendó Schmidbauer, pese a que él mismo tenía abotagada la faz—. No echemos a volar la fantasía. Probablemente ese tipo es un chiflado y ni él ha venido de otro mundo ni existe esa fantástica aeronave. ¿Dice usted que lo tiene encerrado?

—Abajo, en los calabozos. Me he permitido telefonar al Standartenführer Smitch para que venga con su equipo. Los de la Gestapo son expertos en arrancar confesiones, lo que no sean capaces de hacer ellos no lo hará nadie. Smitch quería que

lleváramos al prisionero allá, pero no me atrevo a sacarle a la calle por temor a que se nos escape durante el traslado. ¿Está usted de acuerdo conmigo en llevar este asunto adelante?

—Pero con mucha discreción, Roerich, lleve cuidado. Imagínese que esto trasciende a Müller y que Müller se lo cuenta al Reichführer. ¡El propio Hitler tendría conocimiento del asunto y querría conocer los detalles! ¿Y qué podemos ofrecerle? Sólo un tipo loco que anda contando historias fantásticas. No hable de esto a nadie, Roerich, nos exponemos al más grande de los ridículos<sup>[3]</sup>.

Después de unas breves consideraciones más, Schmidbauer delegó el asunto en Roerich diciéndole:

—Ocúpese personalmente del prisionero. Arránquele la piel a tiras si es necesario, ¡pero por Dios que sepamos la verdad!

Roerich salió del despacho del “brigadeführer” mucho más animado de lo que estaba al entrar. Schmidbauer le había ordenado ocuparse exclusivamente de Aznar y esto significaba liberarle de cualquier otra tarea. Algunas “Fortalezas Volantes” fueron derribadas durante el bombardeo de la madrugada y sus tripulaciones, capturadas apenas llegar a tierra, estaban siendo llevadas al bunker para su interrogatorio, aburrida tarea que había ocupado a Roerich toda la mañana.

Después de desayunar en la cafetería del exterior Roerich bajó de nuevo al bunker para reunirse con el “standartenführer” Oscar Smitch, que acababa de llegar acompañado de un par de secuaces.

A primera vista Smitch tenía el aspecto de un hombrecillo inofensivo. De corta estatura, enjuto y medio calvo, parecía flotar dentro de sus altas botas, siempre cuidadosamente lustradas. Su gente le apodaba burlonamente “todo Botas”. Tenía el rostro cetrino y cultivaba un antipático bigotillo al que una pequeña cicatriz sobre el labio superior daba cierto aspecto cruel. Bastaba mirar a los ojillos de Smitch y ver su mirada errátil para adivinar su carácter inestable. Sus compañeros de la Gestapo le tenían por loco y solían rehuir su compañía.

Roerich tomó cuatro soldados armados al pasar por el cuerpo de guardia y condujo al grupo por el corredor contiguo a los calabozos donde estaban siendo llevados los aviadores capturados. El suelo del pasillo estaba lleno de agua, que salía por debajo de la puerta del calabozo de Aznar. El Cabo Hewel había sido relevado por el

Sargento Singler, quien a una orden de Roerich abrió la puerta.

La luz eléctrica seguía encendida y el prisionero se encontraba encaramado a la tarima, sentado sobre las piernas cruzadas y exhalando de todo su cuerpo una tenue humareda de vapor. Parecía sumido en trance y Roerich le tocó en un brazo. La piel de Aznar ardía como febril. Al contacto, el prisionero abrió los ojos y miró a Roerich.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el Coronel.

—Bien, ¿y usted? —fue la desconcertante respuesta de Aznar.

—Vamos a interrogarle —dijo Roerich—. ¿Prefiere contestar aquí, sin violencias, o tendremos que arrancarle la verdad por la fuerza?

—Siempre contesté con la verdad a sus preguntas, nunca le mentí —contestó el prisionero.

—¿Se ratifica en la declaración de que vino desde otra dimensión del Tiempo?

—Así es. ¿Qué otra cosa puedo decirle, si es ésa la verdad?

—¿Dónde está ahora su aeronave?

—No puedo contestarle a eso.

—¿Teme que podamos capturarla?

—No diré nada.

—¡Oh, sí lo dirá usted! —exclamó Roerich, quien en su irritación se había pasado del idioma castellano al alemán. Señaló al pequeño Smitch—. ¿Ve usted a este hombre? Su especialidad es arrancar confesiones a los tipos más obstinados.

Fidel Aznar se limitó a mirar a Smitch sin contestar.

—Está bien, sáquenle de aquí —ordenó Roerich a los soldados.

Fidel Aznar saltó ágilmente al suelo encharcado desde el camastro. No opuso la menor resistencia y se dejó conducir a lo largo del pasillo hasta la habitación del fondo. El agua derramada por el pasillo había llegado hasta la habitación donde se solía interrogar a los aviadores cautivos.

—Esto está inundado, haré que recojan el agua —dijo Roerich. Pero Smitch se opuso.

—Déjelo como está. Solemos derramar agua a propósito para determinado tipo de interrogatorios.

La habitación estaba completamente desnuda, siendo todos sus muebles una mesa con un par de bancos a cada lado. Los ayudantes

de Smitch depositaron sobre la mesa una pesada maleta de madera. El pequeño “standartenführer” se encaró con Aznar.

—¿Se cree poderoso porque es muy grande, eh? —dijo despreciativamente mirándole de abajo arriba—. Me gusta vérmelas con tipos grandullones, cuanto más alto más ruido hacen al caer.

Fidel Aznar estaba examinando el aura de Smitch. Ciertos colores, así como la intensidad de éstos, solían reflejar el estado anímico del individuo y su carácter. Fidel vio el aura de un hombre cobarde y ruin. Smitch poseía una crueldad innata, provocada por cierto desequilibrio mental; en otras palabras, era un psicópata, un loco peligroso. El aura también reveló a Fidel que Smitch padecía de alguna afección gástrica, úlcera de estómago o desarreglos funcionales de la vesícula.

Abandonando la observación del aura, Fidel Aznar centró su atención en el pensamiento de Smitch. Le asustó descubrir el aborrecimiento que aquel hombre sentía contra él. No había razón alguna para que Smitch le odiara tan intensamente, pues era la primera vez que se encontraban. La razón había que buscarla en algún apartado rincón de la intrincada mente de Smitch. Éste era un hombre pequeño que aborrecía a todos los hombres altos. Tal sentimiento era bastante común entre los sujetos de corta estatura, pero la mayoría de ellos los enmascaraban tras un vehemente deseo de superación. El hombre de corta estatura solía ser activo, emprendedor y bullanguero. Se proponía altas metas y las alcanzaba, demostrando con ello que a pesar de su estatura podía superar a los altos en muchas cosas, ya que no en la talla.

Éste era el “complejo de inferioridad” que frecuentemente se malinterpretaba asignándole otros valores.

## CAPÍTULO V

**L**os ayudantes de Smitch habían bajado las cosas guardadas en la mesa y las Colaydantes de Smitch habían bajado las cosas guardadas en la mesa largas y contundentes vergas, mangas de arpillera rellenas de arena, grilletes, esposas, un soplete de gasolina y un manojo de cables eléctricos.

Obligaron al prisionero a sentarse en uno de los bancos, previamente llevado junto a uno de los desnudos muros de cemento, y le ajustaron a cada muñeca una especie de pulsera de cobre, conectadas a sendos hilos eléctricos. Estos hilos iban a un elevador de corriente, y éste fue conectado a la red general del edificio.

Los sicarios de Smitch se movían con diligencia, dando a entender una larga práctica en estos menesteres. Actuaban de modo automático, mientras su pensamiento estaba ocupado en distintos asuntos ajenos a su trabajo, de modo que Fidel Aznar ni siquiera podía leer sus intenciones en su ocupada mente.

Pero los conocimientos de electricidad que Fidel Aznar poseía le indicaron claramente lo que aquellos bestias se proponían hacer con él.

Aunque educado en la flema de los “bundos”, Fidel Aznar reaccionaba a veces como un terrícola cualquiera. Bruscamente se arrancó las pulseras y las tiró lejos.

—¡Hola! —dijo Smitch, alegrándose de tener una primera oportunidad de emprenderla con el prisionero—. ¿De modo que no quieres las pulseras? ¡Cógelas!

El gigante ni se movió. Smitch consideró la formidable musculatura del prisionero. Desabrochó la pistolera y empuñó la “German Luger” encañonando a Aznar.

—¡Vamos, recoge las pulseras! —chilló histéricamente.

El prisionero le miró sin pestañear. Smitch miró a Roerich de

soslayo.

—¿Seguro que entiende el alemán? —preguntó.

—Le entiende perfectamente.

—Kassel —llamó Smitch a uno de sus acólitos.

El SS Kassel era un gigante casi tan alto como Fidel Aznar. Tenía la nariz rota y torcida, la frente angosta como la de un gorila y la mandíbula prognata.

Kassel se acercó balanceándose grotescamente, llevando en la mano una larga verga de cuero. Señalando las anillas y con voz ronca ordenó al prisionero:

—Muchacho, coge las pulseras.

—Cógelas tú —contestó Aznar.

Aunque dio la respuesta en español, el SS le entendió perfectamente, pues Fidel le hablaba directamente a la mente. El SS Kassel se movió con celeridad inesperada para su corpulencia, y aunque Fidel retrocedió de un salto, el vergajo le alcanzó entre el hombro y el cuello produciéndole intensísimo dolor. Otro hombre menos fuerte habría caído fulminado con aquel golpe atroz.

Fidel Aznar fue a dar de espaldas contra el muro de cemento. Kassel dio un paso adelante con la verga en alto, pero el prisionero se disparó de pronto como un muelle, saltó en el aire y le asestó una terrible coz con el talón en la mandíbula.

El SS salió reculando contra la mesa, volteó por encima de ésta y cayó al otro lado hundiéndose con estruendo el banco. Todos quedaron momentáneamente paralizados por el estupor mientras que Fidel, después de caer al suelo como un gato, se incorporaba ágilmente. Sus azules y chispeantes ojos se clavaron en Smitch, quien retrocedió asustado apuntándole con la pistola. Smitch era un loco y Fidel leyó en él la intención de matarle.

Fidel Aznar tuvo que recurrir a su fuerza psíquica interviniendo el cerrojo del arma. Cuando Smitch tiró del gatillo, el tiro no salió.

Moviéndose con retardo, el “standartenführer” Roerich se abalanzó sobre Smitch y le asió la muñeca desviando la dirección del arma.

—¿Está loco? —chilló—. ¡No puede matarle!

—¿Por qué? —contestó chillando igualmente el frenético Smitch—. El prisionero debe estar convencido de que su vida no nos importa, y que somos capaces de llevar las cosas a su última

consecuencia matándole. ¿Cómo espera que hable si no?

—No sea idiota. Él sabe perfectamente que no queremos matarle. Le necesitamos vivo, no muerto. Lo que tiene que hacer es quebrarle el cuerpo y la moral, reducirle a un guiñapo hasta que comprenda que solamente entregándonos lo que queremos cesarán sus sufrimientos. ¿Es que tendré que enseñarle yo su trabajo?

El “standartenführer” Smitch pareció calmarse. Enfundó la pistola y abrochó la funda. Luego se enfrentó al prisionero, aunque a prudencial distancia, y dijo entre dientes:

—Muy bien, amigo. Vamos a trabajar contigo, te aseguro que pronto desearás no haber nacido. ¡Kassel, Jenner, pónganle los grilletes! Que ayuden esos holgazanes —dijo Roerich señalando a los cuatro soldados armados, dos de los cuales estaban dentro de la habitación, y los dos restantes en la parte de afuera de la puerta.

Los soldados SS, todos ellos armados de metralletas, se pusieron en grupo a un lado a una señal de su Coronel. Los sicarios de Smitch sacaron de su maleta dos pares de grilletes, uno para las muñecas, y otro para los tobillos.

Contrariamente a lo que todos esperaban, el prisionero regresó por sí mismo al banco y se dejó esposar sin ofrecer resistencia, incluso ofreciendo las muñecas. Pero apenas los grilletes se cerraron alrededor de sus tobillos, con sorprendente facilidad, se quitó las esposas. No dio tirón alguno ni intentó romper la cadena; simplemente abrió la cerradura sin tocarla, con su fuerza psicokinética.

Mientras el sorprendido Jenner volvía a cerrar las esposas, los grilletes se abrieron por sí solos y cayeron entre los pies del prisionero.

—¿Qué ocurre, maldición? —chilló Smitch—. ¿Es que no saben siquiera cómo se ponen unos grilletes?

Jenner volvió a cerrar los grilletes alrededor de los tobillos del prisionero. Entonces fueron las esposas que cayeron ante los ojos sorprendidos de Jenner.

—¡Estúpidos! ¿No ven que esos grilletes no sirven? —gritó Smitch.

Kassel tomó de la maleta otro par de grilletes y otro par de esposas, y se dirigió con ellos hacia el prisionero. Le colocó las esposas y a continuación los grilletes. Mientras le ponía los grilletes

se abrieron las esposas y cayeron al suelo. Kassel las recogió del piso, y en ese momento se abrieron los grilletes y tintinearón sobre el suelo de cemento.

Kassel recogió esposas y grilletes y miró a su Coronel con expresión de asombro.

—No sé cómo lo hace, mi Coronel —balbuceó—. Las esposas y los grilletes no se sostienen en sus muñecas ni en sus tobillos.

—¡Traiga acá!

Smitch le arrebató las esposas de las manos y para probarlas se las colocó él mismo.

—Las esposas están en perfecto estado —gruñó—. ¡Quítemelas!

Kassel se dirigió a la maleta y empezó a rebuscar por el fondo de ésta.

—No las encuentro, señor —dijo el SS.

—¿Qué es lo que no encuentra?

—Las llaves. Debimos dejarlas olvidadas en nuestro cuartel general.

El “standartenführer” Oscar Smitch empezó a echar maldiciones, tildando a sus esbirros de imbéciles y descuidados. Y cuanto más gritaba, mayor era el azoramiento de sus secuaces, que seguían registrando la maleta. Roerich mientras tanto observaba a Fidel Aznar y le vio sonreír.

El SS “standartenführer” Roerich también sonrió.

El soldado Bown, que atendía a las chapuzas del bunker, acudió con una sierra y cortó la cadena de las esposas. Con una pulsera de acero en cada muñeca y un pedazo de cadena colgando de cada una de ellas, el furioso Smitch se encaró de nuevo con el prisionero.

Kassel y Jenner habían hallado un medio seguro de maniatar al prisionero, utilizando dos pedazos de fuerte hilo de cobre; uno para las muñecas y otro para los tobillos. Desnudo y sin más ropa que el ligero taparrabos, Fidel Aznar parecía la viva estampa de la desolación y el abandono. Roerich sintió lástima de él, a pesar de que hasta el momento no era el extranjero quien había llevado la peor parte.

La docilidad de Aznar resultaba realmente patética. ¿Tan inocente era que no acertaba a adivinar cuál iba a ser su final, a manos de aquellos sicarios? El extranjero le había caído bien al “standartenführer” Roerich.

Obligarón a Aznar a ponerse en pie, retirando el banco donde había estado sentado hasta entonces. Jenner peló con un cortaplumas el extremo de un hilo eléctrico y lo arrolló sobre el hilo de cobre que maniataba al prisionero. El otro extremo iba a parar al reostato que estaba sobre la mesa.

Con diabólica satisfacción Oscar Smitch se dirigió a la mesa y accionó el manubrio del reostato moviéndolo hasta el primer borne. La descarga eléctrica lanzada por el aparato debería haber obligado al prisionero a pegar un salto, pero por alguna causa desconocida la corriente no llegó o no le afectó.

Irritado, el Coronel Smitch volvió el manubrio a cero y gritó a sus esbirros:

—¡Comprueben ese empalme, idiotas!

Jenner corrió con tanta prisa hacia el prisionero que resbaló en el piso encharcado y cayó aparatosamente de espaldas.

Bajo una lluvia de insultos, el torpe Jenner se incorporó con las posaderas húmedas y llegó hasta el prisionero para comprobar la conexión.

—Pruebe ahora —dijo a su Coronel.

Smitch movió de nuevo el manubrio del reostato, pero el prisionero ni pestañeó. Aquél no era el día bueno de Oscar Smitch, quien a punto de mandar a paseo al aparato movió el manubrio hasta el segundo borne, y luego al tercero con el mismo resultado negativo.

Cierta expresión de aburrimiento empezaba a reflejarse en el rostro del Coronel Roerich, mientras que el prisionero le miraba impertérrito, como esperando.

—¡Torpes, inútiles, manazas! —barbotó Smitch abandonando el reostato para cruzar la habitación en dirección al prisionero—. ¡Mañana mismo les envío al frente a pegar tiros! ¡Payasos!

Pero “Todo-Botas” era injusto con sus sicarios. El empalme estaba bien hecho y el reostato funcionaba. ¡Como que Aznar estaba soportando un voltaje capaz de freír a un toro!

Smitch apartó de un empujón al atribulado Jenner y dirigió sus manos a las ataduras que maniataban al prisionero. Una chispa azul salió de las suelas de las botas de Smitch. La descarga eléctrica lanzó violentamente al enano contra el muro, de donde rebotó cayendo al suelo encharcado. Las luces se apagaron en todo el

bunker, pues el fusible automático había saltado con un chasquido.

En medio de la oscuridad, Jenner tropezó con el banco y cayó con estruendo. Se escucharon sonoras maldiciones. Los soldados se agitaron con ese nerviosismo que siempre solía producirse a continuación de un apagón. El SS “standartenführer” Roerich dejó oír su voz serena en medio de la confusión:

—¡No se muevan de donde están! ¿Alguien tiene una cerilla?

—¿Quién tiene una cerilla? —gritó una voz.

—¿Quién tiene una cerilla? —sonó otra voz como un eco.

Finalmente alguien raspó una cerilla y se encendió la pequeña llama. Roerich buscó con los ojos. ¡El prisionero no estaba donde quedó al producirse el apagón!

—¿Dónde está el prisionero? —bramó Roerich—. ¡Busquen al prisionero!

Los soldados empezaban a moverse cuando se apagó la cerilla quedando todo nuevamente a oscuras.

—¡Enciendan esa luz! —gritó el Coronel Roerich.

Brilló la pequeña llama de otra cerilla. Los soldados se movían desordenadamente, chocando unos con otros. La habitación era más bien pequeña y no había lugar alguno donde el prisionero pudiera haberse escondido. No estaba debajo de la mesa. La habitación tenía un retrete, pero tampoco estaba allí.

—¡Ha escapado por el pasillo! ¡Búsquenlo! —gritó el Coronel Roerich.

La cerilla se apagó de nuevo en mitad del trajín. Antes que encendieran otra se restableció la luz eléctrica. Ésta mostró un atasco de cuatro soldados en la puerta, todos pugnando por salir al mismo tiempo. Finalmente se deshizo el atasco y los soldados salieron corriendo por el pasillo.

El “standartenführer” Smitch estaba tendido en el suelo, privado del sentido. El soldado Jenner se inclinó sobre él. Roerich se acercó también y vio que Smitch tenía el rostro amoratado. Pero Jenner, que parecía tener experiencia en estas cosas, encontró la razón. Smitch se había trabado la lengua y estaba medio asfixiado. Jenner le abrió la boca, introdujo un dedo y le destrabó la lengua.

Roerich abandonó la habitación, recorrió todo el pasillo y subió por la escalera hasta el cuerpo de guardia. El prisionero no había pasado por allí. Roerich volvió atrás. Los soldados estaban buscando

al fugitivo por todas partes, abriendo y cerrando puertas y provocando la indignada protesta de los ocupantes de las oficinas.

Dando explicaciones y excusas a todo el mundo, Roerich fue de un lado a otro hasta que se le ocurrió lo que nadie había pensado. Tal vez Aznar no intentó escapar.

Bajando de nuevo al piso inferior del bunker se dirigió al calabozo de Aznar, cuya puerta estaba cerrada por fuera y tenía echado el cerrojo. Miró por el ventanillo. Allí estaba el extranjero, sentado en el borde del camastro, con las manos y los pies atados, en actitud tranquila.

Roerich probó a descorrer el cerrojo, que no tenía echada la llave, abrió la puerta y entró.

—¡Hola! —saludó el “standartenführer”.

Fidel Aznar levantó los ojos y le miró inexpresivamente.

—Buena treta —dijo Roerich—. ¿Cómo se las arregló para salir de allí?

El prisionero apretó los labios, como dando a entender su propósito de no contestar.

—Empiezo a creer que, de proponérselo, sería capaz de escapar de este bunker —dijo Roerich—. Me pregunto por qué no lo ha hecho.

—Todavía tengo esperanzas de obtener la libertad de Katherina Rudel. Creo que siempre será más fácil llegar a un entendimiento con usted que con los guardas de la prisión.

—¿Sabe, Aznar? Usted me simpatiza. Hoy ha salido victorioso en su mano a mano con Smitch, pero no crea que siempre vaya a ser de ese modo. No le daremos de comer ni le permitiremos dormir. Su fuerza física se irá debilitando y su moral finalmente se derrumbará. ¿Por qué llegar a ese extremo?

—¿Cómo evitarlo? —contestó Aznar sonriendo—. ¿Tal vez rogándole a mi hermano que venga acá con nuestra aeronave para entregársela bonitamente a ustedes? No sea iluso, Roerich. Ni aunque me amenazara usted de muerte cambiarían las cosas. Mi hermano jamás les entregará la aeronave.

—¿Sabe lo que ocurriría si el “brigadeführer” le oyera decir eso? Perdería toda esperanza de apresar la aeronave y ordenaría que le instruyeran consejo de guerra para que le fusilaran. ¿Qué le ocurre? ¿No ama usted la vida, o acaso es inmortal?

—No soy inmortal. Pero acepté un riesgo al venir aquí y me atengo a las consecuencias.

—Voy a hacer como que no le he oído. Piense en las consecuencias que podría acarrearle su terquedad y ya hablaremos mañana —dijo Roerich.

El “standartenführer” salió del calabozo cerrando la puerta y echando el cerrojo. En el corredor se encontró con Smitch que salía seguido de sus esbirros. Le acompañó hasta la salida, cambiando impresiones por el camino.

—Téngale tres días incomunicado, sin comida y sin dejarle dormir —recomendó Smitch.

—Tres días es mucho tiempo —protestó Roerich.

—Estas cosas precisan de tiempo, a veces incluso semanas. Ese tipo es muy fuerte, soportó un voltaje capaz de matar a un caballo. Pero no se preocupe, le doblegaremos.

Roerich no estaba tan convencido y se sintió contrariado.

Despidió a Smitch y se fue a almorzar. Después de almorzar se retiró a su despacho para dormir una siesta. Tenía la impresión de que acaba de dormirse cuando le despertó el insistente timbre del teléfono. Se levantó refunfuñando y tomó el aparato.

Era el Sargento Singler desde el sótano.

—No sé que le ocurre al prisionero, mi Coronel. Creo que está muerto —dijo agitadamente el Sargento.

—¡Muerto! —exclamó Roerich palideciendo—. ¿Está seguro?

—Está frío como el hielo, señor. ¡Tan rígido como un difunto!

—Bajo en seguida.

Mientras se calzaba las botas y se abotonaba la guerrera, Roerich pensaba en todas las alternativas posibles. Decidió recurrir a los servicios de un médico. Había una pequeña enfermería en el bunker, pero el doctor que la atendía solía marcharse poco después del mediodía. Entonces se acordó del viejo doctor Moehlman, un cardiólogo que había atendido a su padre. Tenía su número de teléfono apuntado en la agenda. Moehlman tenía su consulta no lejos del Departamento de Defensa.

Telefoneó a Moehlman y tuvo la suerte de encontrarle en la clínica. El cardiólogo prometió acudir rápidamente y Roerich bajó a los calabozos.

Encontró el corredor lleno de agua, la manguera en el suelo, y al

Sargento y otro guardia ante la puerta abierta del calabozo. El prisionero estaba tendido cuan largo era sobre los tablones del camastro, completamente inmóvil, con las muñecas y los tobillos conservando todavía sus ataduras de alambre. Le tocó y comprobó que estaba frío. Trató de levantarle las manos y se asombró de su rigidez. Por última le buscó el pulso, pero o no supo encontrarlo, o Aznar estaba realmente muerto.

Roerich empezó a pasear nerviosamente por el angosto calabozo. En una de sus idas y venidas se detuvo para quitarle al prisionero los apretados alambres.

—No se muevan de aquí, voy a esperar al médico —dijo Roerich al Sargento.

Todavía tuvo que esperar unos minutos en la puerta principal del edificio hasta que vio venir a Moehlman. Le introdujo en el edificio y le guió hasta lo más profundo del bunker.

El doctor Moehlman depositó su negro maletín sobre las piernas de Aznar y repitió las operaciones ya efectuadas por Roerich; palpó el cuerpo y comprobó la rigidez de sus miembros.

—Este hombre es cadáver desde hace por lo menos veinticuatro horas —declaró.

—¡Imposible! —exclamó Roerich—. Son las cuatro y media y estuve hablando con él alrededor del mediodía.

El cardiólogo miró a Roerich con expresión incrédula. Gruñó, sacó de su maletín una lamparilla eléctrica, se ajustó los lentes y levantó un párpado del prisionero. Dejó oír otro gruñido, sacó del maletín un estetoscopio y dijo mientras se ajustaba el aparato a los oídos:

—Le aseguro que este hombre está tan muerto como Federico el Grande.

Pese a esa afirmación auscultó atentamente el tórax del presunto difunto. Su arrugado rostro expresó el más vivo asombro. Irguió la cabeza y miró a Roerich.

—Nunca me he encontrado ante un caso igual. Su corazón sólo da tres pulsaciones por minuto.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que pese a todos los demás indicios: temperatura, “rigor mortis” e insensibilidad de la pupila, este hombre está vivo. Voy a tomarle la temperatura.

Sacó un termómetro del bolsillo superior de la americana, lo sacudió y lo puso en la boca de Aznar.

—Es inconcebible que haya adquirido tal rigidez en tan pocas horas. El calabozo es frío, pero la temperatura ambiente es superior a la del cuerpo. Vamos a comprobarlo... —dijo el doctor tomando el termómetro. Y después de una pausa—: ¡Seis grados centígrados!

—¿Se puede seguir con vida a esa temperatura, Doctor?

—Con toda seguridad, no. El metabolismo baja con la temperatura. A veinte grados centígrados se reduce al veinticinco por ciento del normal. La actividad del cerebro se reduce de una manera drástica, por lo general la consciencia se pierde a los treinta grados, y a los veinte grados tan sólo siguen funcionando los centros más bajos que controlan la respiración. A una temperatura de veintiséis grados y ocho décimas los latidos del corazón empiezan a fallar. Si la temperatura desciende aún más, es posible que se pierda toda coordinación. Entonces se crea una condición llamada “fibrilación ventricular”. Cuando ocurre esto, rara vez recupera el corazón su ritmo normal. Claro que hay animales capaces de sobrevivir a tan baja temperatura. La ardilla de Alaska, que puede lograr que su temperatura descienda hasta alrededor de los cero grados, hiberna en ese estado sin por ello llegar a morir. En su sueño hipotérmico los latidos del corazón se reducen a tres por minuto, y la respiración a una aspiración cada tres minutos. ¡Pero ésa es una facultad animal, no humana!

—¿Quiere decir que ningún ser humano posee la capacidad de sumirse voluntariamente en ese sueño hipotérmico?

—No. Imposible.

—Tal vez él pueda hacerlo —dijo Roerich pensativamente—. La cuestión consiste en saber si sobrevivirá.

—Si fuera un murciélago o una ardilla de Alaska, tal vez. En mi opinión este hombre puede fallecer de un momento a otro.

—Gracias, Doctor. Eso es todo. Venga, le acompañaré hasta la salida.

Moehlman se sintió casi expulsado del bunker. Ni siquiera le preguntaron si existía algún medio de reanimar al moribundo. Aunque Moehlman hubiese dicho que no, al menos debieron sugerirle esta posibilidad. Pero como muchos alemanes, el doctor sabía muy bien que en determinadas cuestiones era mejor no hacer

preguntas a la Policía.

Roerich, que no era policía, se sintió aliviado después de librarse del doctor. Pensó en el hombre que yacía como muerto en el profundo y húmedo calabozo y se sonrió. ¡Buena treta la de Aznar para escapar a la tortura del frío, del hambre y el sueño!

El “standartenführer” SS empezaba a creer que Aznar era algo más que un hombre de este mundo.

## CAPÍTULO VI

**L**os alambres que hizo Roerich a la manilla que le ataron a la espalda, tan frío y rígido que temió estuviera muerto. El Cabo Hewel acababa de relevar al Sargento. Roerich le envió a la enfermería en busca de un estetoscopio y en la espera quitó los alambres que habían dejado una profunda huella en las muñecas y los tobillos del prisionero.

Roerich aplicó el estetoscopio al desnudo tórax de Aznar, esperando lleno de preocupación hasta que percibió un débil latido. Contó las pulsaciones del prisionero y vio que eran las mismas del día anterior; tres por minuto.

Era obligado informar al “brigadeführer” de lo que ocurría. Roerich regresó a la planta superior del bunker para afeitarse. Poco después de las nueve llegó Schmidbauer.

El “brigadeführer” escuchó boquiabierto a Roerich. Respecto al sueño profundo en que se encontraba el prisionero preguntó si no era posible despertarle utilizando agua fría o algo parecido. Roerich movió pesimistamente la cabeza.

—Estamos ante un hombre extraordinariamente inteligente y que además posee dotes fuera de lo común. Después de su primera experiencia con las duchas y las corrientes eléctricas, comprendió que no cejaríamos en nuestro empeño. Entonces recurrió a su facultad para caer en estado cataléptico. Bajo estas condiciones su cuerpo es insensible a los agentes exteriores; no siente nada, ni frío ni calor, ni sed, ni hambre ni dolor. Es como si estuviera muerto.

—¿Cuánto tiempo cree que permanecerá así?

—Lo ignoro, tal vez dos días, tal vez dos semanas.

—¡Maldita sea, Roerich! —rugió el “standartenführer” golpeando la mesa con el puño—. ¿Cómo le permitió hacer eso?

—¿Cómo podía evitarlo? ¿Conoce usted algún medio?

—No sea satírico, Roerich. Le responsabilicé a usted de este

asunto, y tengo la impresión de que ha escapado a su control. Suponga que a ese hombre le da por dormir un mes entero. ¡Cuando despierte habremos perdido la guerra! ¿Qué podemos hacer?

—Registrar los alrededores del edificio. Se me ocurre que tal vez Aznar no llegó solo. ¿Recuerda que le hablé de cierta cantidad de oro?

—Recuerdo que me habló acerca de treinta kilos de oro con el cual ese hombre pretendía comprar el rescate de su novia.

—He estado meditando el asunto. Por la forma que Aznar me habló se diría que podía disponer de ese oro inmediatamente. Me pregunto si lo traería consigo. Si el oro vino con él, lógicamente debió esconderlo en alguna parte no lejos de aquí. La segunda pregunta es, ¿cómo llegó Aznar hasta Berlín? ¿Utilizó de nuevo aquella especie de armadura y escafandra impenetrables a las balas? Si tuvo que descender directamente desde su aeronave ese equipo de vuelo sería indispensable para soportar las bajas temperaturas y la falta de oxígeno de las grandes alturas. Pero un equipo de esas características resultaría de un volumen apreciable y llamaría poderosamente la atención en cualquier parte. Aznar debió de ocultarlo. Si alguien hubiese venido con él, su compañero estaría esperando su regreso y vigilando el escondrijo donde tienen sus equipos de vuelo y el oro. ¿Qué le parece?

—¿Dónde podría estar escondido el segundo hombre? —preguntó el “brigadeführer” interesado.

—No debería ser muy lejos de aquí. Aunque llegaran de noche, sería demasiado arriesgado para ellos ir de un lado a otro con sus equipos de vuelo. Hay alrededor de este edificio gran cantidad de casas en ruinas, y en ellas miles de agujeros donde un hombre podría esconderse. Por lo que se deduce de las declaraciones de los Rudel, el hermano de Fidel Aznar no habla alemán. Nunca fue capaz de expresarse en nuestro idioma, siendo Fidel quien en todo momento llevó la voz cantante. Si el segundo Aznar anda por los alrededores, su falta de conocimiento del alemán le delatará.

—Es una posibilidad, en efecto. Vamos a organizar esa batida. ¿Cuántos hombres serán necesarios?

Después de discutir con Roerich los pormenores de la operación, Schmidbauer decidió solicitar la colaboración de la Gestapo, aunque ocultando la identidad verdadera del hombre que buscaban.

Toda la operación quedó ultimada en las horas de la tarde y primeras horas de la noche. La batida, montada y realizada con gran despliegue de medios, se inició en las tempranas horas del amanecer del día siguiente.

Tomando como centro el Departamento de Defensa y trazando un círculo de un kilómetro de radio, doscientos cincuenta soldados y agentes de la Gestapo vestidos de paisano empezaron el rastreo moviéndose lentamente en dirección al centro de la circunferencia. Cada edificio derruido fue registrado minuciosamente, utilizando contadores “Geiger” y detectores de minas. Los transeúntes eran parados en plena calle por los soldados SS y obligados a identificarse.

De haberse encontrado Miguel Ángel Aznar en aquella zona difícilmente hubiese podido escapar, puesto que desconocimiento del idioma alemán le habría puesto en evidencia al ser preguntado. Pero el segundo Aznar nunca estuvo allí.

Los hombres de la Gestapo encontraron escondida en el sótano de una casa derruida por las bombas una vieja y pesada maleta de madera, y en el interior de ésta un pequeño emisor de radio envuelto en una camisa, y un número de láminas curvadas que parecía latón. No era latón, sino oro; los treinta kilos de oro puro que Fidel Aznar había traído consigo para comprar la libertad de una muchacha prisionera en la cárcel de mujeres de Ravensbruck.

El resultado de la batida dejó moralmente aniquilado al Coronel Roerich. Comprendió entonces que nunca lograría apoderarse de la aeronave, pero no lo confesó cuando el disgustado “brigadeführer” le llamó a su despacho.

—Bien —dijo Schmidbauer—. No hemos atrapado al segundo Aznar, pero algo hemos conseguido. Tenemos los medios para comunicarnos con él. Ese transmisor de radio, lógicamente, debe estar sintonizado en la longitud de onda que utiliza la aeronave. En algún lugar del espacio, los de la aeronave deben estar esperando que Fidel Aznar comunique con ellos. Usted habla correctamente español. Trate de comunicarse con Miguel Ángel Aznar y hágale saber que tenemos prisionero a su hermano. Conmínele a venir personalmente a negociar un arreglo, o de otro modo ejecutaremos a Fidel.

Roerich no se atrevió a preguntar a Schmidbauer si cumpliría su

promesa de ejecutar a Fidel Aznar. Pensó que era preferible no comprometer al “brigadeführer”, de tal modo que más tarde se viera obligado a cumplir su palabra, aunque la amenaza hubiese sido proferida en un momento de ira.

—¿Quiere que le diga que esperamos que nos entregue su aeronave a cambio de Fidel? —preguntó Roerich—. No creo que acepte.

—¿Por qué? Fidel es su hermano. No le exigiremos que nos entregue su aeronave, eso podría parecerles demasiado, solamente que ataque aquellos objetivos que nuestro Mando designará en su momento. Pero las condiciones deberemos tratarlas directamente con él.

—Lo intentaré.

—Yo estaré con usted en el locutorio. Avíseme cuando tenga dispuesta la radio.

Roerich tomó el transmisor, que estaba sobre la mesa del “brigadeführer”, y se dirigió con él a la sección de transmisiones. Le mostró el aparato al Sargento Rowher, quien lo depositó sobre su banco de reparaciones y lo observó por todos lados lleno de curiosidad.

El aparato era ridículamente pequeño y por su forma parecía haber sido extraído de algo mucho más complejo, montándose sobre un simple bastidor aserrado de otro mayor.

—¿Está seguro que esto es un transmisor, mi Coronel? —preguntó Rowher dándole vueltas al chisme.

—Debe serlo. Tiene juego de auriculares, micrófono, dial y pilas eléctricas. Y esta varilla debe ser una antena para insertarla en algún sitio.

—¡Pero si no tiene nada dentro, ni siquiera válvulas!

—Tal vez funcione sin válvulas.

—¿Y cómo? Eso es imposible, mi Coronel.

—Se trata de una técnica desconocida para nosotros, un nuevo invento.

—¿Y qué quiere que haga con esto?

—Sólo conectarlo a nuestras antenas, nada más que eso. Si el aparato funciona con pilas ni siquiera es necesario enchufarlo a la red.

Rowher siguió mirando por todos lados, arrugando el entrecejo

y silbando de vez en cuando, hasta que finalmente dijo:

—Me parece que les han dado el gran timo, mi Coronel.

—Ahórrese los comentarios y haga lo que le digo —repuso secamente Roerich.

El Sargento encontró el agujero donde iba roscada la antena en forma de varilla extensible. En su lugar hizo una soldadura y conectó el aparato a la gran antena que se levantaba sobre el tejado del edificio. Se caló los auriculares, dio media vuelta a un botón y miró sorprendido a Roerich.

—¡Funciona!

—Eso no es necesario que me lo asegure. Sé que funciona. Y ahora salga de aquí, déjeme solo —ordenó Roerich.

El Sargento depositó los auriculares sobre la mesa, miró incrédulo al aparato y salió moviendo la cabeza. Años después se darían a conocer los transistores y junto con los circuitos impresos Rowher reconocería parte de aquel aparatito que tanto le intrigó.

Roerich se caló los auriculares. Escuchó el zumbido característico de un circuito de radio en funcionamiento. Se quitó los auriculares, se dirigió al teléfono y llamó al “brigadeführer”.

Una profunda emoción embargaba a Roerich mientras esperaba a Schmidbauer. La voz que escuchara por aquel extraño transmisor, ¿llegaría directamente de aquella astronave viajera en la dimensión de tiempo? Las dudas que le atormentaban desde que Fidel Aznar llegó a su despacho, ¿se dispararían alguna vez?

Schmidbauer entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Sintonizó con la aeronave? —preguntó ansiosamente.

—Voy a intentarlo ahora. —Empuñó el micrófono, y después de una breve duda habló en castellano—: ¡Hola, Aznar! ¡Hola, Aznar! Le habla el Coronel Roerich. ¿Me recibe usted?

Esperó conteniendo el aliento, pero nadie contestó. Movié el botón para dar más volumen al sonido.

—¡Hola, Aznar! ¡Hola, Aznar! Le habla el Coronel Roerich. Éste es el transmisor que su hermano trajo consigo a Berlín. Fidel está con nosotros. Miguel Ángel Aznar, ¿me escucha?

—¡Hola, Coronel! —contestó una voz varonil en un español suave ligeramente modificado—. Soy el Contralmirante Aznar, Fidel es mi hermano. ¿Quién es usted?

Roerich se volvió a mirar a Schmidbauer.

—¡Contesta!

—¡Magnífico! Dígale...

Roerich le volvió la espalda.

—¡Atención, Aznar! Le habla el Coronel Roerich. Su hermano Fidel es nuestro prisionero. Actualmente está encerrado en un calabozo y en situación bastante comprometida. ¿Me escucha?

—Le recibo perfectamente, Coronel. Hable usted.

—Su hermano Fidel es nuestro prisionero. Su vida corre grave peligro si usted, personalmente, no accede a acudir a Berlín para negociar la libertad de su hermano.

—¿Quieren que yo, personalmente, acuda a Berlín para negociar la libertad de Fidel?

—Exactamente, sí.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Ustedes llegaron en una aeronave poderosamente armada. Mis superiores esperan que ustedes accedan a poner las armas de su aeronave al servicio de Alemania... Bien entendido que no vamos a exigirles que nos entreguen su nave. Solamente tendrían que cumplir ciertas misiones que nuestro Mando les señalaría en su momento.

—¿Misiones de guerra?

—No puedo contestarle ahora, Contralmirante. No es el momento oportuno, medio mundo puede estar escuchando esta conversación. Venga a hablar con nosotros, por favor.

Había auténtico acento de súplica en las últimas palabras de Roerich. Éste esperó con ansiedad, rogando a Dios para que el Contralmirante Aznar no acabara con sus esperanzas dando una respuesta categóricamente negativa.

—Hola, Coronel —volvió a escucharse la bien timbrada voz con aquel curioso acento a través de los auriculares—. Respóndame, ¿dónde está ahora mi hermano? ¿Puedo hablar con Fidel?

—Lo siento, él no está aquí en este momento. —Roerich se volvió hacia el impaciente “brigadeführer” diciendo por lo bajo en alemán—: Quiere hablar con Fidel Aznar.

—¡No, de ningún modo! —negó Schmidbauer—. Si quiere ver a su hermano tendrá que venir aquí.

—Tal vez no acceda a acudir. No a Berlín, tendremos que citarle en algún otro lugar.

—¡Atención, Coronel Roerich! —llamó la voz—. Había el Contralmirante Aznar. Me entrevistaré con usted si permiten que seamos nosotros quienes escojamos el lugar del encuentro. Dígame qué hora es en su reloj. Espero.

Roerich consultó su reloj de pulsera.

—¡Atención, Aznar! Son las diez y cuarenta minutos en mi reloj. Las veintidós y cuarenta minutos.

—Entendido, Roerich. Estaremos en contacto de nuevo a las cero horas. Le daré entonces las coordenadas del lugar donde podemos encontrarnos. Responda si ha entendido.

—Perfectamente, Contralmirante. Estaremos a la escucha a las cero horas.

—A las cero horas. Corto —dijo secamente la voz en español.

Roerich se quitó los auriculares y miró al “brigadeführer”.

—¡Aceptó! —exclamó, casi como si él mismo no pudiera creer lo que había oído—. Accede a una entrevista, pero impone como condición que le permitamos escoger el lugar del encuentro. Volveremos a estar en contacto a las doce.

—¿No se lo ha puesto demasiado fácil, Roerich? —gruñó el “brigadeführer”—. Tal vez el lugar escogido por él no nos convenga a nosotros.

—Sería una ingenuidad de su parte acceder a venir a Berlín. ¿Quién aceptaría una proposición semejante? No estamos negociando con un imbécil, Aznar es un Contralmirante.

—¿Un Contralmirante? ¿De qué Armada?

—Tal vez con suerte se lo pueda preguntar usted mismo.

Mientras esperaban la medianoche discutieron acaloradamente los detalles de una posible entrevista. Schmidbauer dudaba entre mantener el secreto o dar cuenta de la operación a sus superiores. Ya había tropezado con dificultades cuando solicitó la colaboración de la Gestapo para efectuar la batida. El hallazgo de 30 kilogramos de oro fue una ayuda. Schmidbauer contó una historia bastante verosímil acerca de cierto agente extranjero que había introducido en el país una cantidad de oro destinado a fomentar rumores derrotistas entre el pueblo.

Como muchos oficiales y jefes de las SS (Schutzstaffel) el “brigadeführer” pecaba de falta de iniciativa personal. En el Estado nazi todas las decisiones las tomaba el Führer, y muchos pequeños

asuntos no llegaban a resolverse jamás por temor de los jefes de dar un paso equivocado. Generalmente, en la duda, lo conveniente era no hacer nada. Schmidbauer adoptó esta última decisión.

Durante la espera tomaron café y el “brigadeführer” hizo traer de su despacho una botella de coñac que guardaba en un cajón de su mesa. El alcohol envalentonó a Schmidbauer, animándole a llevar aquel asunto hasta sus últimas consecuencias. Ya se imaginaba la aeronave del Futuro posada en el aeródromo de Tempelhof, siendo mostrada por él al Alto Mando y diciendo teatralmente: “Os entrego el arma que salvará a Alemania”.

A las doce en punto Roerich tiró el cigarrillo y se caló los auriculares. Puntualmente escuchó la ya conocida voz de Miguel Ángel Aznar.

—¡Hola, Coronel Roerich! Aquí Aznar. ¿Me escucha?

—¡Hola, Aznar! Soy Roerich, hable.

—Atención, Roerich. He considerado los términos en que podría llevarse a cabo nuestra entrevista. Ésta se realizaría mañana noche a las veintiuna horas. Tome nota de los datos que voy a dictarle.

—Tomo nota —dijo Roerich echando mano del papel y el lápiz que ya tenía preparados—. Hable, por favor.

—El encuentro tendrá lugar treinta millas náuticas al noreste del puerto de Lubeck.

—¡Cómo! —interrumpió Roerich—. ¿Quiere usted llevarnos a una entrevista en mitad del mar? ¡Y tan lejos de Berlín! ¿No hay otro lugar que sea más accesible?

—Para ustedes tal vez, para nuestra aeronave éste es el lugar más seguro. Vuelen a Lubeck mañana, tomen una embarcación y naveguen paralelamente a la costa por el lado de estribor. Sigán el vector por el centro de la bahía hasta aproximadamente la altura de Dahme, que quedará a su izquierda. A la hora convenida verán los destellos de una lámpara de señales. Acérquense a nuestra aeronave. En el costado del casco verán una abertura enmarcada por pequeñas luces rojas. Penetren con su lancha por ese hueco. La lancha quedará varada y allí me encontrarán esperándoles. ¿Anotó todas las instrucciones? ¡Conteste, Coronel!

—Atención, Aznar. Anotadas sus instrucciones. Hable.

—No vengan más de dos parlamentarios. Pueden acompañarles dos marineros para manejar la embarcación. Y no traigan armas.

Les prevengo contra cualquier tentativa de envolver a nuestra aeronave con buques de superficie o submarinos. No conseguirían nada, nuestro buque es invulnerable a las bombas, torpedos y cohetes. Por el contrario, cualquier intento de agresión sería repelido con tal contundencia que ningún buque en un radio de cien millas, ni ninguna aeronave en vuelo sobreviviría a la acción de nuestras armas. Responda si me ha entendido, Coronel.

—Le he entendido todo, Contralmirante.

—De acuerdo. Termino y corto —dijo secamente la voz. Y el zumbido de la radio dio a entender que había finalizado la emisión.

Schmidbauer expresó su disgusto al conocer los términos en que se realizaría la entrevista.

—¿Por qué aceptó sin consultarme? ¡Vemos a bordo de una aeronave desconocida en medio del mar! ¿Qué garantías de seguridad nos ofrece ese plan? ¡Estaremos a su merced!

—El Contralmirante Aznar no me dio opción a escoger. Está claro que, o aceptamos sus condiciones, o no se celebra la entrevista. ¿Qué prefiere usted?

—Hemos sido demasiado blandos, Roerich —se lamentó Schmidbauer—. Un ultimátum en términos categóricos hubiese sido de seguro más efectivo. O nos entregaban su aeronave o ejecutábamos a Fidel, ¡y se acabó!

—Suponga que Aznar contesta que bueno, que ejecutáramos a su hermano, que su aeronave iba a continuación a lanzar un ataque fulminante sobre Berlín. ¿Se da cuenta de que ellos tienen medios para borrar esta ciudad del mapa en un minuto? Aceptemos las cosas como son, mi “brigadeführer”. Es verdad que tenemos un valioso rehén, pero no es menos cierto que no podemos arriesgarnos a perderlo. Fidel Aznar sólo tendrá algún valor en tanto esté vivo. El Contralmirante Aznar lo sabe, por lo tanto sería infantil conminarle a entregarnos su aeronave a cambio de la vida de su hermano. Ya será mucho si conseguimos que acceda a arrasrar algunas ciudades aliadas como Londres, Moscú, Nueva York, permitiéndoles conservar su aeronave.

Edward Roerich no era sincero. En realidad no esperaba siquiera que el Contralmirante Aznar accediera a llevar a cabo un bombardeo terrorista sobre ninguna de las ciudades citadas. Nadie que tuviera un mínimo de sentimientos humanitarios cambiaría la

vida de un solo hombre por veinte millones de ingleses, rusos y norteamericanos. Él, Roerich, no lo haría. Aunque la vida comprometida fuera la de su propio hermano.

El mismo Roerich no se daba cuenta de lo contradictorio de sus sentimientos. Mientras hacía todo lo posible para atraer a la causa de Alemania a los hombres del futuro, le repugnaba en lo más hondo de la conciencia la perspectiva de ver prolongarse aquella horrible matanza que ya duraba casi cinco años y medio.

Al borde de la derrota, Alemania no tendría otra alternativa que utilizar la poderosa aeronave de los Aznar para sembrar el terror entre la población civil de las naciones enemigas. El más poderoso de estos enemigos, los Estados Unidos, habían sufrido poco durante esta guerra. Sus ciudades no conocían el terror de los bombardeos aéreos ni su población sabía lo que era el hambre.

Desde 1941 los aliados insistían en aceptar solamente la rendición incondicional de Alemania. Pero si Nueva York, Chicago, Detroit y otras grandes ciudades americanas fueran aniquiladas con explosivos atómicos, los aliados, y especialmente los norteamericanos, reconsiderarían sus exigencias aviniéndose a negociar una paz honorable para Alemania.

El problema de conciencia del “standartenführer” Roerich era si valía la pena asesinar a veinte millones de seres humanos para que el nazismo continuara existiendo.

## CAPÍTULO VII

**E**l médico del buque examinó al prisionero de guerra el día siguiente a su captura. El prisionero estaba hipotérmico, que el médico estimó como “estado cataléptico”, dando tres pulsaciones por minuto y una aspiración cada tres minutos. La temperatura de su cuerpo se mantenía invariable en los seis grados centígrados.

Poco después del mediodía, el “brigadeführer” Schmidbauer y Roerich se trasladaron en automóvil a Tempelhof, donde les esperaba el avión Heinkel que debía trasladarles a Lubeck, puerto alemán en la bahía de Neustand, abierta sobre el Mar Báltico. El piloto del avión era el “oberst” (Coronel) Brukemann.

Mientras Roerich se preguntaba por qué diablos utilizaban a un coronel de la Luftwaffe en una misión como aquélla, el aparato despegó y puso rumbo al norte. Más tarde, en Lubeck, el “oberst” Brukemann dejó el avión al cuidado de su segundo y subió al automóvil que iba a llevar al “brigadeführer” y Roerich al puerto. Schmidbauer alivió entonces la curiosidad del “standartenführer” presentando a Brukemann como ingeniero aeronáutico.

—Le he hablado a Brukemann de la aeronave. Por supuesto, el Coronel se ha comprometido con nosotros a guardar el secreto. Quiero que observe todo como experto por si hay algo que nuestros técnicos puedan aprender de esos hombres del Futuro.

Roerich guardó silencio. Luego, mientras esperaban en el muelle a que el “brigadeführer” resolviera el modo de conseguir una embarcación, Roerich ofreció un cigarrillo al Coronel.

—¿Schmidbauer le habló a usted acerca de esos hombres supuestamente llegados del Futuro?

—Ciertamente —dijo Brukemann con expresión compungida, añadiendo en voz baja—. ¿Cuál es su opinión acerca de Schmidbauer? ¿No le parece un poco chiflado?

—¿Un poco, dice? —repuso Roerich divertido—. Es usted muy compasivo. Para mí está loco de atar.

—¿Qué objeto tiene este paseo por mar? ¿Lo sabe usted?

—¿Es que no se lo ha dicho? Vamos al encuentro de esa aeronave fantástica que debe encontrarse allí en el mar.

—¡Dios mío! —gimió el “oberst” mirando a su alrededor como en busca de ayuda—. ¿Qué ocurrirá si no encontramos nada?

—No encontraremos nada, de eso puede estar seguro. Pero no se preocupe. Schmidbauer lo achacará sin duda a falta de seriedad de los hombres del Futuro, y todo quedará en un paseo en bote. ¿Les gustan a ustedes las excursiones por mar?

Bruckmann miró a Roerich sorprendido, no sabiendo si éste hablaba en serio o se burlaba de él.

De alguna forma el “brigadeführer” convenció al Comandante local de Marina para que le cediera un barco barreminas de casco de madera. El barco no era muy rápido, y como el tiempo apremiaba tuvieron que embarcar inmediatamente para estar seguros de recorrer treinta millas antes de las nueve de la noche.

Más allá del rompeolas la mar estaba picada y hacía bailar aparatosamente a la embarcación, que iba dejando tras sí un negro reguero de humo. Al avanzar hacia el mar abierto iba en aumento el cabeceo del barreminas, cuya chata proa se clavaba en el oleaje salpicando de agua los cristales del puente.

Mientras anochecía navegaron a lo largo de la costa, la cual finalmente quedó atrás. Roerich todo era mirar su reloj y el “brigadeführer” correspondía a los deseos del Comandante de entretener la travesía contestando con secos monosílabos. Las sombras de la noche envolvieron al barco, que navegaba con todas las luces apagadas por temor a los submarinos aliados.

A las nueve de la noche el barreminas alcanzaba jadeante la distancia de treinta millas y paraba las máquinas. En el oscurecido puente se hizo un silencio expectante mientras el Comandante exploraba las bombas con sus prismáticos, murmurando:

—Espero que no se retrasen mucho, este lugar es muy peligroso, los submarinos rusos se acercan cada vez más a la costa.

—Si no llegan pronto nos marcharemos —dijo Schmidbauer.

Roerich se volvió a mirarle sorprendido. En este momento iluminó el puente un potente reflector que se apagó en seguida. A

continuación una luz empezó a destellar en la oscuridad a menos de media milla de distancia.

—¡Son ellos! —exclamó Roerich excitadamente.

Abandonó el puente, se deslizó por la resbaladiza escalerilla y se detuvo junto a la amura de babor, mirando como fascinado la parpadeante luz. Le emocionó pensar que aquella luz era producida por unos aparatos que habían viajado miles de años en el Tiempo para llegar al año 1945. ¿Era posible esto? ¿Vivía soñando, o realmente existía aquella fantástica aeronave?

—¡Arrien la lancha! —gritó el Comandante.

Buscando el camino bajo el intermitente destello del proyector de señales, Roerich se dirigió al lugar donde los marineros arriaban el pescante. Alguien le entregó un chaleco salvavidas. Schmidbauer llegó junto a él seguido del “oberst” Brukemann y dijo:

—Brukemann ocupará mi lugar.

—¿Cómo? —preguntó Roerich, temiendo haber entendido mal.

—Brukemann ocupará mi lugar. Considero esta aventura demasiado arriesgada. Soy un General, podrían tomarme como rehén para tratar de negociar mi libertad a cambio de la de Fidel Aznar.

—¿Se echa atrás ahora? —gritó Roerich enojado.

—Tengo plena confianza en usted, estoy seguro que resolverá este asunto a plena satisfacción.

Roerich apretó los labios, ¿qué podía decir? Obviamente Schmidbauer estaba asustado. ¿Pero acaso aquel malestar que el propio Roerich sentía en el estómago no tenía por origen cierto sentimiento de incertidumbre frente a lo desconocido?

Habían convenido que Brukemann ocuparía el lugar de uno de los marineros, pero ante la retirada de Schmidbauer hubo que designar a otro marinero para tripular la lancha.

La luz se había apagado y la más impenetrable oscuridad envolvía al barco. Las olas golpeaban contra el costado del buque y el mar rumoreaba y se agitaba produciendo un ruido semejante al de aquellas caracolas que se aplicaban al oído. Fue necesario encender una linterna para que los cuatro hombres pudieran llegar hasta la lancha.

La embarcación fue descolgada desde el pescante. Una ola cogió de plano a la lancha, la levantó en el aire y la dejó caer

bruscamente. El motor empezó a petardear mientras la embarcación era golpeada rudamente contra el costado del barco. Una ola les cubrió mojándoles de la cabeza a los pies. Luego la lancha empezó a moverse, encaramándose sobre las olas que llegaban en dirección contraria.

Mientras el bote brincaba sobre las olas Roerich sentía castañear sus dientes, temblando bajo el capote por efectos de un frío de origen puramente nervioso. Brukemann se acercó y se dejó caer en el banco a su lado.

—¿Cómo es esa aeronave? ¿Es un hidroavión? —preguntó levantando la voz para hacerse oír sobre el ruido del motor y el rumor del mar.

—No lo sé —contestó Roerich—. Nunca la hemos visto.

—¿Cómo podría amerizar un hidroavión en una mar tan picada?

—Seguramente no es nada parecido a un avión, sino algo más próximo a una “Uve Dos” de gran tamaño, un cohete.

Brukemann guardó silencio. Repentinamente desde el barreminas encendieron un proyector. La brillante barra de luz iluminó enteramente el bote y a continuación resbaló sobre las inquietas olas alumbrando algo que se levantaba como a doscientos metros de distancia ante la proa de la lancha.

Tanto Roerich como el “oberst” de la Luftwaffe vieron una mole amarilla que parecía fosforescer bajo la luz del reflector. “Aquello” debía tener lo menos veinte metros de altura, era tan grande como una casa y sus extremos quedaban fuera del cono iluminado. El reflector se movió a la derecha siguiendo la línea de flotación la mole.

—¡Es un barco! —exclamó roncamente Brukemann.

Por un breve instante Roerich temió haber venido a dar de manos a boca con un acorazado enemigo. Pero aunque no era marino, algunas particularidades del buque le hicieron comprender que no se trataba de un barco. Ingenuamente se dijo “no tiene ojos de buey”.

El foco del reflector tuvo que recorrer un largo trecho hasta llegar a la chata proa del supuesto barco. Luego se movió hacia arriba como registrando los contornos de la obra muerta, y se deslizó en sentido contrario en dirección a la popa. No se advertía relieve alguno familiar a los barcos de guerra; ni casamatas, ni

cañones, ni mástiles, ni puente... ¡ni nada! Toda la mole era un casco de compacta apariencia, con una cubierta corrida sobre la que se alzaba una larga protuberancia, tan alta como una casa de tres plantas, completamente lisa en todas sus superficies.

Los del barreminas apagaron el proyector y la oscuridad pareció todavía más densa a los tripulantes de la lancha. Brukemann acercó su boca al oído de Roerich.

—¿Es la aeronave?

—Se ve grande, ¿no es cierto? —contestó Roerich.

—¡Es tan grande como un acorazado! Usted me había hablado de un cohete, pero a mí lo que me parece es un submarino gigante. ¿Está seguro de que “eso” puede volar?

—Así lo creo.

—¿Cómo?

—No me lo pregunte a mí, no sabría responderle.

Guardaron silencio mientras la lancha seguía navegando. Poco después veían emerger de la oscuridad un rectángulo formado por cierto número de pequeñas luces rojas. Roerich se deslizó a popa para dar instrucciones al marinero que manejaba el timón.

—Navegue hacia ese rectángulo. Tenemos que entrar por él hasta el interior del buque.

La lancha redujo su velocidad en los últimos metros. Las luces rojas no eran visibles a gran distancia, pero en sus proximidades arrojaban bastante luz para alumbrar con su resplandor las aguas. El mar parecía de sangre junto al casco de la aeronave. La gran mole amarilla, tan alta como una casa de diez pisos, resguardaba del viento el mar que quedaba del lado de estribor. La lancha subía y bajaba, pero la aeronave se mantenía inmóvil, tan firme como un acantilado, rechazando las pequeñas olas que iban a estrellarse contra el costado.

La lancha paró el motor y la embarcación siguió navegando por su propio impulso penetrando en el oscuro rectángulo perfilado por el marco de balizas rojas.

De pie en el centro de la embarcación, junto al motor, el “standartenführer” Roerich apenas podía contener el nervioso temblor de sus rodillas. Tuvo entonces la sensación de entrar en un mundo distinto, en algo tan inmensamente grande como desconocido, y por desconocido aterrador.

Apenas la lancha había cruzado ante las balizas cuando todo estalló en deslumbradora luz alrededor de los cuatro hombres. Estaban dentro de un hangar de grandes dimensiones y sobre sus cabezas brillaban unos rectángulos de cristal, de donde procedía aquella fría y extraña luz sin sombras. Pero el hangar estaba vacío. Sus lisas paredes estaban pintadas de un beige claro y agradable, y en todo el espacio no se veía una sola columna. Solamente al fondo podía verse la barandilla de una escalera metálica.

La lancha quedó flotando en el centro del hangar, apenas meciéndose en las tranquilas aguas. Brukemann, que estaba sentado a proa, brincó en pie haciendo balancearse el bote.

—¡La puerta! —gritó señalando.

Roerich y los marineros volvieron la cabeza, viendo que, efectivamente, dos lienzos de muro se corrían desde ambos lados y cerraban el hueco por donde habían entrado hasta el hangar.

—¡Es una encerrona! —dijo el “oberst” excitado.

Los dos lienzos de muro no cerraron totalmente. Entre ambos quedó una rendija de medio metro de anchura. De pronto, por un extraño fenómeno, toda el agua que estaba dentro del hangar se precipitó en dirección a aquella abertura. La pequeña embarcación fue arrastrada también, golpeó contra el muro y allí se detuvo, porque era demasiado ancha para pasar por la grieta.

El marinero que estaba junto al timón dio un salto intentando arrojarle por la rendija. Roerich le sujetó por el chaleco salvavidas, y simultáneamente se escuchaba en todo el hangar una resonante voz que decía en castellano:

—No se pongan nerviosos. Hemos tenido que elevar el buque para evacuar el agua, eso es todo. Permanezcan donde están el piso quedará seco en unos instantes. El Contralmirante Aznar sale a recibirles.

Únicamente Roerich hablaba castellano. Los marineros y el “oberst” miraron recelosamente a su alrededor.

—Nos recomiendan permanecer tranquilos en el bote. El nivel del agua está bajando —tradujo Roerich al alemán.

En efecto, en este momento la quilla del bote tocaba en el piso, por lo que parecía indicar que habían entrado navegando apenas sobre un metro de agua. Algo se movía en el fondo del hangar. Unos pantalones blancos bajaban por la escalera metálica. A continuación

de las perneras apareció una guerra blanca, y finalmente un hombre uniformado de blanco de pies a cabeza, se detuvo en el último escalón.

La presencia de un ser humano tuvo un efecto sedante para el grupo. El agua bajaba de nivel rápidamente y la lancha cayó de lado al perder su flotabilidad. Un minuto después Roerich saltaba de la embarcación al piso encharcado. El hombre vestido de blanco abandonó la escalera y se movió en su dirección. Hasta sus zapatos eran inmaculadamente blancos. La gorra, también blanca, llevaba una visera negra con galones dorados. En las charreteras, sobre los hombros, lucían la coca y los entorchados de Contralmirante.

El hombre de blanco era un poco más alto que el mismo Roerich, pero más fornido y ancho de hombros. Tenía un rostro agradable, con mentón firme y labios bien dibujados; lo que una mujer habría calificado de hombre guapo.

Lo que más sorprendió al “standartenführer” fue la juventud del Contralmirante, sobre todo considerando su alta graduación. Pero tan pronto sintió sobre sí la mirada de aquellos inteligentes ojos castaños, Roerich comprendió que no estaba ante un chiquillo.

La situación era ciertamente singular y, no sabiendo cómo iniciar la entrevista, Roerich se cuadró, pegó un taconazo a lo prusiano y saludó marcialmente llevándose los dedos a la visera de la gorra.

El Contralmirante correspondió al saludo, sin taconazo ni adoptar una posición tan rígida como la del “standartenführer”.

—Coronel Roerich de la Sección Sexta, Servicio de Inteligencia Extranjera —se presentó el “standartenführer”.

—Contralmirante Aznar, de la Armada Sideral Valerana —se presentó a su vez el joven.

Roerich quedó algo embarazado sin saber qué decir. Brukemann llegó hasta su lado y lo presentó al Contralmirante.

—Mi compañero, Coronel Brukemann.

Los dos hombres intercambiaron un frío saludo y el Contralmirante indicó con una seña que le siguieran.

—Vengan, subiremos en el ascensor. Sus hombres pueden permanecer aquí.

Roerich gritó a los marineros que se quedaran allí y siguió a Brukemann, que andaba tras los talones del Contralmirante hacia

un lado del hangar. El Contralmirante apretó un botón de un cuadro y unas puertas corredizas se abrieron mostrando el interior de una cabina. Los tres hombres entraron en el ascensor y Aznar apretó un botón del cuadro. Las puertas se cerraron y sintieron el movimiento ascensional del piso.

—Su nave es muy grande —observó Roerich.

—Mide trescientos metros de eslora, por cuarenta de manga y otros cuarenta de puntal —contestó Aznar.

—Es mayor que un portaaviones —dijo Roerich—. ¿De verdad vuela?

El Contralmirante se volvió a mirarle sonriendo.

—Seguro que vuela —dijo Roerich interpretando la sonrisa de Aznar—. Sin embargo parece muy sólida.

—Es muy sólida. El casco tiene en todas sus partes tres metros de espesor.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron automáticamente. Salieron a un ancho corredor. Brukemann murmuró en voz baja:

—Subimos tres pisos. ¡Esto es muy grande!

Roerich le metió el codo en el costado para que callara.

El Contralmirante Aznar les introdujo en una habitación. Era un despacho. La aeronave era tan grande como un trasatlántico, de modo que los constructores se habían permitido el lujo de dar a todo generosas dimensiones.

Para los dos alemanes, lo que vieron resultaba difícil de describir. No bastaba decir simplemente: “los muebles eran blancos. Había una gran mesa de un material que no era madera, ni metal ni cristal, con su butaca giratoria y dos cómodos sillones enfrente, todo tapizado de cuero negro. El piso tenía una moqueta roja y toda una pared estaba cubierta por una estantería repleta de lujosos volúmenes”...

Los alemanes no habrían sabido definir a qué estilo pertenecían los muebles. El cubismo estaba de moda poco antes del comienzo de la guerra, pero el estilo de estos muebles no era cubista. “Era una cosa diferente y original; sencillo, elegante y sobrio a la vez”.

Algo que llamó poderosamente su atención fue una pequeña pantalla de cine de unos dos metros de alto por dos y medio de ancho, que parecía incrustada en el muro y estar recubierta de cristal. ¡En ella se veía el mar y al barreminas echando humo como

si se encontrara al alcance de la mano!

—¿Es nuestro barco? —preguntó Roerich señalando.

—Sí, ése es su barco —respondió el Contralmirante.

—¡Pero todo es oscuridad allí afuera! ¿O lo están iluminando ahora con sus proyectores?

—Su barco está iluminado por nuestros proyectores de rayos infrarrojos. Ciertamente, para el ojo humano todo es oscuridad allí afuera, pero nuestras cámaras son sensibles al espectro infrarrojo y pueden ver en la oscuridad.

—¿Quiere decir que mientras nosotros veníamos hacia aquí tanteando como murciélagos, ustedes nos estaban viendo como si fuera de día? —preguntó Roerich sorprendido.

—Tal vez piense que eso no es jugar limpio —sonrió Aznar.

—No lo decía por eso. Es lógico, ustedes viven en un tiempo muy por delante del nuestro y deben emplear normalmente recursos y medios tecnológicos que a nosotros nos sorprenden.

—Quítense esos chalecos salvavidas y los capotes, están ustedes empapados —dijo amablemente el Contralmirante.

Había un largo diván bajo la pantalla y los dos alemanes dejaron sobre él sus chalecos salvavidas, los capotes y las gorras militares. El Contralmirante les señaló con un gesto las butacas y fue a sentarse en el sillón giratorio. La habitación estaba ambientada a la temperatura adecuada, ni fría ni demasiado caliente.

—Dígame, ¿cómo se encuentra mi hermano? —preguntó Aznar.

—¡Oh, él está bien! Su hermano es un tipo extraordinario. Encontró una forma genial de evadirse a nuestro interrogatorio, sumiéndose en una especie de estado cataléptico.

—Sí, Fidel es un hombre extraordinario —dijo el Contralmirante clavando sus relampagueantes pupilas en Roerich—. ¿Cómo le capturaron?

—Él vino a verme a mi oficina con la pretensión de que dejara en libertad a Katherina Rudel. Le hice detener —dijo Roerich sin tratar de atenuar la verdad.

—¿Le encerraron?

—En un calabozo.

—¿Y... todavía sigue allí?

—Allí le dejé este mediodía. Por cierto, me pregunto cómo

demonios le permitió usted venir a verme. ¿No se le ocurrió pensar que le echaríamos el guante si se presentaba? Sus andanzas por los alrededores de Dresde no han sido olvidadas.

—¿Qué ocurrió con los Rudel después que nos marchamos?

—Los Rudel fueron acusados de encubrir a agentes extranjeros, se les sentenció a muerte y el viejo Hans fue ejecutado. La sentencia quedó en suspenso por lo que atañe a la chica. Es lo que suele hacerse en estos casos, la muchacha está embarazada.

—¡Cielos! —exclamó Aznar con expresión de horror—. ¡Con razón Fidel presentía que algo grave amenazaba a los Rudel! Mi hermano posee ciertas dotes especiales; es un clarividente. Me opuse a que volviera allá para buscar a nuestros amigos, pero Fidel insistió. Tenía la certeza de que los Rudel estaban en peligro y no pude evitar que se marchara. ¡El viejo Hans ejecutado por nuestra culpa! ¿Cómo pudieron cometer semejante injusticia? ¡Nunca fuimos espías de un país extranjero!

—Ustedes no se quedaron allí para dar explicaciones. ¿Qué otra cosa podía pensar la Policía, sino que eran ustedes agentes de una potencia extranjera? Después de todo, sí son extranjeros. El resto de la historia, lo que declararon los Rudel acerca de unos hombres que viajaban en el Tiempo y llegaban al Futuro, ¿quién iba a creerlo?

El Contralmirante Aznar movió la cabeza apesadumbrado.

—Cometimos un lamentable error —admitió—. Nos había tocado en suerte una butaca como espectadores de primera fila, y vinimos a mezclarnos estúpidamente con los actores. Somos, qué duda cabe, responsables directos de la muerte de Hans Rudel. Y también de lo que pueda ocurrirle a la chica. ¿Por qué no la dejan en libertad, ahora que conocen la verdad?

—¿Cuál verdad? —respondió Roerich irónicamente.

—Que no somos espías extranjeros.

—¿Quién sabe eso?

—Usted lo sabe.

—¿Quiere que vaya por ahí contando que realmente existen seres de otro mundo tripulando una aeronave que ha viajado desde el Futuro al Presente? ¡Me encerrarían en un manicomio! Sin embargo, hay un medio de conseguir la libertad de su hermano y la de Katherina Rudel, y es fácil. Alemania tiene perdida la guerra. Desde mil novecientos cuarenta y uno los aliados insisten en aceptar

solamente la rendición incondicional de Alemania. Si obtuviéramos una paz en términos honorables, lo consideraríamos como una gran victoria, tal como están las cosas. Aquí es donde encajan ustedes. Si esta aeronave es tan poderosa como suponemos, podría ayudarnos a convencer a nuestros enemigos para que negociaran un armisticio con Alemania.

—¿Cómo convencerían a los aliados? ¿Cree que bastaría con mostrarles nuestra aeronave y amenazarles, o sería necesario arrasrar algunas de sus ciudades con bombas de hidrógeno?

—Podría ser eso o alguna otra demostración de fuerza. El Alto Mando alemán designaría los objetivos en su momento.

—Me sorprende usted, Coronel —contestó el Contralmirante Aznar con voz grave—. ¿Cómo han podido pensar que accederíamos a una proposición tan absurda? Sería mucho más fácil para nosotros dirigirnos personalmente al Führer con un ultimátum. O nos devuelven a mi hermano, o arrasamos Munich con todos sus habitantes. ¿O no nos cree capaces de hacerlo?

—¿Qué duda cabe que tienen los medios? —repuso Roerich apabullado.

—No estoy hablando de los medios, sino de la intención de llevar a cabo una acción tan brutal. ¿Cree que seríamos capaces? Por supuesto que no. ¿Qué clase de monstruos seríamos, si asesináramos a medio millón de hombres, mujeres y niños, por la vida de un solo individuo? No, aunque ese individuo se llame Fidel Aznar y sea mi hermano. Y si no estamos dispuestos a matar alemanes, tampoco queremos matar ingleses, americanos o rusos. Mi buque no disparará un proyectil contra nadie. ¿Está bastante clara mi respuesta?

Edward Roerich asintió moviendo la cabeza.

—Sin duda, ésa es una gran respuesta —afirmó, y esbozó una triste sonrisa—. Ya ve, soy alemán y nazi, y nada desearía tanto como ver a Alemania salvarse de la ruina. Daría mi vida si con mi vida pudiera arreglarse todo. Pero si me dijeran que para salvar a Alemania había que aniquilar otros veinte millones de rusos, americanos o ingleses, rechazaría esa idea. Esta guerra ya cuesta demasiada sangre al mundo. Tal vez lo único que nos queda por hacer es aceptar fatalistamente el texto escrito en la Historia. Según ustedes, Alemania perdió la guerra.

—La perdió —contestó Aznar gravemente—. Nadie puede cambiar lo que está escrito.

Edward Roerich consideró terminada la entrevista. Se puso en pie suspirando.

—¿Se da cuenta de que con su respuesta compromete la vida de su hermano? —preguntó.

—Lo sé. Pero en estas circunstancias no puedo hacer otra cosa —repuso el Contralmirante poniéndose en pie.

Los dos alemanes tomaron sus capotes, sus gorras y los chalecos salvavidas. El Contralmirante les acompañó, utilizando de nuevo el ascensor para llegar al hangar donde esperaban los dos marineros junto a la lancha.

Antes de subir a la lancha, mientras se ponía el chaleco de aire, Roerich preguntó al Contralmirante:

—¿Usted no tiene la facultad de su hermano de adivinar el pensamiento de los demás, verdad?

—No —contestó el Contralmirante con una leve sonrisa—. Ni ésa, ni otras muchas de sus facultades y cualidades.

Roerich terminó de abrocharse el chaleco.

—Haré lo que pueda por su hermano —dijo repentinamente. Y tendió su mano.

Miguel Ángel Aznar se la estrechó con fuerza. A continuación los dos se saludaron militarmente. Los dos alemanes subieron a la lancha, donde ya estaban los marineros. El Contralmirante Aznar se retiró hasta la escalera.

El agua barbotó al entrar con fuerza por la rendija que quedaba entre las hojas de la puerta, invadió el piso del hangar y levantó a la lancha. Había más de un metro de agua en el hangar cuando las sólidas puertas de la nave se separaron. El motor de la lancha llenó el aire de gases de gasolina quemada.

La embarcación salió por el mismo sitio y de igual manera que había entrado. Apenas se habían alejado unos metros cuando vieron cerrarse el hueco en el férreo costado de la aeronave.

¿Aeronave?

Todavía se encontraban cerca de ella cuando advirtieron algo sorprendente. ¡La nave del futuro se estaba sumergiendo!

## CAPÍTULO VIII

**E**ran las siete de la mañana y la carretera estaba atestada de vehículos de todas clases e interminables columnas de refugiados que desde las zonas del sur se dirigían a Berlín huyendo del avance de los aliados. Todas estas gentes fugitivas que habían abandonado sus hogares preferían viajar en la oscuridad de la noche, ya que durante el día todas las carreteras de Alemania se encontraban bajo las bombas y el fuego de ametralladora de los cazas aliados.

Brükemann comprometió su palabra y Schmidbauer y Roerich tomaron el automóvil para regresar a Berlín. El malhumor del “brigadeführer” no encontraba en esta ocasión víctima propiciatoria sobre quién descargar. No podía acusar a Roerich de torpeza ni decir “si yo hubiese estado allí”, pues pudo haber estado y no quiso. ¿De quién era la culpa si las negociaciones no dieron el fruto esperado?

Eran las siete de la mañana y la carretera estaba atestada de vehículos de todas clases e interminables columnas de refugiados que desde las zonas del sur se dirigían a Berlín huyendo del avance de los aliados. Todas estas gentes fugitivas que habían abandonado sus hogares preferían viajar en la oscuridad de la noche, ya que durante el día todas las carreteras de Alemania se encontraban bajo las bombas y el fuego de ametralladora de los cazas aliados.

Roerich estaba preguntándose por qué aquella gente no se quedaba en sus casas, cuando Schmidbauer le dijo en tono brusco:

—Deshágase del prisionero.

—¿Se está refiriendo a Fidel Aznar? —preguntó Roerich sorprendido.

—Por supuesto que me refiero a él. ¡Fusílelo!

—¡No podemos hacer eso, mi General! —protestó Roerich aterrado—. No hay ninguna razón para que procedamos de manera tan disparatada. En primer lugar, Fidel Aznar es inocente. No ha cometido ningún delito. El Contralmirante Aznar no toleraría una brutalidad de ese tipo. Podría enfadarse y pensar que los alemanes no merecemos ser tratados como seres civilizados. ¡Una sola bomba atómica de su aeronave dejaría Berlín tan plano como la palma de

la mano! ¿Eso es lo que quiere usted?

Ante esta amenaza, Schmidbauer dio muestras de inseguridad.

—Hace meses que vengo oyendo hablar de ese explosivo atómico —gruñó malhumorado—. Me pregunto si realmente es tan potente como dicen.

—La energía contenida en la materia no es ningún secreto. Se sabe que está ahí, y sólo falta encontrar los medios de liberarla —respondió Roerich—. Lo que llamamos materia es, simplemente, energía “helada”. Se puede calcular fácilmente la cantidad de energía liberada de una determinada cantidad de materia multiplicando su valor por el cuadrado de la velocidad de la luz. Por ejemplo, un cuerpo sólido que tuviera un gramo de masa equivaldría a:

$$1 \times 30.000.000.000 \times 30.000.000.000.$$

Esto es igual a 25 millones de kilovatios/hora. Aproximadamente 0,5 kilogramos de materia convertida por completo en energía, determinaría en el proceso de desintegración una explosión similar a la de diez millones de toneladas de TNT. Como se ve, no es ninguna broma.

—¿Qué podemos hacer entonces con el prisionero? —preguntó el “brigadeführer”, convencido por los aplastantes argumentos de Roerich.

—¿Por qué no lo ponemos en libertad?

—¡Ponerle en libertad! Usted está loco, amigo Roerich. Encima que nos han negado su colaboración, ¿quiere usted premiar a quienes tan mal nos han tratado? ¡De ningún modo! Fidel Aznar continuará prisionero. ¿Para qué? No lo sé, pero mientras le tengamos en el calabozo siempre nos quedará alguna esperanza de atraerle a nuestra causa. Tal vez, si se cumplen los vaticinios de nuestros generales más derrotistas, el Contralmirante Aznar decida echarnos una mano cuando vea a Berlín cercada por los rusos y a su hermano en peligro de ser muerto por las bombas.

Roerich no insistió. Si de momento había salvado a Fidel Aznar de ser ejecutado, quizá más adelante lograra el “brigadeführer” que le dejaran en libertad. La guerra ya no podía durar mucho más.

Lo primero que hizo al llegar al Departamento de Defensa fue bajar al sótano del bunker antiaéreo para visitar a Fidel Aznar en el calabozo. El prisionero seguía igual que lo dejó; frío, rígido e

insensible a cuanto le rodeaba. Alguien le había echado una manta por encima.

Roerich abandonó el calabozo para reintegrarse a las tareas habituales de su oficina.

Los aliados seguían avanzando a lo largo de todo el frente occidental. En el Norte, Montgomery se acercaba a Edimburgo. Su único obstáculo era el ejército del General Blumentritt. A la derecha de Montgomery, los tres ejércitos de Bradley estaban haciendo progresos mucho más rápidos. Tanto Patton como Hodges habían llegado casi al río Elba. Simpson, que ya había tendido dos cabezas de puente sobre dicho río, se hallaba a menos de ciento veinte kilómetros de la Cancillería del Reich. Mientras tanto, el ejército de Model había quedado cercado en el Ruhr. En la bolsa quedaban 300.000 hombres sin posibilidad de salvación, no obstante lo cual, Hitler había impartido órdenes muy enérgicas en el sentido de que Model no se rindiera bajo ningún pretexto.

Aquella tarde, 12 de abril de 1945, moría en Washington el presidente Roosevelt de los Estados Unidos. En Berlín ya era de noche cuando desde el departamento de radio llegó una nota a la mesa de Roerich. El “standartenführer” ordenó que trataran de confirmar la noticia y pasó con la nota al despacho de Schmidbauer, quien se mostró tremendamente impresionado.

Reveló que el horóscopo de Hitler del 30 de enero de 1933, había pronosticado victorias hasta 1941, y luego una serie de reveses que culminaban en un desastre en la primera quincena de abril de 1945. Pero luego había un éxito temporal en la segunda quincena de ese mismo mes, seguido de un período de calma, hasta producirse la paz en el mes de agosto. Alemania pasaría tres años de grandes privaciones, pero en 1948 comenzaría a levantarse de nuevo.

Roerich quedó anonadado. ¿Estaban todos locos? ¿Todas las esperanzas de los dirigentes nazis se apoyaban en las predicciones de los astrólogos?

En realidad los nazis basaban sus esperanzas en algo más consistente. Creían que la escisión entre los aliados estaba a punto de producirse. Pronto ingleses y americanos romperían con los rusos y rogarían a Alemania que se uniera a ellos para rechazar al enemigo común hasta más allá de las estepas.

Lo que ocurrió fue que el Vicepresidente Truman juró el nuevo cargo de Presidente, y todo continuó igual que estaba.

Como para demostrar a los alemanes su determinación de luchar hasta el total aplastamiento del III Reich, el viernes 13 de abril los aliados lanzaron un terrible bombardeo aéreo sobre Berlín.

El día 17 de abril era liquidada la bolsa del Ruhr. Ese mismo día los rusos, tras dos meses de preparativos, se lanzaban al asalto final atacando con dirección a la autopista que desde el sur conducía a Berlín. La Novena División de Paracaidistas que defendía el promontorio de Seelow tuvo que retirarse bajo el mortal bombardeo de la artillería rusa. Durante el día los tanques rusos avanzaron veinticuatro kilómetros por la autopista en dirección a la capital. Simultáneamente los tanques rusos habían abierto una brecha al sur de Francfort. Los tanques de Konev se aproximaban a Berlín por el sur para encontrarse con Zhukov al oeste de la ciudad, en un movimiento envolvente.

Berlín estaba en grave peligro, a punto de ser cercado, pero los propios berlineses lo ignoraban, debido a la imprecisión de los partes de guerra del Alto Mando. Generalmente las noticias de una retirada se daban con dos días o tres de retraso, o uno tenía que deducirlas por otros datos secundarios.

En la Sección VI de las SS se estaba constantemente a la escucha de las emisiones de radio extranjeras. La Sección estaba formada por un buen contingente de traductores oficiales con una larga experiencia en la recopilación de datos. Era sorprendente la de cosas de interés que podían deducirse sólo de una inteligente interpretación de los boletines de noticias.

En este sentido al menos Roerich estaba en gran ventaja sobre una inmensa mayoría de la nación, ya que los alemanes no podían escuchar las emisiones en alemán de las emisiones extranjeras, debido a las interferencias provocadas por las propias emisoras alemanas.

El día 20 de abril el Führer celebraba su cumpleaños. Con este motivo fueron a felicitarle a la Cancillería todos los altos jerarcas del Partido, entre ellos el “brigadeführer” Schmidbauer. Éste regresó muy animado de la recepción, pues había oído asegurar al Führer en persona que los rusos sufrirían la mayor derrota de su vida en Berlín. Roerich no pudo por menos de sorprenderse de la

credulidad del “brigadeführer”. ¿Cómo esperaba Hitler salvar a Berlín?

—Las nuevas armas del Führer pueden llegar de un momento a otro —dijo Schmidbauer ingenuamente.

—¿Qué armas? ¿No sabe usted que la última fábrica de pólvora ha caído en manos de los aliados? ¿Cómo puede resistir un ejército, por muy valeroso que sea, si no dispone siquiera de municiones? —respondió Roerich furioso.

Un mes atrás Roerich no se hubiera atrevido a hablar a su superior en este tono. Un indicio claro del derrumbamiento de la moral en todos los frentes, eran los continuos actos de indisciplina, desde los generales a los soldados que se rendían al enemigo.

—Óigame, ¿cómo está su amigo Fidel? —preguntó Schmidbauer pasando por alto el acento airado de su subordinado—. Él y su hermano sí poseen una buena arma que todavía podría salvarnos, ¿verdad?

—Espero que no le haya hablado a sus superiores de nuestro hombre del Futuro.

—Por supuesto que no. Pero escuche esto, Roerich. Su amigo no saldrá vivo de este bunker. Si Berlín cae y tenemos que morir junto al Führer, ese maldito extranjero morirá también. Se lo advierto por si en algún momento tiene el mal pensamiento de ponerlo en libertad.

—¿Por qué ensañarse con él?

—¡Porque por su culpa Alemania está a punto de perder la guerra! —gritó Schmidbauer colérico.

—¿Qué se hizo de las armas secretas del Führer? ¿Ha perdido su confianza en ellas?

—¡Váyase al diablo! —rugió Schmidbauer.

Más tarde Roerich se arrepintió de haber provocado al “brigadeführer”. Schmidbauer podía perjudicar a Fidel Aznar, para ello bastaría que lo entregara a la Gestapo acusándole de ser uno de los agentes extranjeros que escaparon de la granja de Rudel en febrero de aquel año.

Roerich bajó a los calabozos para ver cómo seguía Aznar.

El prisionero no había experimentado cambio alguno. Esto irritó a Roerich, pues tenía otro problema en ciernes que no sabía cómo resolver. Se trataba de Katherina Rudel. El campamento de mujeres

de Ravensbruck se encontraba en el camino que seguían los rusos en su avance sobre Berlín. Probablemente el campamento sería evacuado. En la confusión reinante la muchacha podía perderse, sin que nadie pudiera dar fe de dónde fue a parar.

Regresando a su despacho telefoneó a Oscar Smitch al Cuartel General de la Gestapo. Le preguntó si había algo acerca de las mujeres de Ravensbruck. ¿Había algún plan previsto para evacuar el campo de concentración?

—No sé nada de Ravensbruck —contestó Smitch—. Sólo sé que estamos evacuando Sachsenhausen.

Sachsenhausen era otro campo de concentración en los alrededores de Oraniemburg, treinta kilómetros al norte de la Cancillería.

Roerich agradeció la información y colgó el teléfono. Pensó que si estaban evacuando Sachsenhausen no tardarían en hacer lo mismo con Ravensbruck. Tal vez estuviera siendo evacuado ya. ¡Y aquel estúpido Aznar durmiendo como una marmota, ignorando los peligros que amenazaban a la mujer que amaba! Bien era cierto que Aznar nada podía hacer por Katherina. ¿O tal vez sí?

Había que tomar una decisión y Roerich la tomó. Metió en una cartera de cuero toda la documentación concerniente al caso Rudel y ordenó al oficial responsable de los vehículos que le tuvieran preparado un automóvil.

Era pasada la medianoche cuando Edward Roerich abandonaba el Departamento de Defensa. Un automóvil Volkswagen le llevó a través de la oscuridad y las calles cubiertas de escombros hasta la autopista atestada de vehículos de todas clases. Camiones militares cargados de pertrechos y tropas de refresco marchaban en dirección al frente de combate, mientras en sentido opuesto hormigueaba una interminable caravana de carretas, caballos y gentes a pie, empujando carretillas, bicicletas y cochecillos de niño cargados de bultos y maletas. Eran los fugitivos de las ciudades y aldeas que se encontraban en el camino de los rusos.

La carretera estaba tan congestionada que eran casi las tres de la madrugada cuando Roerich llegó ante las alambradas del campo de concentración. Para entonces llovía con regular intensidad.

El Comandante del campo, “standartenführer” SS Rienberg, estaba durmiendo. Roerich actuó con audacia y autoridad,

ordenando que despertaran al Comandante. Mientras esperaba, en el silencio de la noche, podían oírse los cañones rugiendo amenazadoramente a diecisiete kilómetros de distancia por el este.

Roerich fue llevado hasta el despacho del “standartenführer”, que olía a cuero y a tabaco. Cuando poco después compareció el soñoliento Rienberg, antes que se espabilara demasiado, Roerich expuso con aplomo y fingido fastidio la misión que le traía. Mostró descuidadamente los documentos que traía en la cartera de cuero, fingiendo haber olvidado el nombre de la encartada, y dijo malhumoradamente:

—Se trata de Katherina Rudel, reo del delito de ocultación de agentes extranjeros. Debió ser ejecutada al mismo tiempo que su padre, pero se aplazó la sentencia por encontrarse en estado de gestación. ¿Sabe usted algo de esto?

—¿Cómo diablos quiere que me acuerde? —bostezó el Coronel Rienberg—. Tengo miles de mujeres en este campo; rusas, polacas, checoslovacas, alemanas... ¿De qué se trata, en fin?

—Han surgido nuevas derivaciones del caso que requieren la presencia de la mujer en Berlín para ser interrogada.

—¿Ha traído con usted la orden de traslado?

Roerich puso delante del Coronel un impreso donde aparecía la firma del “brigadeführer” jefe de la Sección IV Schutzstaffel con los cuños y sellos de costumbre. Rienberg le echó un vistazo superficial, metió el papel bajo la carpeta del escritorio y tomó el teléfono para dar las órdenes oportunas.

—Si usted me lo permite, Coronel, voy a regresar a la cama. Estoy que me caigo de sueño. Puede esperar aquí, van a localizar a la mujer y la traerán en seguida —se disculpó Rienberg.

Roerich quedó solo en el despacho, escuchando el lejano tronar de los cañones y preguntándose por qué había emprendido esta absurda aventura en la que no le iba nada. Una mujer oficial de las SS entró en el despacho para consultar el fichero, dirigió una sonrisa de circunstancias a Roerich y volvió a salir.

Transcurrió otra media hora hasta que la mujer de las SS regresó acompañada de la prisionera. Roerich vio una muchacha alta y delgada, envuelta en un viejo abrigo gris y cubierta la cabeza con un pañuelo de seda. Los asustados ojos de la joven se clavaron en Roerich. Evidentemente el uniforme del “standartenführer” SS la

intimidó.

—¿Es usted Katherina Rudel? —preguntó el Coronel.

—Sí —contesto la joven con voz débil.

Roerich firmó el recibo que le presentaba la mujer SS, se puso en pie y ordenó secamente a la prisionera:

—Sígame.

Cruzando el oscuro patio, Roerich hizo subir a Katherina Rudel en el asiento trasero del automóvil y luego se sentó junto a ella. La rodilla de la muchacha temblaba junto a la de Roerich. No obstante lo asustada que estaba, Katherina no hizo ninguna pregunta. Roerich por su parte se puso a fumar en silencio.

La marcha en dirección a Berlín fue desesperadamente lenta a causa de la congestión del tráfico. Eran las siete de la mañana cuando finalmente alcanzaron el Departamento de Defensa. Roerich indicó a la muchacha que bajara y la condujo por la puerta principal hasta el bunker. La llevó hasta el calabozo de Fidel Aznar, donde por primera vez Katherina se resistió a entrar mirando asustada al bulto cubierto por la manta.

—Acérquese, quiero que identifique a este hombre —le dijo Roerich.

La muchacha se acercó tímidamente. Roerich descubrió el rostro de Fidel Aznar y Katherina retrocedió lanzando un ahogado grito de horror.

—Aunque lo parezca no está muerto —dijo Roerich tranquilizador—. Duerme en una especie de sueño cataléptico autoprovocado, pero ignoro cuándo despertará. Lleva así varios días.

Katherina Rudel se acercó a Aznar, le contempló con ojos húmedos y le tocó en la frente.

—¡Está frío! —dijo estremeciéndose—. ¿Cómo le capturaron?

—Él vino por su propia voluntad. Venía a buscarla, incluso trajo consigo una buena cantidad de oro para comprar su rescate. ¡Ingenuo Fidel! Sin embargo, yo pude haberlo hecho, como lo he hecho esta noche. Para que usted entienda cómo van las cosas, nadie me ordenó traerla aquí. Me presenté en el campo de concentración utilizando papeles falsos y la he traído a este lugar sin conocimiento de mis superiores. Ciertamente, he corrido un riesgo, pero no me pregunte por qué. Tal vez soy un tonto... o un

sentimental. La verdad es que Fidel me cayó bien desde la primera vez que le vi. Y también usted, a través de su declaración y los informes que leí sobre el caso.

—¿Por qué regresó? —preguntó Katherina Rudel señalando a Fidel Aznar—. Él debería encontrarse lejos, en su tiempo.

—Tal vez regresó porque la ama a usted. Este hombre posee facultades extraordinarias que ni siquiera somos capaces de adivinar. Es un sensitivo. De alguna forma intuyó que usted se encontraba en grave peligro, y volvió para ayudarla.

—¿Pero cómo puede ayudarme? ¿Acaso él mismo no está prisionero en este instante?

—Ciertamente, sí. Pero esta guerra ya no va a durar mucho. Berlín no resistirá más de dos semanas. En la debacle final, si no les fusilan antes, tal vez encuentren la oportunidad de escapar. La aeronave del Contralmirante Aznar se encuentra en algún punto del mar Báltico, y tenemos un transmisor de radio para comunicar con él. Si esa aeronave viniera a buscarles, o ustedes pudieran llegar hasta ella...

Con gran sorpresa del Coronel, Katherina Rudel movió la cabeza con tristeza.

—Fidel Aznar no puede llevarme consigo en su viaje de regreso. ¡Nunca podré escapar de este mundo!

—¿Por qué no?

—Existe al parecer cierta imposibilidad... Fidel me lo explicó en cierta ocasión, y parece razonable que sea así. Ni usted ni yo podríamos viajar con ellos al Futuro, por la sencilla razón de que nosotros pertenecemos a este tiempo. No existimos todavía en el Futuro.

—Eso es muy discutible, según mi punto de vista. No obstante, si Fidel Aznar lo dijo, debemos creerle a él. Por lógica tiene que saber más que nosotros acerca de tan complicado asunto. Pero si no puede llevarle con él a su mundo, algo tendrá previsto para usted. Tal vez sacarla de Alemania y llevarla en su aeronave a otro país.

—No iré a ninguna parte si no puedo ir con él —aseguró Katherina con firmeza.

Roerich no tomó demasiado en serio la negativa de Katherina. Dijo que iba a acomodarle en otro calabozo y llamó al cabo Hewel para que trajera un colchón y mantas al calabozo contiguo. Se

disculpó ante la muchacha:

—Nuestros calabozos no son muy cómodos, pero al menos estará a salvo de las bombas. El bunker es muy sólido.

—No se preocupe por mí, nunca será peor que la cárcel de Ravensbruck —respondió Katherina con una triste sonrisa.

Roerich la dejó para subir al piso superior y afeitarse antes de comenzar su trabajo cotidiano. Hacia las diez de la mañana le avisaron por teléfono para que subiera al salón de conferencias en la planta baja del Departamento de Defensa.

Mientras subía la escalera del bunker vio a otros colegas que llevaban el mismo camino. Todos habían recibido el mismo aviso, pero nadie sabía de qué se trataba. El “brigadeführer” compareció en la sala de reuniones a tiempo para acallar los alarmistas rumores, en el sentido de que el Alto Mando había perdido toda esperanza de salvar a Berlín y se preparaba para trasladarse a Berchtesgaden.

No se trataba de nada de esto. El “brigadeführer” recordó a los presentes su condición de alemanes y de miembros del partido, su jurada fidelidad al Führer y su deber de defenderte. En resumen, y siguiendo el ejemplo ya iniciado por otras unidades, el “brigadeführer” había decidido formar una unidad de combate con el personal asignado a la Sección VI. Había contado doscientos hombres entre jefes y oficiales, traductores, especialistas de radio, escribientes, cocineros y ordenanzas. Cada hombre seguiría desempeñando sus funciones normales, y el resto del tiempo ocuparía el puesto de combate que le fuera asignado.

En verdad no hubo sorpresa en tal decisión; hacía tiempo que venía diciéndose que, al final, todos tendrían que participar en la defensa de Berlín. Pero, como era lógico, la noticia no fue acogida con entusiasmo.

Durante el resto del día los hombres de la Sección VI fueron encuadrados en secciones, recibieron armas, municiones y bazookas (Panzerfaust) cascos de acero y raciones de combate. El puesto de combate de Edward Roerich quedaba cerca de la puerta de Brandeburgo.

Para Roerich fue una contrariedad, pues a partir de este momento sólo permanecía en el bunker la mitad del día. Cualquier cosa podía ocurrir durante el tiempo que él estuviera ausente; desde

que Aznar intentara la fuga y fuera abatido a tiros, hasta que Schmidbauer decidiera librarse del prisionero ordenándole fusilar. Además estaba la chica. ¿Qué ocurriría si el “brigadeführer” llegaba a enterarse de su presencia en el bunker? Maldijo al “hombre del Futuro” por todas las complicaciones que le estaba creando.

Como si Fidel Aznar hubiera escuchado las quejas de Roerich, aquella misma noche empezó a salir lentamente de su letargo. En su visita de la medianoche al calabozo, Roerich pudo comprobar que habían aumentado sensiblemente tanto la temperatura del cuerpo de Fidel Aznar como el número de pulsaciones de su corazón.

El turno de Roerich debía terminar a las siete de la mañana, de tal suerte que a las ocho pudiera estar en su puesto de combate. A las seis de la mañana volvió a bajar al sótano. Halló a Fidel Aznar tranquilamente sentado en el borde del camastro con una manta echada sobre los hombros.

—¡Vaya, por fin se decidió a regresar! —exclamó Roerich sarcásticamente—. El mundo se hubiese hundido, los rusos habrían llegado hasta el bunker, y usted ni se habría enterado.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Aznar.

—Veintidós de abril. Katherina Rudel está aquí.

—¿Katherina aquí?

Roerich le relató todo lo ocurrido en los días que llevaba en estado inconsciente. De cómo encontraron la maleta con el oro y el transmisor de radio, de su entrevista con el Contralmirante a bordo de la astronave y de cómo había ido a Ravensbruck con una falsa orden de extracción para rescatar a Katherina Rudel antes que se produjera la evacuación del campamento. Volviendo sobre la muchacha, Roerich dijo:

—La chica quiere ir con usted a su dimensión, pero al parecer existe alguna dificultad. ¿Es verdad eso?

—Técnicamente no existe ningún problema. Katherina sería desintegrada en la máquina Karendón que tenemos a bordo de la astronave, y sus componentes físicos quedarían grabados en un código especial sobre una lámina de oro. La cinta viajaría con la astronave de regreso a nuestra dimensión, pero ya a partir de este punto nada hay seguro. Fácilmente podría ocurrir que la astronave no encontrara las coordenadas donde se encontrará la Tierra en el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno. Pero incluso si la

nave llegara allá, sólo tenemos garantías respecto a una cosa. La Karendón reconstruiría a Katherina y su cuerpo aparecería en la cápsula de restitución de la máquina. Pero a menos que su alma la hubiese acompañado a través del Tiempo, el cuerpo que aparecería allá sería el de una Katherina Rudel sin vida, es decir, un cadáver. —Fidel Aznar miró fijamente a Roerich e interpretando el pensamiento de éste dijo—: Lo mismo ocurriría con usted.

La frente del “standartenführer” se cubrió de rubor pues hasta este momento ni él mismo se había confesado que le gustaría acompañar a los Aznar hasta aquel mundo del año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno.

—Es curioso —dijo Roerich—. ¿Cuánto tiempo invertirá su astronave en recorrer la distancia entre este punto y el lugar del espacio donde se encontrará la Tierra dentro de veintitrés mil setecientos seis años?

—Unos cuatro meses. Pero la distancia recorrida en kilómetros no cuenta en este caso. Ustedes no viajarán cuatro meses, sino veintitrés mil setecientos seis años, que es la diferencia entre su tiempo actual y el nuestro.

—Supongamos que aceptamos el riesgo. ¿Nos llevarían en su astronave?

—Hace algún tiempo también Katherina me pidió que la llevara conmigo. Me negué. Sin embargo hoy soy de otra opinión. Continuamente me preguntó cuál es el sentido real de nuestra venida a esta dimensión del Tiempo. Si el Pasado y el Futuro existen en un mismo plano, esta incursión nuestra en el Pasado es absolutamente real; es decir, en mil novecientos cuarenta y cinco, una astronave tripulada por los hermanos Aznar y el Sargento Alvarado llegaron a Alemania. Aunque su presencia no alteró en lo esencial el curso histórico de los acontecimientos, la vida de aquellas personas con las cuales se relacionaron si resultó afectada de algún modo. Fidel Aznar salvó algunas vidas después del bombardeo de Dresde. Hans Rudel murió ejecutado por habernos prestado su ayuda. ¿Qué significa todo esto? ¿Es posible entonces que una o dos personas, usted y Katherina Rudel, estuvieran predestinadas a dar ese salto increíble desde el año mil novecientos cuarenta y cinco al veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno? ¿O por el contrario, hubo una predestinación para que ustedes

murieran en el intento fracasado de dar ese salto? ¡En verdad no lo sé!

—¿Quiere decir que si su novia le pide ahora que la lleve consigo, usted no se negará? —preguntó Roerich.

—He vuelto para traerla conmigo. O al menos para intentarlo. No sé si con ello la empujo a la muerte o la voy a salvar. ¡Créame que esta duda me atormenta noche y día! ¿Cómo saber si yerro o acierto?

—Pero usted tiene dotes de clarividente. ¿O es que pese a todo no es capaz de vaticinar el futuro de su novia?

—El vaticinio es una de las artes más difíciles, a tal punto que no existe la infalibilidad. Podemos acertar hasta en un ochenta por ciento de los casos, y equivocarnos en otro veinte por ciento. Si las probabilidades de acierto fueran del noventa y nueve por ciento, ese uno por ciento de margen de error bastaría para aceptar con reservas cualquier previsión de futuro. ¡Figúrese si yo fuera capaz de adivinarlo todo! Sería como Dios. Pero nadie es como Dios, sólo a Él le cabe la facultad de conocer nuestro futuro. Respecto a Katherina, tengo el presentimiento de que no llegará con vida a mi dimensión. Es por eso que no le pediré que venga conmigo. Pero si ella me lo pide lo consentiré. ¡Quién sabe si no estoy equivocado!

—¿Y respecto a mí, qué le dicen sus facultades de clarividente? —preguntó Roerich. Pero antes que Aznar contestara levantó la mano y se echó a reír—. ¡No me lo diga! Prefiero ser sorprendido.

—Un vaticinio no se formula así como así, Coronel —dijo Fidel Aznar sonriendo—. Si logramos escapar aceptaré llevarle a bordo de nuestra nave y le desintegraremos. Pero no le diré nada acerca de lo que presumiblemente va a ocurrir. Es más, yo mismo prefiero ignorarlo.

Edward Roerich abandonó el calabozo muy animado.

## CAPÍTULO IX

**T**ales, convergiendo sobre la capital de Reich, por el norte y el este. Al oeste de Berlín, el único pasillo de escape, por donde huían atropelladamente los fugitivos de la ciudad, estaba amenazado de ser cortado de un momento a otro. La artillería rusa dominaba totalmente esta vía de escape, haciéndola impracticable durante el día. En la oscuridad de la noche, miles de berlineses y evacuados de otras zonas del este de Alemania, trataban de escapar cruzando un terreno batido por los proyectiles.

Los artilleros rusos no tenían siquiera que apuntar. Disparaban al buen tuntún contra la oscuridad, y siempre obtenían víctimas. La línea del frente era tan imprecisa, que los que huían de los rusos iban frecuentemente a caer entre las patrullas de éstos.

Eran tales las atrocidades que se contaban acerca del trato dispensado por los rusos a la población civil de las zonas conquistadas, que ya la máxima esperanza de los fugitivos alemanes era caer prisioneros de los americanos y los ingleses, o encontrarse en la zona que éstos ocuparían cuando sobreviniera la inevitable rendición de Alemania.

Incluso los generales alemanes participaban de este sentir no confesado. Resistían tenazmente en el este esperando que los americanos llegaran hasta tocarles la espalda. Pero a pesar de todas las facilidades ofrecidas por los generales alemanes, la toma de Berlín no entraba en los planes de los americanos.

En la mañana del veintidós de abril, el rugido de los cañones era ya perceptible desde la puerta de Brandeburgo, donde el Coronel Roerich acababa de reunirse con sus bisoños soldados. Mil quinientos muchachos de las Juventudes Hitlerianas llegaron en correcta formación. Eran niños de trece y catorce años, a la mayoría de los cuales les caía sobre los ojos la visera del casco, demasiado

grande para sus jóvenes cabezas.

El corazón de Roerich se llenó de tristeza pensando en estos niños marcados por el signo de una inútil guerra, y al mismo tiempo sintió indignación contra los jefes nazis que los conducían al matadero. Mañana tal vez, quizá de forma inesperada, se anunciara la rendición de Alemania y el fin de la guerra. Para los muchachos que cayeran entre hoy y mañana, su sacrificio tendría un sentido sarcástico. ¡Morir en plena juventud a sólo unas horas de la proclamación de la paz!

Hacia el mediodía llegó una orden de marchar hacia el sur, hacia el aeródromo de Tempelhof. Mientras la tropa atravesaba las calles cubiertas de ruinas llegaron los aviones aliados y empezaron a soltar sus bombas. Se rompió la formación y cada uno corrió por un lado en busca de protección.

Mientras estaba agazapado detrás de un muro de ladrillos en ruinas, Edward Roerich vio un reguero de bombas que iban cayendo a pocos metros una de otra a todo lo largo de la calle. Los adoquines arrancados del pavimento volaban como proyectiles en todas direcciones, y una cañería de la red principal empezó a echar agua en forma de rugiente “geiser”. Una casa de pisos fue alcanzada de lleno. Saltó la techumbre y al mismo tiempo salieron arrancadas las ventanas con sus marcos, las persianas y las puertas. Las paredes se combaron hacia afuera, y todo el edificio se derrumbó verticalmente en medio de una nube de polvo.

Cuando pasaron los aviones los soldados salieron de sus escondrijos y se reunieron de nuevo en la calle cubierta de embudos, para continuar su marcha hacia las afueras de la ciudad.

Los proyectiles de la artillería gruesa rusa alcanzaban ya los suburbios de Berlín y caían dentro del aeródromo, de tal suerte que habría sido temerario para cualquier avión intentar tomar tierra en él. Los hombres de la Sección VI fueron enviados a cavar trincheras y levantar obstáculos antitanque, operación en la que tomaban parte millares de ancianos berlineses de 65 y 70 años. Roerich pensó en su anciano padre, que vivía en Munich.

A la caída de la tarde, hambrientos y con las manos cubiertas de ampollas, los hombres de la Sección VI fueron devueltos en camiones a la puerta de Brandeburgo, desde donde se dirigieron a pie a su cuartel.

Bajo las difusas luces del crepúsculo la ciudad adquiría una apariencia fantasmal con aquellos lienzos de muros medio derruidos, conservando los huecos de las ventanas, a través de los cuales se veía el cielo teñido de añil, y aquellas calles solitarias con los adoquines levantados por las bombas, llenas de vehículos destrozados y montones de ladrillos polvorientos.

Había lugares donde se podía andar por el centro de la calle sin obstáculo alguno que se interpusiera ante la vista en manzanas enteras. Excepto los postes de teléfonos recientemente reparados, todo alrededor eran escombros y desolación; un paisaje dantesco formado de montañas de cascotes y puntas de vigas asomando aquí y allá.

Mientras iba andando hacia su cuartel, Edward Roerich se preguntaba en razón de qué adverso destino había llegado Alemania a esta situación. Posiblemente Fidel Aznar tuviera razón y el Futuro estuviera ya irreversiblemente escrito en el libro de la predestinación. Tal debía ser el caso de Alemania. ¿Acaso la tenacidad, el valor y el sacrificio del pueblo alemán no eran merecedores de la victoria? Sin embargo Alemania estaba condenada a ser vencida. ¿Ocurría así por sus errores, o simplemente porque estaba fatalmente predestinada a ser destruida, aplastada y dividida?

Cuando llegó al Departamento de Defensa, antes de comer, bajó hasta lo más hondo del bunker hasta ver a los prisioneros. Encontró reforzada la guardia en la escalera del sótano, y se sorprendió de ver el corredor nuevamente lleno de agua. Habían cambiado al personal de servicio y era el Sargento Zenkl, un checo de rostro brutal, quien manejaba la manguera lanzando un chorro de agua por el ventano de la puerta de Fidel Aznar.

—¿Quién le ordenó hacer esto? —preguntó Roerich.

—El preso no debe dormir. Es orden del “brigadeführer”.

—Retire la manguera y váyase.

El Sargento cerró el grifo y se alejó. Roerich descorrió el cerrojo y entró en el calabozo.

Desnudo, a excepción del taparrabos, mojado de arriba abajo, Fidel Aznar estaba estoicamente sentado sobre las piernas cruzadas.

—Lo siento —dijo Roerich—. Estaba seguro de que Schmidbauer había renunciado a presionarle. No sé nada del asunto, estuve

ausente del bunker todo el día.

—No se preocupe por mí —sonrió Fidel Aznar—. En el peor de los casos, esto no durará más tiempo del que tarde en caer Berlín.

—Y eso no va a tardar mucho —agregó Roerich—. Estamos prácticamente cercados, sólo queda un corredor de pocos Kilómetros de anchura al oeste de la ciudad, y los rusos presionan sobre él. Si existe alguna probabilidad de escapar tendrán que aprovecharla esta misma noche. Mañana puede ser tarde.

—Pero usted no piensa venir con nosotros —dijo Aznar en tono acusador—. ¿Por qué?

—Si ha podido adivinar eso en mi pensamiento, también podrá leer los motivos. No puedo escapar con ustedes sin convertirme en desertor. Presté juramento de fidelidad al Führer, y él ha decidido permanecer en Berlín hasta el último momento.

—¡Pero usted sabe que ésa es una fidelidad equivocada! No hay razón para sentirse ligado a algo en lo que ha dejado de creer.

—Ya es demasiado tarde para enmendar errores. Estuve con la ideología del Partido mientras todo fue bien. Si desertara ahora me sentiría como una rata que abandona el barco al presentir la inminencia del naufragio. Los que hemos viajado en ese barco debemos hundirnos con él. No les acompañaré, pero les ayudaré a escapar.

—Y le fusilarán por habernos facilitado la fuga —dijo Fidel Aznar enojado—. Olvide eso, no aceptaré su inútil sacrificio. Inútil porque tenemos otros medios para escapar.

—¿Espera que los rusos sean más comprensivos que los alemanes, y le permitan marcharse tranquilamente después de escuchar su increíble historia? —preguntó Roerich—. ¿O se arriesgará su hermano a acudir con su gigantesca aeronave, aterrizando en el Tiergarten para rescatarle delante de los cañones de los tanques soviéticos?

—Si es necesario acudirá a rescatarnos con la astronave. ¿Quién podría impedirlo? Todos los cañones del Ejército Soviético, disparando a la misma vez contra nuestra astronave, no arañarían siquiera su coraza de tres metros de espesor. Lo importante es que usted conserve el transmisor de radio para indicar a Miguel Ángel el lugar donde podrá encontrarnos.

Edward Roerich meditó sobre las palabras de Aznar. Bien

mirado, si la astronave podía llegar hasta el mismo Berlín, no había necesidad de correr mayores riesgos. Fidel Aznar y Katherina Rudel no tendrían que viajar hasta Lubeck en mitad del caos que sufrían las comunicaciones alemanas, bajo la amenaza de los bombardeos aéreos y a riesgo de los americanos ocuparan la costa del Báltico antes de su llegada, con lo cual aumentarían sus dificultades para reunirse con el Contralmirante en medio del mar.

—Espero que sepa lo que hace —gruñó Roerich, aunque alegrándose en su fuero interno de la decisión de Fidel—. Trataré de hacerme con el transmisor de radio. Más tarde le traeré algo de comida.

Roerich abandonó la celda cerrando la puerta. Se detuvo ante el calabozo de Katherina Rudel y atisbó por el ventano.

La muchacha le reconoció y acudió.

—¿Cómo van esos ánimos? ¿Habló con Fidel? —le preguntó.

—No nos permiten hablar de celda a celda —respondió la muchacha—. Pero Fidel me habla con el pensamiento, y yo le contesto de igual forma.

—¿Cómo se las arreglan para charlar de ese modo?

—¡Oh, yo no tengo que hacer nada! Todo es obra de Fidel. Sé que él recibe mis pensamientos. Y a mi vez siento el suyo como si me hablara al oído. Es una sensación extraña y reconfortante.

Edward Roerich abandonó el sótano sacudiendo la cabeza.

En la escalera se encontró con Zenkl, quien le informó que el “brigadeführer” le esperaba en su despacho. Roerich siguió hasta la oficina del General, quien le recibió con torva expresión.

—Creo que hay unas cuantas cosas que usted desea explicarme, Coronel —dijo el “brigadeführer”—. Por ejemplo, cómo vino a parar aquí esa muchacha. Se trata de Katherina Rudel, sin duda.

Por supuesto, Schmidbauer sabía de fijo quién era la nueva huésped del sótano.

—Fui a buscar a la chica a Ravensbruck. Usted no se encontraba en el bunker y tuve que decidir por mí mismo al saber que iban a proceder a la evacuación de los campos de concentración que estaban en el camino que los rusos seguían en su avance sobre la ciudad.

—¿Quién le dio esa información?

—El “standartenführer” Smitch. Siempre tuve la impresión de

que si Aznar era nuestro prisionero, lo era por propia voluntad. En otras palabras, Aznar pudo haberse escapado la misma noche que yo le encerré, y luego en cualquier momento si hubiese querido hacerlo. Tan seguro estaba de ello que en cuanto le tuve en la celda le ordené desnudarse. Pensé que si se fugaba en cueros, llamaría tan poderosamente la atención de quien le viera que no podría llegar lejos.

—No diga tonterías, Roerich. ¿Cómo iba a poder escapar a través de una puerta de acero, con un guardián en el pasillo, un cuerpo de guardia a la salida del bunker, y un cinturón de centinelas rodeando el exterior del edificio?

—No olvide que estamos ante un hombre de facultades extraordinarias. ¿Recuerda como escapó de la granja de los Rudel?

—El Teniente que fue a buscarle dijo que se había esfumado en el aire. Tanto el oficial como los soldados tenían que estar borrachos por fuerza.

—No estaban borrachos, la cosa ocurrió tal como ellos la contaron. Aznar se desmaterializó y huyó pasando a través de la pared.

—¡Usted está loco! ¡Nadie puede hacer eso!

—Aznar puede. Nos hizo esa misma jugarreta aquí, el día que le interrogábamos. Aznar tenía las muñecas y los tobillos amarrados con alambres. Había estado aguantando una corriente eléctrica capaz de derribar un buey, cuando Smitch le tocó y sufrió una sacudida. En ese momento se apagaron las luces, y al encenderse de nuevo Aznar había desaparecido. Dos soldados obstruían la única puerta de salida, pero Aznar no les empujó. Mientras se le buscaba por todo el refugio regresé al calabozo guiado por un presentimiento. La puerta estaba cerrada por fuera. ¡Aznar estaba en la celda y todavía conservaba los alambres que le impedían mover las manos y los pies! ¿Cómo pudo llegar hasta allí?

—No me lo pregunte a mí —refunfuñó el “brigadeführer” de mal talante—. Pero explíqueme por qué trajo a esa chica aquí.

—Me preguntaba cuál era la razón para que Aznar no intentara escapar, y se me ocurrió una respuesta. Aznar no escaparía mientras Katherina Rudel estuviera presa en Ravensbruck. No esperaba convencer a los guardianes de Ravensbruck para que la dejaran en libertad, ni él podía sacarla de allí. Porque aunque él pueda pasar a

través de muros y alambradas, y entrar y salir donde le plazca, la chica no podría seguirle por tan insólito camino. Aznar, sencillamente, esperaba negociar la libertad de su novia con nosotros, o confiaba en que los acontecimientos se movieran a su favor. Ahora bien, si la chica hubiese sido evacuada de Ravensbruck con las demás mujeres, Aznar no habría sabido donde encontrarla. Entonces no hubiese continuado en nuestro bunker, no había razón para que esperara más aquí. Y se habría largado. Pero si tenemos aquí a la chica él nunca intentará escapar solo. No la dejaría abandonada a su suerte, después de haber corrido un grave peligro para venir a buscarla. ¿No lo cree usted así?

El “brigadeführer” tuvo que admitir que la idea era buena. Lo que le irritaba era que sus subordinados tomaran decisiones por cuenta propia sin haberle consultado. Roerich demostró que había tenido ocasión de comunicarle lo hecho, debido que raramente podía encontrársele en el bunker. Pasando rápidamente por esta crítica, Roerich mostró su extrañeza de que siguiera torturando a Aznar.

—Él ha vuelto en sí de su letargo y vamos a aprovechar para presionarle —repuso Schmidbauer—. ¿Quién sabe si al final no cederá?

—Aunque la voluntad de Fidel se derrumbara y le suplicara de rodillas a su hermano, el Contralmirante Aznar jamás accedería a nuestras pretensiones.

—¡Pues si él no cede, tampoco cederemos nosotros! —rugió el “brigadeführer” en súbito estallido de cólera—. Ellos tienen el arma que todavía podría proporcionarnos una paz honrosa, incluso la victoria. ¿Ese estúpido Contralmirante se niega a negociar con nosotros? ¡Pues su hermano morirá en Alemania! ¡Se lo juro, Roerich! ¡Lo último que yo haga, antes de suicidarme, será pegarle un tiro a Fidel Aznar! ¡Y si no puedo hacerlo por mí mismo, daré instrucciones para que alguien lo haga por mí!

Roerich abandonó el despacho del “brigadeführer” lleno de preocupación. Siguiendo el ejemplo del propio Hitler, muchos altos jefes nazis adoptaban una actitud wagneriana frente al inminente fin. Todos estaban dispuestos a luchar hasta el último aliento. Luego se suicidarían. El mundo presenciaría atónito el último acto de valor de unos hombres de espíritu indomable. Si Alemania era vencida, lo

que ocurriera después de la derrota no merecía la pena de ser vivido.

\* \* \*

Al amanecer del 27 de abril Berlín se hallaba totalmente rodeado y los últimos aeródromos —Gatow y Tempelhof— cayeron en poder de los rusos. Los proyectiles de la artillería soviética alcanzaban ya la Cancillería del Reich, en cuyo bunker el Führer todavía impartía órdenes a un Ejército inexistente.

La lucha alrededor de Tempelhof había durado todo un día y dos noches, y en ella había perdido la vida más de la mitad de los hombres de la Sección VI. Con las primeras luces del alba el Coronel Roerich se retiró con sus hombres hasta las ruinas de una barriada de viviendas modernas, donde había sido trasladada una batería de piezas antiaéreas del 88, el arma temida por los tanques rusos y americanos. Habían entregado al grupo de Roerich buen número de “panzerfaust” (fusiles antitanque) que hubieran estado mejor aprovechados en otras manos más expertas. Pero en las circunstancias actuales el Alto Mando utilizaba todo lo que tenía. Junto a la Compañía de Roerich luchaba un grupo de chicos de las Juventudes Hitlerianas.

Quedaba un ancho espacio despejado entre las casas y el aeródromo y los tanques rusos atacaron a través de este terreno, exponiéndose al fuego directo de las implacables piezas de 88.

La batalla fue muy dura y en ella los hombres de la Sección VI tuvieron ocasión de aprender a manejar los “panzerfaust”. Más de cincuenta tanques quedaron humeando sobre el terreno con sus tripulaciones pegadas a las planchas calientes. Un horrible olor a carne socarrada invadía todo.

Con la oscuridad de la noche una nueva oleada de tanques se lanzó a la carga sobre las posiciones tan bravamente defendidas durante todo el día, y la línea cayó. Edward Roerich salió de aquel infierno con una esquirla de metralla en un muslo, lo cual no fue impedimento para correr hasta el sótano de una casa en ruinas que estaba más atrás, donde encontró al soldado Brandel, de su misma Compañía.

Roto de fatiga, hambriento y furioso, el Coronel se desentendió

del ruido de los cañones y el crepitar de las ametralladoras y durmió hasta la una de la madrugada, cuando le despertó Brandel.

—La cosa se pone fea, mi Coronel —dijo el soldado—. Creo que hemos sido rebasados por el avance del enemigo.

Se deslizaron hasta la salida del sótano. Al asomar a la calle, a la luz de un tanque que estaba ardiendo, vieron dos rusos que cruzaban agazapados portando sus inconfundibles ametralladoras de tambor. Venían hacia el escondrijo de Roerich. Los dos rusos se metieron por sí solos en la trampa. Roerich y Brandel dispararon al mismo tiempo sus metralletas y los dos hombres quedaron tendidos entre los escombros.

En adelante la batalla de Berlín iba a librarse de este modo: calle por calle, casa por casa, en una lucha traicionera donde a la vuelta de cada esquina podía encontrarse uno cara a cara con el enemigo.

Deslizándose en la oscuridad entre los montones de ruinas los dos alemanes iban en busca de las líneas propias cuando empezaron a caer granadas de artillería por todos lados. Fue un bombardeo terrible, tan violento y tan prolongado que parecía no iba a acabar nunca. Hasta que los artilleros pararon el fuego para levantar el ángulo de tiro. Cuando Roerich fue a buscar al soldado Brandel lo encontró muerto de bruces entre los escombros de un muro que le había caído encima.

Tomando el arma y las municiones del muerto, Roerich salió como pudo de allí. Al amanecer se reunió con el Sargento Singler y un grupo de hombres de la Sección VI que estaban descansando en una esquina.

—Volvamos al Cuartel —dijo Roerich—. Al menos allí encontraremos algo de comer.

En aquella mañana del 28 de abril, el Grupo de Ejército Vístula estaba casi totalmente desarticulado y sus jefes se hallaban al borde de la rebelión declarada. Aquello ya no era una fuerza militar, sino una multitud de soldados desesperados y exhaustos que trataban por todos los medios de huir, mezclados con los civiles, hacia la relativa seguridad del Ejército de Wenck, al cual esperaban inútilmente los berlineses desde hacía días para ser liberados. Todos trataban de huir de los rusos y su intención era rendirse a los angloamericanos.

La degradación de la jerarquía militar se hacía evidente también

en el bunker antiaéreo del Departamento de Defensa. Los inferiores respondían de mala manera a los oficiales, como si la inminencia del fin de la guerra igualara a todos en la catástrofe. Alguien había saqueado la despensa, pues según los rumores habían caído en manos de los rusos los últimos depósitos de alimentos y municiones.

Apenas quedaban un par de traductores atendiendo la radio. En ausencia del “brigadeführer”, siendo en aquel momento el jefe de mayor graduación en el bunker, entregaron a Roerich un despacho de la “Associated Press” emitido por una emisora norteamericana:

“Alemania se ha rendido a los Gobiernos aliados incondicionalmente, y se espera un anuncio de un momento a otro, según informa hoy un alto funcionario americano”.

La noticia originó el consiguiente revuelo en el bunker. Mientras unos lloraban de vergüenza y de rabia, otros se preparaban para abandonarlo todo y regresar a sus casas, y unos cuantos fueron a la cocina a buscar algunas botellas de vino para celebrar el fin de aquella larga pesadilla. En general se experimentaba como cierta relajación nerviosa. Los oficiales reían y hablaban con los soldados y todos parecían amigos.

Pero esta atmósfera de alegría sólo duró hasta que el “brigadeführer” se presentó intempestivamente en el bunker y se puso a gritar y maldecir. Roerich le mostró el despacho, que el General leyó y rompió en pedazos.

—¡No existe tal rendición, es sólo una traición de ese miserable Himmler! Conozco la noticia, vengo ahora de la Cancillería. La guerra continúa por voluntad expresa del Führer. Ni un distrito, ni una sola ciudad debe rendirse. ¡Y ahora, vuelvan todos a sus puestos!

Mientras el grupo se dispersaba cabizbajo Schmidbauer hizo seña a Roerich para que le siguiera a su despacho. Allí se expresó de forma distinta a como lo había hecho en presencia de su gente. Schmidbauer estaba desolado. Había encontrado en el bunker de Hitler una atmósfera “como de muerte”. El Führer había declarado que se había quedado en Berlín, eligiendo voluntariamente la muerte, en un momento en que creía que su posición de Führer y de Canciller no podían sostenerse por más tiempo.

—Nos exhortó a que diéramos un perfecto ejemplo de fidelidad en el cumplimiento de nuestro deber hasta el momento de la

muerte. Roerich, ¿qué piensa hacer usted? ¿Cree de verdad que es preciso morir?

—Estamos ligados al Führer por nuestro juramento de fidelidad. No obstante, cuando él muera, podremos considerarnos libres de toda obligación —contestó Roerich.

En este momento comenzaron a caer las bombas sobre el edificio. Pese a la solidez del bunker todo vibraba y temblaba como sacudido por un terremoto. El bombardeo duró doce minutos, sufriendo grandes daños el edificio. Una bomba desenterró la cañería maestra, quedando interrumpido el suministro de agua potable. La alta antena de la radio se derrumbó sobre el tejado. Sin embargo, el sistema de ventilación seguía funcionando y nunca faltó la luz eléctrica, gracias al equipo electrógeno Diesel que funcionaba en el sótano.

Con el pretexto de comprobar los daños causados por el bombardeo, Edward Roerich se dirigió al departamento de radio, se apoderó del pequeño transmisor de Fidel Aznar y lo escondió en un armario que cerró con llave. A continuación bajó hasta los calabozos. La guardia había sido retirada o tal vez desertó. No encontró a nadie, pero tampoco pudo abrir la puerta de la celda de Aznar, por estar cerrado el candado.

—Acérquese —dijo a Fidel. Éste se acercó y el Coronel introdujo por entre los barrotes del ventano una pistola—. Tome el arma, puede hacerle falta.

—No la quiero —rechazó Fidel Aznar.

—Tómela. Las cosas van de mal en peor y tal vez yo no esté aquí para ayudarles cuando llegue el momento. Schmidbauer ha prometido pegarle un tiro. Lo hará personalmente o bien ordenará a otro que lo haga.

—No. Nunca he usado un arma contra nadie. Si Schmidbauer viniera contra mí pistola en mano, ni siquiera sería capaz de dispararle. ¡No puedo hacerlo!

Roerich apenas podía creer lo que oía. ¿Se dejaría matar este estúpido sin intentar defenderse siquiera?

—Coronel —llamó Katherina Rudel. Roerich acudió junto al ventano de la celda contigua. La chica dijo entonces—: Deme la pistola. Yo sí seré capaz de disparar si llega el caso.

—No comprendo la actitud de Fidel. ¡Un hombre tan fuerte y se

comporta como un cobarde!

—No es cobardía —rechazó Katherina—. Su religión se lo prohíbe. Es un monje Bundo, un bartpurano. Los bartpuranos no matan.

Roerich quedó mudo por la sorpresa. Se escuchaban pasos en la escalera. La pistola desapareció rápidamente por entre los barrotes y el Coronel murmuró:

—Ya me explicarán mejor todo eso en otra ocasión.

Era el sombrío Zenkl.

—¿Dónde estaba usted? ¿Por qué abandonó la guardia? —le reprendió Roerich.

—Oí ruido arriba y subí a ver qué pasaba. Dijeron que la guerra había terminado —balbuceó el checo, cuyo aliento olía a vino.

—¡La guerra no ha terminado! No vuelva a abandonar su puesto —gritó el Coronel.

Zenkl le saludó haciendo sonar los tacones.

## CAPÍTULO X

**L**a pequeña enfermería de los bunkers había convertido en puesto de combate. El bombardeo causaba entre los soldados y civiles de los alrededores. El médico de la enfermería extrajo aquella tarde la metralla de la pierna de Roerich. La herida estaba infectada y la hinchazón obligada a cojear al Coronel.

La mayor parte de los hombres habían regresado a sus puestos de combate, después de haberse roto la normalidad de los turnos preestablecidos. Mientras el “brigadeführer” se dirigía a la Cancillería para inquirir nuevas noticias, Roerich dirigió los trabajos de instalación de una antena supletoria en el tejado del dañado edificio.

Por extraño que pareciera había gran interés en todos por seguir escuchando las emisiones de radio extranjeras. Gracias a la BBC y Radio París, los berlineses podían seguir la progresión de los avances rusos que cercaban la ciudad. Era curioso que las operaciones militares que tenían lugar a un kilómetro de distancia fueran conocidas por la voz de un locutor que se encontraba a mil kilómetros de Berlín.

La artillería siguió bombardeando la ciudad durante la tarde. A la caída de la noche los incendios brillaban en una extensión de cuatro o cinco kilómetros cuadrados, ofreciendo un espectáculo tan bello como aterrador. Durante la noche llegaron los aviones y descargaron más bombas. La artillería rusa continuó ininterrumpidamente su bombardeo.

Hacia la medianoche Roerich bajó a la sección de radio, se encerró en el pequeño taller y sacó del escondrijo el transmisor. En la astronave debían estar a la escucha, pues al segundo intento recibió inmediata respuesta del Contralmirante Aznar.

El diálogo fue breve:

—Habla el Coronel, escuche. ¿Dónde está usted ahora?

—Lo siento, no puedo decirlo.

—No importa. En cualquier parte que esté, acuda con su aparato a Berlín. Estamos cercados. La única forma de rescatar a su hermano es viniendo ustedes a buscarle. Será mañana noche, o la noche siguiente a lo más tardar. Les resultará difícil encontrar el lugar de aterrizaje en la oscuridad. Intentaremos orientarles haciendo señales con un foco eléctrico o una linterna. Supongo que tendrán alguna señal convenida entre usted y su hermano.

—Es posible. Como es posible que esto sea una trampa. Pero acudiremos de todos modos. Mañana noche a partir de las doce, o la noche siguiente a la misma hora. Si es una trampa se arrepentirán, se lo aseguro.

—Entendido, corto —respondió Roerich dando fin a la transmisión.

No había citado nombres ni especificado lugar geográfico, excepto la palabra BERLÍN. Escondió el transmisor y se fue a dormir.

En la mañana del veintinueve de abril, el “standartenführer” Roerich se dirigía a su puesto de combate en la puerta de Brandeburgo. En aquel momento los “Spitfires” ingleses se dedicaban a arrasar las incendiadas ruinas de Berlín. Los edificios bombardeados ardían sin que ya nadie se molestara en acudir a apagar el fuego. En el aire flotaba un ambiente de muerte. Era casi imposible avanzar por las calles llenas de escombros y de restos de vehículos destrozados. Febril a causa de la herida infectada, Edward Roerich tenía la sensación de vivir una pesadilla, como si el hombre que se movía entre las ruinas y los cadáveres no fuera él mismo, sino su propia y escuálida sombra.

Mediada la mañana las fuerzas rusas avanzaban sobre la Chancillería desde tres puntos distintos; por el este, el sur y el norte. El círculo existente alrededor de la agonizante ciudad se estrechó aún más cuando las tropas soviéticas ocuparon el parque zoológico. Los aviones volvieron a bombardear Berlín, pero las gentes ya ni siquiera corrían a los refugios. Se quedaban en mitad de la calle mirando a lo alto a ver lo que ocurría. Repetidamente Roerich tuvo la impresión de encontrarse en una ciudad poblada de fantasmas, donde todos estaban muertos. Los que no lo estaban esperaban

estarlo en cualquier momento.

Al anochecer brillaban los incendios en toda la ciudad. Las fuerzas rusas avanzaban hacia el Tiergarten y los soldados alemanes que todavía disparaban tenían el convencimiento de que no existía en el mundo fuerza capaz de parar al enemigo.

Hambriento y desfallecido de cansancio Edward Roerich se dirigió entre las ruinas y el estallido de las granadas en dirección al Departamento de Defensa. El edificio había recibido nuevos impactos durante el día y estaba prácticamente en ruinas. Se vio obligado a dar la vuelta por la parte de atrás para encontrar la puerta de escape que conducía al bunker.

La guardia había desaparecido, los soldados o se fueron a combatir o desertaron. Encontró el primer piso lleno de humo debido a que alguien había andado por allí quemando papeles y documentos comprometedores. El sistema de ventilación funcionaba deficientemente y el humo se había depositado en el sótano.

Temiendo por los prisioneros, Roerich echó a correr escaleras abajo. El motor Diesel estaba funcionando todavía sin nadie que lo atendiera, pero el sótano no estaba totalmente abandonado. Allí se encontraba Zenkl tratando de hacer andar a uno de los extractores.

—Deme las llaves, hay que sacar de aquí a los prisioneros antes que se asfixien —le dijo Roerich.

—¿Qué importa si mueren asfixiados? El “brigadeführer” me ordenó matarlos antes de abandonar el bunker —contestó Zenkl.

—Bien, ha llegado la hora de abandonar —dijo Roerich—. Los rusos no tardarán en llegar, márchese.

—¿Marcharme, dónde?

—El Ejército de Wenck sigue luchando, aunque se ha perdido toda esperanza de que pueda romper el cerco. Todavía hay posibilidades para los grupos pequeños. Mucha gente está pasando al otro lado durante la noche.

—¿Usted va a intentar pasar? —preguntó Zenkl.

—Mi caso es distinto. Debo permanecer aquí y defender al Führer hasta el último aliento —mintió Roerich cínicamente.

—Bien, vamos a terminar el trabajo aquí —dijo Zenkl. Entró en el pequeño cuarto donde estaba el teléfono y sacó las llaves de un cajón. A continuación tomó la metralleta y se guardó algunos cargadores en los anchos bolsillos de su guerrera de combate.

—Zenkl, no pierda el tiempo y váyase. Yo me encargo de los prisioneros —dijo Roerich.

—El “brigadeführer” me mandó matarlos. Fue una orden personal, debo hacerlo yo mismo.

Edward Roerich levantó el cañón de su ametralladora STEN. A partir de este acto sus intenciones quedaron claras, y Zenkl leyó su determinación en el brillo febril de los ojos.

—Ya basta, Zenkl —dijo el Coronel irritado—. Olvide a los prisioneros y márchese. Es su última oportunidad.

Zenkl le entregó las llaves y se dirigió hacia la escalera seguido del cañón del arma de Roerich. Cuando las perneras de los pantalones de Zenkl desaparecieron en la escalera, Roerich retrocedió de espaldas a lo largo del corredor hacia las celdas de los prisioneros.

Abrió primero la puerta de la muchacha. Katherina Rudel salió al pasillo y esperó impaciente mientras el Coronel introducía la llave y abría la puerta a Fidel Aznar. Katherina dejó escapar un sollozo de alegría y fue a abrazarse a Aznar. La pareja se estaba besando cuando de pronto empezó a crepitar una ametralladora en el extremo del corredor. Roerich lanzó una maldición simultáneamente con una quemadura que sintió en el brazo izquierdo.

Casi todas las balas se estrellaron contra la sólida puerta del calabozo de Katherina Rudel, que era de acero y abría hacia afuera.

La solidez de la puerta y su posición en forma de pantalla fueron providenciales, pues de otro modo los dos hombres y la mujer habrían quedado muertos.

Roerich se volvió y vio al soldado Zenkl al pie de la escalera empuñando la metralleta a la altura de la cadera. Zenkl parecía tener ciertas dificultades con su arma, pero Roerich no lo consideró una ventaja. Disparó una ráfaga con su ametralladora y Zenkl rodó por el suelo echando sangre por la boca.

—Salgamos de aquí —dijo Roerich irritado.

Se detuvo en la casilla del guardián para buscar la ropa y los zapatos de Fidel Aznar. Mientras éste se vestía tomó una linterna eléctrica de gran potencia y se adelantó por la escalera para explorar el camino. Poco después Fidel y Katherina se le reunían en el exterior del edificio.

La noche, sobre la sacrificada ciudad, estaba iluminada por el rojo fulgor de los incendios y las tensas barras luminiscentes de los reflectores. Los rusos se servían de estos reflectores para dirigir el fuego de su artillería en la oscuridad. Los alemanes también utilizaban algunos proyectores para indicar a sus aviones de transporte los lugares donde debían arrojar los envíos de municiones y víveres. Desde hacía tres días los defensores eran abastecidos por el aire. La mayoría de los suministros se perdían entre el confuso montón de ruinas.

Había un intenso fuego de artillería sobre la zona de Tiergarten, y sonaban disparos y explosiones de granadas cerca del Departamento de Defensa. Roerich pensó que sería un verdadero milagro si el Contralmirante Aznar lograba localizarles en mitad de aquel caos. Fidel le pidió la linterna y se la entregó.

Fidel Aznar cruzó la calle cubierta de escombros y se dirigió a un montón de ruinas. Katherina dudó unos instantes y luego le siguió. Roerich se quedó donde estaba, mirando al cielo. Un avión en llamas cruzó el espacio sobre la ciudad para ir a estrellarse contra el suelo. Roerich pensó lo conveniente que habría sido traer el transmisor de radio. Tal vez, guiándose de algunas de las incidencias, como la caída de un avión o la posición de determinados proyectores, hubiera sido posible indicar su posición de una manera aproximada. Pero quizá nada de esto fuera necesario. El Contralmirante Aznar podía disponer de algún sofisticado medio de localización.

Roerich ignoraba que no existía ningún sofisticado medio para localizar el parpadeo de una linterna eléctrica entre el resplandor de los incendios, el fogonazo de las explosiones, la luz de los reflectores y las llamas de los tubos de escape de los tanques. Desde hacía una hora el Contralmirante Aznar volaba a tres mil metros de altura sobre la ciudad, tripulando en solitario uno de los aerobotes de la aeronave.

Por dos veces había sido atacado el aerobote por los aviones de caza, y en este momento llevaba tenazmente pegado a la cola un incordiante aparato que le disparaba intermitentemente con sus ametralladoras y cañones.

El aerobote tenía un casco de plancha de “dedona”, metal 40.000 veces más denso que el agua, y la cubierta transparente de

la cabina era de “diamantina”. Las balas no podían atravesar uno ni otro, pero en el primer ataque un caza le había disparado con cohetes, y el Contralmirante temía sufrir daños en el motor fotónico de popa. El aerobote volaba más despacio que el avión que le atacaba. Cuando el caza disparó sus cohetes y pasó por delante del aerobote, Miguel Ángel Aznar apretó un botón situado en el centro del semivolante de dirección.

De la proa del aerobote brotaron seis delgados rayos de “luz sólida” que atravesaron limpiamente al aeroplano como una mariposa atravesada por el alfiler de un curioso entomólogo. El caza se precipitó al suelo envuelto en llamas. Éste fue el avión que el Coronel Edward Roerich vio caer al suelo. El Contralmirante Aznar jamás supo si el avión era soviético o alemán. Quien quiera que fuese el piloto, jamás podría contar su experiencia con una extraña aeronave que volaba sin alas proyectando por la popa un rayo de luz.

Hacia las doce y media, el Contralmirante alcanzó a ver entre los incendios el débil parpadeo de una linterna. Estaba transmitiendo en Morse. Deletreó el mensaje: VA-LE-RA. ¡Era Fidel sin duda!

Desde el negro manto de la noche un objeto vagamente fluorescente descendía verticalmente sobre la cabeza del “standartenführer”. No era la astronave de los Aznar, sino algo mucho más pequeño, aproximadamente del tamaño de un caza, aunque más ancho. Fidel Aznar venía corriendo hacia el lugar donde se encontraba Roerich. Se detuvo y señaló hacia arriba.

—¡Es uno de nuestros aerobotes! ¡Venga!

Roerich le siguió hasta las ruinas donde esperaba Katherina. El aparato, de color amarillo, se posó unos metros más allá sobre su casco. En este momento un caza picaba desde la oscuridad disparando simultáneamente cañones y ametralladoras. Su aparición fue tan repentina como inesperada. Las balas levantaron un reguero de polvo a través de la calle y las trazaderas rojas dibujaban líneas de luz como una tiza de color sobre el negro de una pizarra. Roerich se tiró de bruces al suelo, envuelto entre el chasquido de los proyectiles y el polvo de los ladrillos pulverizados.

Un fragmento de ladrillo le alcanzó en la mejilla produciéndole una pequeña herida. Pero Roerich ni se dio cuenta. En este momento presenciaba algo increíble. El caza pasaba rugiendo sobre

su cabeza, saliendo de la picada con el motor a toda potencia. Estaba elevándose cuando de la proa del aerobote brotaron unos delgados hilos de luz amarilla brillante que se clavaron un segundo en el avión.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Roerich estaba seguro que los rayos atravesaron de parte a parte al aeroplano. De pronto el caza estalló en el aire y convertido en una horrible bola de fuego dibujó un arco en el espacio antes de precipitarse sobre un edificio, donde explotó por segunda vez en mitad de un relámpago y una negra humareda.

—¡Coronel, venga! —era Fidel Aznar quien le llamaba de pie junto al extraño aparato amarillo.

Roerich se movió como sonámbulo, llegando junto a la portezuela que acababa de abrirse en un costado del aparato. Siguió a Katherina Rudel y se encontró en una cabina espaciosa, parecida al interior de un pequeño autobús. El Contralmirante Aznar volvió la cabeza desde el puesto del piloto.

—¡Vámonos ya! —gritó Fidel cerrando la portezuela.

Roerich se había dejado caer en uno de los asientos, separado de Katherina Rudel por el ancho del pasillo. Fidel Aznar avanzó encorvado, pues el bajo techo no permitía andar erguido a un hombre de su estatura, y fue a sentarse junto al Contralmirante Aznar.

Edward Roerich no experimentó ninguna sensación de velocidad. Creía que todavía estaban inmóviles, cuando al mirar a través del cristal vio sorprendido que estaban volando. Los resplandores de la ciudad se alejaban. Ascendían con tanta rapidez que pronto los incendios de Berlín quedaron confundidos en una gran mancha de contornos imprecisos.

Sintió Roerich una gran emoción, preguntándose si volvería a ver esta ciudad, aquí o en otro tiempo. De existir otro Berlín en otra dimensión del Tiempo, tendría que ser una ciudad distinta. ¿Pero llegaría a verla?: ¿qué iba a ser de él en este fantástico futuro? ¿Alcanzaría la otra orilla de este abismo de 23.706 años, o su salto quedaría en una voltereta trágica, en una caída sin fin a través de la Eternidad?

Roerich había quedado medio dormido, o así lo creyó él, cuando despertó sobresaltado al sentir que le tocaban en un hombro. Ante él estaba el Contralmirante Aznar, la cabeza agachada para no tocar el techo, sonriéndole.

—¿Vamos, Coronel?

Vio entonces que la portezuela estaba abierta, y que por encima de la cubierta transparente de la cabina brillaban unos rectángulos de luz.

—Estamos en casa —dijo Aznar señalando la portezuela.

Roerich se movió y la metralleta que tenía sobre las rodillas cayó al piso de moqueta del aerobote. El Contralmirante se inclinó y recogió el arma, la cual miró con cierta curiosidad.

Al saltar del aparato Roerich miró alrededor y vio que se encontraba en un hangar de características idénticas a aquel en que quedó varada la lancha, el día que por primera vez visitó la extraordinaria astronave del futuro. Vio una escalera y el ascensor, donde esperaban Katherina Rudel y Fidel Aznar cogidos de la mano, mirándose amorosamente a los ojos. La chica parecía resplandecer de alegría y hablaba a Fidel en alemán. Fidel le contestaba en castellano, pero gracias a sus extraordinarias facultades, hablando directamente al pensamiento de Katherina, lograba hacer que ésta le entendiera perfectamente.

Este fenómeno no se producía con el Contralmirante, que sólo hablaba castellano. Cuando Katherina hablaba a Fidel, el Contralmirante se quedaba sin entender. Roerich, en cambio, se encontraba en situación más favorable, pues hablando al mismo tiempo alemán y español se entendía con todo el mundo.

—Es una suerte que al menos usted hable castellano —dijo el Contralmirante a Roerich mientras subían en el ascensor.

—Además del español, ¿qué otros idiomas se hablan actualmente en la Tierra? —preguntó Roerich, quien matizó más añadiendo—: Me refiero al mundo de ustedes, naturalmente.

—¡Oh, allí no se habla actualmente ningún idioma! —contestó el Contralmirante—. Los Hombres de Titanio, que ocupan los planetas terrícolas desde el año nueve mil quinientos treinta, carecen de idioma fónico. Ellos se comunican entre sí telepáticamente, igual que hace mí hermano.

El viaje había sido muy corto, las puertas del ascensor se

abrieron y se encontraron en aquel amplio corredor pintado de suave color crema que Roerich ya conocía. Mientras avanzaban por el corredor salió por una puerta lateral un hombre joven y alto, de aspecto agradable, que vestía el uniforme blanco de la Armada y llevaba galones de Sargento.

—Bienvenido a casa, Capitán —saludó el Sargento a Fidel.

El gigante rubio estrechó afectuosamente la mano del Sargento. Luego presentó a los forasteros. Roerich correspondió al saludo militar del Sargento. El Contralmirante entregó al Sargento la metralleta “Sten”.

—Guarde esta pieza de museo.

Siguieron adelante hasta doblar un recodo. Luego entraron en una habitación bien iluminada, de dimensiones generosas. Era un comedor. Había una larga mesa, con una hilera de cómodas butacas a cada lado, y una pantalla de cristal negro incrustada en el muro al fondo.

Moviéndose con naturalidad, el Contralmirante Aznar se dirigió a una especie de armario arrimado contra una de las paredes. Roerich pudo leer una serie de cartelitos alineados junto a una tira de botones: “Café”... “Leche”... “Té”... “Menta”. Había otros con la indicación: “Jugo de tomate”... “jugo de naranja”... Era una máquina muy curiosa; servía automáticamente cualquiera de las bebidas anunciadas en el correspondiente cartelito. ¡Y además las servía en vaso, calientes o frías al gusto de cada uno!

Roerich dijo que tomaría café caliente y Katherina Rudel pidió un jugo de naranja.

—Supongo que estarán hambrientos —dijo el Contralmirante sentándose a la mesa ante una taza de café—. No hay mucho donde escoger, pero algo queda en la despensa. ¿Usted se propone viajar a nuestra dimensión, Coronel Roerich?

En la pared, enfrente de Roerich, había un gran espejo. Al verse reflejado allí el Coronel cayó en la cuenta de su desastrado aspecto: macilento, con ojeras de cansancio, sin afeitar y con sangre seca en la mejilla. Tenía el abrigo lleno de polvo y con barro seco.

—Si me permiten ir con ustedes a su dimensión me gustaría adecentarme un poco —dijo Roerich evasivamente.

—No hay inconveniente por mi parte —respondió el Contralmirante—. Usted ha ayudado a su manera a mi hermano y

me siento obligado a corresponderle. ¿Pero le ha hablado Fidel del grave riesgo que va a correr?

—Sí, conozco el riesgo.

—¿Y a pesar de todo quiere intentarlo?

Roerich levantó los hombros.

—Lo que sea de mí no me importa. Si me hubiese quedado en Berlín, mañana estaría muerto. Con un poco de suerte, si puede llamársele de ese modo, los soviéticos me deportarían a un campo de concentración en Siberia, donde todavía podría vivir unos años trabajando como una bestia. No tengo mucho donde escoger.

—Le queda otra alternativa. Podemos desembarcarle en algún país sudamericano con suficiente oro para que pueda rehacer su vida. Piénselo bien.

—Está pensado, creo que voy a viajar en este buque a ese mundo situado en otra dimensión.

—¿Por qué dice “creo”? ¿No está seguro todavía?

—Si ustedes no me rechazan, iré —dijo Roerich con firmeza.

—Bien, usted es libre de hacer lo que quiera. Pero puesto que ya está admitido como pasajero, dígame, Coronel. ¿Cuál es el motivo determinante de su decisión?

Roerich señaló a Katherina Rudel.

—Pregúntele a ella cuales son sus motivos.

—Son casos distintos. La señorita Rudel no tiene a nadie. Perdió a su padre y sus hermanos en la guerra, está sola en el mundo... y ama a Fidel. Es lógico que una mujer enamorada quiera seguir al hombre a quien ama, mucho más, considerando que va a tener un hijo.

—Yo no tengo hijos, ni esposa, y sólo me queda mi viejo padre, al cual no he visto hace dos años. Tampoco tengo amigos, ni patria, y acabo de perder los ideales por los que luché. Solamente existe un vacío dentro de mí... un enorme y frío vacío que necesito llenar de afectos. Afectos por los amigos, por una mujer, por una nueva patria... algo que amar, algo en quien creer y algo que defender... Sinceramente, ¿puedo confiar en encontrar algo de eso en su mundo?

El Contralmirante Aznar sonrió amistosamente.

—Le deseo un feliz viaje, Coronel —dijo—. Si llega allá encontrará de seguro todo lo que busca.

Dos horas más tarde, después de tomar un baño caliente, afeitarse y cepillar su ropa, habiendo comido y fumando un cigarrillo, Edward Roerich siguió a Fidel Aznar hasta una extraña habitación.

La habitación era bastante grande y estaba casi totalmente ocupada por una serie de grandes armarios o cajones metálicos unidos entre sí por gran número de cables eléctricos. Pero lo que más llamaba la atención era una plataforma elevada un metro sobre el piso, y a la cual se llegaba por cuatro escalones. Sobre la plataforma una enorme caja alargada, de cuyos lados exteriores partían una intrincada red de hilos de distintos colores.

Siendo tan grande por fuera, la caja quedaba muy disminuida en su interior a causa del considerable grosor de las paredes. Para entrar en ella había que pasar detrás de una pantalla, tumbarse en el suelo y deslizarse. Esto era fácil, pues todo el interior de la caja, así como el reverso de la pantalla, estaban cubiertos de cristal.

Aznar le empujó un poco desde afuera para colocarle en la posición correcta y dijo:

—No sentirá nada. Verá un relámpago y eso será todo. Espero que llegue al otro lado. ¡Buen salto, Coronel!

Roerich apretó los labios. Por extraño que pareciera no sintió temor alguno. Tenía como un presentimiento de que su salto no terminaría en el vacío, y la sospecha de que este convencimiento le había sido inculcado por Fidel Aznar, tal vez de forma inconsciente, a través de sus prodigiosas facultades psíquicas.

Fidel Aznar se había retirado y la máquina empezó a zumbar.

De pronto estalló un relámpago que parecía brotar de las paredes y envolvió a Edward Roerich.

Pero no ocurrió nada. Solamente que la Karendón había dejado de zumbar. Y entonces brilló otro relámpago.

Roerich pensó lo peor; la máquina se había estropeado. Levantó ligeramente la cabeza y vio una cámara fotográfica entre el borde de la caja y el borde de la pantalla. La cámara se retiró y en su lugar apareció un rostro. La cara de un hombre maduro, de frente despejada y cabellos rizados.

—Soy el profesor Ferrer —dijo el hombre en aquel castellano a cuyo acento empezaba a acostumbrarse Roerich—. Espere, le ayudaré a salir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roerich—. No le conozco. ¿Ha fracasado el experimento?

—¿Se refiere a su salto a esta dimensión? —el hombre sonrió. Tenía unas maneras agradables y cultas—. No fracasó. Está usted en el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno.

Edward Roerich pensó que alguien se estaba burlando de él.

## EPÍLOGO

Por supuesto, se encontraba en el mismo lugar, pero las personas que le rodeaban eran distintas, a excepción de Fidel Aznar.

Además del Profesor Ferrer había en la habitación, alrededor de la Karendón, una mujer joven y un Sargento de la Armada, que eran quienes manejaban la cámara fotográfica. El Sargento le tomó otra fotografía cuando bajaba la escalera, y otra de pie con la gorra puesta.

—Gracias, Sargento. Eso es todo —dijo Fidel Aznar. Y el hombre de la cámara salió.

—Bienvenido a Valera, Coronel —dijo Fidel Aznar. Su voz le pareció a Roerich más fría de lo habitual—. Ya conoce al profesor. Ésta es Terry Ferrer.

La mujer, muy guapa y bien vestida, le tendió la mano y le dedicó una sonrisa. Parecía ser la única que se alegraba de verle allí, cosa que Roerich no alcanzaba a comprender.

—La segunda cinta está en el lector —anunció el Profesor Ferrer—. ¿Procedemos ya?

Fidel Aznar asintió con la cabeza y el Profesor se dirigió al cuadro de mandos. Zumbó la máquina Karendón, brilló un relámpago. Fidel Aznar y Terry Ferrer subieron hasta la plataforma y miraron dentro de la caja de restitución. Roerich se acercó al Profesor y miró por encima del hombro de éste.

Vio a Katherina Rudel tendida e inmóvil. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y una sonrisa de felicidad en los labios, tal como la sorprendió la Karendón en el momento de desmaterializarla.

—No hay aura. Está muerta —dijo Fidel Aznar.

En la noción del tiempo de Roerich, no hacía apenas dos horas que había visto a Fidel Aznar besando a la muchacha. En cambio ahora no parecía impresionado.

—Desintégrenla —dijo Aznar bajando de la plataforma.

Roerich le cortó el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El tono de voz del alemán no dejaba lugar a dudas. Quería una explicación, la exigía más bien. Fidel Aznar debió leer su pensamiento.

—Katherina Rudel no tuvo su suerte —dijo apesadumbrado.

—¿Murió?

—Su alma no la siguió en este salto al Futuro. Fue valerosa al intentarlo, pero no pudo trasponer la barrera.

Con gran asombro de Roerich, el gigante dio media vuelta y salió de la habitación en silencio. Roerich se volvió hacia Terry Ferrer.

—¿Cómo puede comportarse con tanta frialdad e indiferencia ese hombre? —se puso a gritar—. ¡Ella estaba viva cuando entró en esa caja para ser desintegrada! Amaba a Fidel Aznar. Le advirtieron que apenas tenía probabilidades de llegar con vida a esta dimensión, pero aceptó el riesgo. ¡Lo hizo por seguirle a él! ¡Fidel podría mostrarse un poco más compasivo con esa pobre chica!

—¿Por qué grita? —le reprendió Terry Ferrer—. No es usted justo con Fidel. El sólo conoce a la chica a través de los apuntes escritos y el relato que grabó antes de regresar a esta dimensión. Para que usted comprenda lo ocurrido, le diré que este Fidel que hoy está aquí no es el mismo que usted conoció durante su aventura en la Alemania de mil novecientos cuarenta y cinco. Los hermanos Aznar y el Sargento Alvarado no viajaron con la astronave. Previamente al lanzamiento de la nave experimental los tres hombres fueron desmaterializados en esta máquina Karendón. Inmediatamente fueron restituidos de nuevo, quedando en la máquina una cinta perforada que expresaba la fórmula de los componentes de cada uno de ellos. La astronave fue lanzada al espacio y en tierra los tres hombres continuaron desarrollando su vida normal. Después de una primera tentativa, en que los tres hombres fueron desintegrados y vueltos a reintegrar, en la segunda tentativa, al restituirles de nuevo, aparecieron muertos. Esto sólo indicaba una cosa; la máquina Karendón había funcionado a bordo de la astronave, y las almas de nuestros viajeros habían acudido a animar los cuerpos reconstruidos allá. Los hombres que aparecieron

a bordo de la astronave eran los mismos que se desintegraron antes de la partida. Es decir, no conservaban memoria de los meses que todavía vivieron en tierra antes de que sus almas viajaran al año mil novecientos cuarenta. La razón es fácil de comprender. La memoria no forma parte del alma, es una función puramente material, mecánica diríamos, determinada por un proceso químico-eléctrico que dispone las células cerebrales en un orden especial. Nuestros viajeros vivieron en el Pasado dos meses y medio, y luego se desintegraron de nuevo en la Karendón a bordo de la astronave. Mientras tanto aquí hacíamos tentativas a diario para recuperarles, pero mientras el alma está dando vida a un cuerpo no puede ser extraída de él. Al desintegrarse en la Karendón de la aeronave, los tres hombres aparecieron físicamente en tierra. ¿Pero qué ocurrió entonces? Los hombres que teníamos aquí no eran los mismos que vivieron la aventura de la incursión en el pasado, sino los que fueron desintegrados DESPUÉS que la astronave experimental había emprendido su viaje. Por consiguiente, Fidel Aznar ni los otros podían saber qué había ocurrido en el tiempo que duró su ausencia. La memoria de sus aventuras estaba en los hombres que habían sido desintegrados a bordo de la astronave. Hasta que la nave regresó y pudimos entrar en ella, nada sabíamos de dónde había estado todo aquel tiempo. Pero antes de desintegrarse en mil novecientos cuarenta y cinco, Fidel Aznar había grabado en sonido el relato de sus aventuras. Gracias a ese relato conocemos los hechos asombrosos que tuvieron lugar durante su incursión en el Pasado. Sabemos quién es usted y el papel que la muchacha desempeñó. Si Fidel no se ha conmovido demasiado en presencia del cadáver de Katherina Rudel no debe extrañarle. El Fidel que se enamoró de la chica está en esta máquina Karendón. Probablemente Fidel y los demás harán el experimento de trasladar su alma a los cuerpos que dejaron a bordo. Entonces Fidel volverá a sentir el amor, y llorará amargamente ante el cadáver de su novia. Lo recordará todo. ¿Comprende?

Roerich asintió con la cabeza. Lo comprendía, pero se resistía a admitir esta fantástica historia de dobles cuerpos... de almas que transmigraban... de aeronaves que volaban distancias increíbles en un tiempo también increíble.

—Dígame, señora. ¿Dónde estamos ahora? Sé que estamos en la

aeronave. ¿Pero dónde está la aeronave? ¿Es esto la Tierra?

Terry Ferrer sonrió. Tenía una sonrisa encantadora y unos bonitos ojos que chispeaban maliciosamente.

—Repetiré aquello de “una imagen vale más que mil palabras”. Prefiero que lo vea usted mismo, venga.

Roerich siguió dócilmente a la mujer, admirando de paso sus bonitas piernas. Terry Ferrer vestía una falda increíblemente corta. Al andar se contoneaba graciosamente sobre los zapatos de altos tacones.

Bajaron en el ascensor que Roerich ya conocía hasta el hangar también conocido. El gran portón del costado de la nave estaba abierto de par en par, y por allí entraba la luz del sol a raudales.

Cruzaron el portalón. La astronave estaba posada en tierra firme, y había una larga pasarela con barandillas que formaba una rampa hasta el suelo. Mientras bajaban por la pasarela Roerich miró a su alrededor. Vio un bosquecillo de altos pinos enfrente, y a un lado un edificio de líneas estilizadas de un blanco deslumbrador. El sol brillaba eufórico en el cenit. El paisaje se extendía a todo alrededor. Había una pequeña ciudad de edificios blancos y bajos, y a lo lejos una verde pradera.

Había algo sumamente extraño en el paisaje, pero Edward Roerich no cayó en la cuenta hasta que bajando la pasarela llegaron junto a un aparato parecido a una canoa automóvil. ¡El horizonte era cóncavo!

—Éste es el autoplaneta Valera —dijo Terry Ferrer señalando en un ademán que lo abarcaba todo.

—¡Valera! He oído antes ese nombre.

—Cierto. Fidel le saludó diciendo: ¡Bienvenido a Valera!

—Así, ¿esto no es la Tierra?

—La Tierra está cerca, la verá usted más tarde... aunque un poco desfigurada. Acabamos de rescatarla de los Hombres de Titanio, quienes la ocuparon en el año nueve mil quinientos treinta, después de expulsar la Humanidad. Valera es algo distinto. Es un planetillo aproximadamente del tamaño de la Luna y está hueco. Ahora nos encontramos en el interior de Valera. Esto es nuestro pequeño mundo, puede decirse que construido con nuestras propias manos. Valera, además, tiene una propiedad maravillosa. Se comporta como una nave del espacio. Al contrario de la Luna, que

gira continuamente alrededor de la Tierra, Valera puede dirigirse como una aeronave. Viajamos casi continuamente de un lugar a otro del Universo. Un día nos encontramos en el circumplaneta Atolón, y trescientos años después estamos anclados en el espacio a diez millones de kilómetros de la Tierra. Por cierto, ha llegado usted en el momento oportuno. Dentro de unos meses Valera va a ponerse de nuevo en camino. Esta ocasión nos proponemos viajar a través del hiperespacio hasta el otro lado del Universo... ¡Será una experiencia muy interesante!

Edward Roerich guardaba silencio. Siguió a Terry Ferrer hasta el aparato. Interiormente éste parecía un gran automóvil de lujo, con dos asientos separados delante y un asiento corrido para tres personas atrás.

Terry Ferrer se sentó ante el volante. El extraño aparato se elevó suave y silenciosamente hasta unos quinientos metros de altura. Luego echó a volar. Así, sencillamente, sin ruido, sin el más pequeño zumbido.

—Pues bien, Coronel Roerich. Como le iba diciendo...

Roerich ya no escuchaba a su parlanchina acompañante. Sería necesario que le explicaran repetidamente las mismas cosas para, poco a poco, desconfiadamente, empezar a creer que todo aquello era posible.

El aparato se deslizaba como una flecha sobre bosques y lagos paradisíacos. Allá a lo lejos brillaba entre la tenue neblina, una maravillosa ciudad de cristal, encendida en reflejos como un diamante de múltiples facetas. El cielo era azul y un enorme mar tenía un hermoso color verde...

Terry Ferrer pulsó un botón en el cuadro de instrumentos. De un altavoz oculto brotó una música alegre, interrumpida por una voz que decía en castellano:

“La nave experimental SONDA regresó esta mañana después de once meses. Según se deduce de los primeros datos observados, la nave experimental viajó en el subespacio a mayor velocidad que la luz, cubriendo una distancia superior a ciento treinta billones de kilómetros...”

Edward Roerich, suspiró y se retrepó en el cómodo sillón. Pensó en Katherina Rudel y en sus ilusiones por trasponer la barrera del Tiempo y llegar a este increíble mundo del año veinticinco mil

seiscientos cincuenta y uno. ¿Por qué Katherina no pudo lograrlo, y él sí? ¿Podría aclararle alguien aquel misterio? ¿O ni siquiera Fidel Aznar, con sus dotes extraordinarias, podía explicar el fenómeno? Probablemente ni siquiera esta inteligente Humanidad del Siglo Doscientos Cincuenta y Siete lo sabía todo. Debían existir fenómenos más allá de todo conocimiento humano, que sólo Dios podría realizar.

**F I N**

## Notas

[1] *UFO, iniciales de Unidentified Flight Object, equivalente a las de OVNI (Objeto Volante No Identificado).* < <

[2] *SD, Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad para el interior de Alemania) una de las secciones de las SS.* < <

[3] *General Heinrich Müller, Jefe de la Gestapo. El Reichführer era Himmler, el hombre más poderoso de Alemania después del propio Hitler.* < <